

MARTIN MCCOY

SEB DAMON
3 14



SEB DAMON

3 14

Martin McCoy

Prólogo de Gemma Herrero Virto

Copyright © 2018 Martin McCoy

Título: Seb Damon 3 14

Autor: Martin McCoy

Diseño de portada: Tomás Auchterlonie / diseñolibros.com

Facebook: <https://www.facebook.com/martin.mccoy.3323>

e-mail: martinmccoy1810@gmail.com

Copyright de la presente edición: © 2018 Martin McCoy

Fecha de publicación: 2 de julio de 2018

Código de registro Safe Creative: 1806097347023

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual y... buah, me estoy aburriendo hasta yo. Va, un chiste. Un tío le dice a su psicólogo “Me siento solo” y el psicólogo contesta “Yo también. Sentarse es fácil”. Jejeje Es bueno ¿eh? A lo que iba, que no me plagies y no me copies, por favor. Ale, ya está.

A ama, por darme la vida
A Laurana, por darle sentido
A Sir Terry Pratchett, por la literatura

ÍNDICE

Aclaraciones previas

Prólogo

1- Primeros principios

2- ¡Pásalo!

3- El cliente siempre tiene el dinero

4- Lo recuerdo imperfectamente

5- Pandilla de ratas

6- Buscando a Chad desesperadamente

7- La policía no lo sabe todo

8- Los cuernos son para siempre

9- Caretas fuera

10- Donde el mal habita

11- ¿Dónde has estado todo este tiempo?

12- Torres más altas han caído

13- Donde los caminos se cruzan

14- Sexo, drogas y Fozzie Crock

15- Cada familia infeliz lo es a su manera

16- Un pedacito de ti

17- Verdades incómodas

18- Hogar, dulce hogar

19- La gran apuesta

20- Delante de cada gran hombre

21- Baile en la luna

Una breve explicación de la existencia de una ciudad en la Luna

Agradecimiento

ACLARACIONES PREVIAS

Esta no es una novela familiar. No es para todos los públicos. Es novela negra, por lo que tiene lenguaje soez y situaciones crudas y desagradables. Tampoco es gore, pero puede herir algunas sensibilidades. También hay escenas de sexo explícito.

Esta no es una novela de ciencia ficción dura. Se van explicando la mayor parte de los elementos que puedan resultar desconocidos para el lector, pero no me detengo a dar una explicación detallada de cada avance tecnológico que no exista en 2018. He creado un resumen de los aspectos más importantes por si sientes la necesidad de informarte un poco antes de meterte de lleno en la historia. Está al final del libro. Puedes ir directamente pinchando [aquí](#).

Aunque el protagonista del libro es un detective, esto no va de que descubras al asesino. Hay una oferta muy amplia de libros con ese objetivo si es lo que te gusta, pero en estas páginas no encontrarás ese tipo de literatura. Siempre me ha parecido de mal gusto que un autor sorprenda al lector. Al fin y al cabo, tengo en mi mano no ya todos los ases, sino toda la baraja. Por si fuera poco, puedo decidir que en lugar de *Blackjack* estamos jugando a *Poker* en mitad de una mano. Esta historia trata de acompañar al protagonista en la investigación de un caso.

Pongo todo esto al principio con la esperanza de que lo leas antes de adquirir el libro. Si no te va a gustar, mejor que no te gastes el dinero en él.

PRÓLOGO

Por Gemma Herrero Virto

Puede que suene algo borde, pero suelo declinar las invitaciones de escritores noveles que me piden que lea su novela y les diga mi opinión. No es que sea una mala persona a la que no le guste ayudar a los demás, pero el tiempo es limitado y, si tuviera que leerme todo lo que me proponen, hace tiempo que habría tenido que prescindir de otras actividades como comer o dormir.

Sin embargo, no es ésa la razón principal de mi negativa. Ahora que estamos solos, voy a contarte la verdad. La razón más importante es que, cuando un autor novel te entrega su primera novela pidiéndote que le des una opinión sincera sobre ella, no es eso lo que quiere. Puedes ver en sus ojos brillantes y en su voz temblorosa que lo que espera es que le digas que es muy buena. Lamentablemente, no siempre es así, por lo que, además de tener que leerte un truño que no hay por dónde cogerlo, luego tienes que andar esquivando al emocionado autor para no ser tú la que le abra los ojos a la dura realidad.

Por esto que te cuento, cuando Martin me pidió que leyera su novela y acabé aceptando, pensé que ya había vuelto a meterme en un lío de los gordos. Empecé a leerla con más miedo que vergüenza, pero, al cabo de unas pocas páginas, sentí que el nudo de mi estómago se relajaba. Esta vez no iba a tener problemas. Estaba ante algo nuevo y, además, parafraseando a Dire Straits en su Walk of life “El chico sabía tocar”.

Sé que habrás leído cientos de veces publicidad de libros en los que se anuncia una historia como algo diferente. Confía en mí. Esta historia que tienes entre las manos lo es de verdad. Y, para demostrártelo, voy a hablarte un poco

de ella, a darte unas breves pinceladas de lo que vas a encontrar en estas páginas sin caer en el spoiler.

La historia de Seb Damon rezuma en cada una de sus palabras la esencia del realismo sucio, de las películas de cine negro... Casi puedes ver a esos hombres con gabardina y sombrero aferrados a un vaso de whisky barato. Puedes cruzarte con esas mujeres de cabellera rubia ondulada, curvas de vértigo y labios rojos que llevarán al héroe por el camino de la perdición. Puedes ver esas calles oscuras y lluviosas y esos locales de mala muerte en los que casi se puede cortar el humo. Casi puedes notar la parte más tenebrosa y sórdida del ser humano escondida en el corazón solitario de los habitantes de una triste ciudad. Y, sobre todo ello, te parecerá escuchar las notas de un saxofón melancólico intentando imponerse al ulular de las sirenas de la policía.

Todo eso está en esta novela, pero todo es diferente. No hay locales con humo, no hay enormes coches clásicos, no hay maleantes con pistola... Ni siquiera hay lluvia ni un cielo tan contaminado que no permite ver las estrellas... Y no hay nada de eso porque la acción transcurre en una ciudad de la Luna, un lugar nuevo al que un montón de soñadores han acudido para poder vivir de una manera diferente, para empezar en un mundo mejor sin darse cuenta de que es imposible porque el ser humano lleva la maldad dentro y la transporta a cualquier nuevo lugar que colonice.

Además de la increíble ambientación de la novela, también merecen una mención especial sus personajes, sobre todo Seb Damon, el particular héroe de esta historia. Bajo la apariencia de un tío que se asemeja a un armario ropero de tres cuerpos y que no parece muy listo, nos encontramos con un tipo íntegro, dispuesto a todo por encontrar la verdad. Con su lenguaje simple, directo e incluso a veces soez, Seb nos irá guiando por ese mundo que no conocemos y diciéndonos a la cara verdades como puños. Muchas de sus

frases me han sorprendido, con otras me he reído mucho y otras me han hecho detenerme y pensar. Puede que también haya filosofía en los pensamientos de un chico simple que va de duro y puede que a veces te lleguen de una forma mucho más directa que los enrevesados discursos de un orador.

Además de Seb, encontraréis otros personajes que os sorprenderán. Hay mujeres hermosas y misteriosas, compañeros fieles y gente de buen corazón, pero también hay personajes cuya alma es tan oscura que da miedo asomarse. En todos ellos hay una característica común. No son personajes blancos o negros, sino que son reales, llenos de grises y de matices. En esta novela, que en un principio puede parecer una simple historia de detectives, no hay héroes puros de brillante armadura y malos que disfrutan haciendo daño. Esta historia nos permite echar un vistazo al interior del alma humana y maravillarnos u horrorizarnos con sus claroscuros.

En resumen, estás a punto de comenzar una novela en la que podrás disfrutar del encanto de las grandes historias de detectives en un mundo que, hasta el momento, sólo podemos imaginarnos. Creo que mi labor termina aquí. Ahora te toca a ti embarcarte en este viaje. La lanzadera que te llevará hasta Ilarki está a punto de partir. ¿Estás preparado?



1- PRIMEROS PRINCIPIOS

Toda persona, como toda historia, tiene un comienzo. El mío fue en una cuba de maduración. Mi madre no quería estropear su figura con un embarazo. Creo que aceptó tenerme solamente para trincar a mi padre si decidía divorciarse de ella. Él era un hombre importante, uno de los mandos más altos en el departamento de policía de Nueva York allá por 2020. Ella era una joven guapa y lista. Gracias a mi madre aprendí que es mejor elegir a las guapas y tontas. Son menos peligrosas. Jamás me demostró ningún tipo de cariño. Si alguien me llama hijo de puta, no me enfado. Le doy la razón.

Mi padre pasaba mucho tiempo fuera de casa. Los policías no son gente muy hogareña, como sabe todo el mundo. Los mandos policiales tienen aún menos tiempo para su familia. Dos o tres veces por semana le sacaban de la cama por la noche para ir a atender algún caso. Mi madre me dejaba con una canguro y se iba de compras, a los salones de belleza más caros de la ciudad o a tomar algo con sus amigas. Eso decía, claro. Así pasé mi infancia y mi adolescencia. Cuando mi padre descubrió varios videos en internet en los que mi madre aparecía con un par de docenas de hombres desnudos haciendo y dejándose hacer todo tipo de guarradas, supimos que tenía otro tipo de pasatiempos.

Los videos se hicieron virales y acabaron con la carrera de mi padre. La quería tanto que ni siquiera pidió el divorcio, pero empezó a beber más de la

cuenta. Al final fue mi madre la que se divorció de él diciendo que se emborrachaba y la pegaba. Mentira. Jamás le puso la mano encima. No reclamó mi custodia. Mi padre se vio con su carrera acabada y sin un centavo en el bolsillo. Era el hazmerreir del cuerpo de policía y, durante dos semanas, de todo el país. No encontró más salida que marcharse a buscar trabajo allá donde nadie le conociese. Fue así como, en 2046, llegamos a Ilarki, la ciudad más importante de la Luna.

Al principio todo iba bien. Mi padre consiguió trabajo en la policía de Ilarki gracias a su experiencia y nadie parecía acordarse de los videos de mi querida madre. Yo había empezado mi formación en la academia de policía de Nueva York y la terminé en la Luna. Inmediatamente me incorporé al servicio. Siete meses después, mi padre apareció ahorcado en nuestro apartamento. Alguien había encontrado los videos y le habían puesto el mote de Mr. Bukkake. Cuando descubrí quién era el tonto de las pelotas que lo había hecho, le di tal paliza que no volvió a caminar nunca más. Creo que usa una mierda de esas para poder respirar. Quería matarle, pero uno deja de controlar después de la décima patada y no me esmeré. Me echaron de la policía y pasé dos meses en chirona. Es el equivalente a tres años gracias a esa mierda de la prisión virtual que usan ahora. Al salir estaba solo, sin trabajo y sin idea de qué hacer. Solo me quedaba el apartamento en el que viví con mi padre.

Tuve que compartir piso con alguien que hubiese perdido su derecho a vivienda. Con el pasaje a la Luna te dan la llave de un apartamento. Si te metes en líos gordos, puedes perder incluso eso y quedarte sin casa, claro que vivir en la calle es ilegal en Ilarki. Si te pillan viviendo en la calle, te pueden condenar a abandonar la ciudad, claro que para volver a la Tierra hay que pagar el billete y es diez veces más caro que el de ida. En definitiva: estás muerto. Solo te queda la opción de compartir piso con alguien que esté dispuesto a jugársela. En cada casa solo pueden vivir aquellos a los que les ha

sido concedido el derecho de habitabilidad para ella. Si te cazan metiendo a alguien de fuera, te quitan el derecho a vivienda. Vamos, que tú también estás muerto.

La primera persona que vino a ver el piso fue Bianca, una rubia de metro ochenta y curvas de vértigo. Chica guapa. Muy guapa. Solo me faltaba comprobar lo que tenía sobre los hombros. Chica guapa y lista, mal. Chica guapa y tonta, bien. Me contó que se había enamorado de un tipo en su Rusia natal. Estaban tan locos el uno por el otro que juntaron lo que tenían ahorrado y compraron dos pasajes para irse a vivir juntos a la Luna. Cuando se les acabó el amor, que duró menos de un mes, ella se largó de un portazo. La pobre idiota no tenía ni idea de las leyes de Ilarki y llevaba una semana buscando dónde caerse muerta.

Se fuga con un tipo al que acaba de conocer y se marcha del planeta con él sin tener ni idea del sitio al que va. Chica guapa y tonta, me dije. Solo faltaba solucionar el tema legal de que ella no podía vivir en mi piso. Ninguno de los dos teníamos nada que perder, así que nos casamos. De este modo, ella podría estar en mi apartamento legalmente. Yo le cobraría el alquiler de todos modos, dormiríamos separados y demás. Todo limpio y sencillo. Lo más difícil fue encontrar un cura. Bianca conocía uno del club de *striptease* en el que había empezado a trabajar dos días antes. Con un pase privado le convenció de que nos casase y pusiese al día nuestros papeles. Sé que parece triste este tipo de matrimonio, pero, teniendo en cuenta el ejemplo que había tenido en casa, me pareció incluso bonito. Si encontraba videos guarros de Bianca, no me enfadaría. Me ayudarían a pasarlo bien una tarde aburrida.

Bianca ganaba lo justo para pagar su alquiler y algo de comida. Yo no ganaba más que el mísero alquiler que le cobraba. No había amor, pero me parecía feo sangrarle a mi esposa. Fue entonces cuando tomé la decisión que acaba tomando todo expolicía: me establecí como detective privado. Puse un

panel que separaba el salón del resto del apartamento, cambié el sofá por un escritorio cutre y tres sillas, compré otra mesa con una silla para el recibidor, hasta entonces desierto, pinté en la puerta mi nombre y esperé a que los clientes hicieran cola. Conseguí convencer a Bianca de que hiciera las veces de secretaria a cambio de seguir cobrándole el alquiler ridículo que le cobraba y me tiré en la cama a ver la tele mientras los clientes iban llegando.

En quince días me di cuenta de que algo debía estar haciendo mal. Había puesto un par de anuncios en las webs de noticias y contactos más vistas, dejándome el poco dinero que me quedaba, pero no había recibido ni una llamada. Casi estaba convencido de que no podría ser investigador privado. Casi.



2- ¡PÁSALO!

Toda historia, como todo hombre, tiene un comienzo. La mía empezó cuando me di cuenta de que estaba sin blanca, sin trabajo y sin esperanza. Bianca estaba en su cuarto viendo la televisión en la cama, tumbada boca abajo con un top y un tanga que había visto años mejores, cuando fui a hablar con ella. Me quedé medio minuto apoyado en el marco de la puerta disfrutando de las vistas.

—¿Cómo es que nunca nos hemos acostado? —pregunté mientras seguía admirando sus largas piernas y su perfecto culo.

—Porque nunca me lo has propuesto —contestó ella girando un poco la cabeza para dedicarme una de sus sonrisas pícaras. Decidí cambiar de tema.

—Estoy sin dinero y no parece que vaya a venir nadie a contratarme —continué, intentando mirarla a los ojos—. Voy a tener que buscar otra manera de sacar pasta y olvidarme de ser detective.

—Si necesitas dinero, yo sé una manera fácil de conseguirlo —dijo sentándose sobre las piernas cruzadas—. Hay un tipo que quiere comprar recuerdos, pero tienen que ser recuerdos de hombres. Las mujeres no suelen comprar.

Había oído hablar de aquello. Gracias a los implantes que prácticamente todos llevábamos en la cabeza, se nos podían extraer recuerdos y pasárselos a otras personas. Era un proceso muy caro si lo querías hacer bien. Si te valía

cualquier cosa, en el mercado negro te costaba una cuarta parte. No me imaginaba qué tipo de recuerdo podría venderle yo a alguien. Se lo pregunté a Bianca.

—Hay un tipo buscando un recuerdo de un trío con dos colegialas. Dos niñas —contestó ella como si estuviese hablando del tiempo—. Yo conozco a dos chicas que estarían dispuestas a grabar el recuerdo por trescientos tokens^[1] cada una y te sacarías quince mil vendiéndolo. Un tipo se lo ha pedido a un cliente del club que trabaja pasando recuerdos bajo cuerda y él me ha preguntado si tenía idea de dónde conseguirlo.

—No me voy a acostar con dos crías —repuse, asqueado—. No soy un degenerado.

—No seas idiota —contestó Bianca entre risas—. Tengo a las dos chicas. Tienen dieciocho años, pero aparentan mucho menos. Casi no tienen ni tetas.

—No me jodas, Bianca —seguí insistiendo yo—. Siguen siendo niñas.

—Seb, cielo —dijo ella usando un tono de maestra cansada—. Son putas. No vas a hacerles nada que no les hayan hecho ya mil veces.

Aquella noche fui al club de Bianca. Me había dicho que hasta las diez de la noche no llegaría el tipo en cuestión, pero decidí ir antes. Tampoco tenía nada mejor que hacer en casa. Mi secretaria me dijo que faltaba todavía tiempo hasta que llegase Chad, el pasador de recuerdos. Me senté en la barra para que las chicas se hiciesen a la idea de que no llevaba dinero que meter en sus bragas y pedí un whisky. Obviamente, no tenía dinero para un whisky de verdad, importado de la tierra, así que tomé aquel matarratas que los selenitas llamamos whisky y disfruté de las bailarinas que iban pasando por el escenario. A horas tan tempranas las chicas no ponían demasiado entusiasmo. Éramos pocos en el local y ninguno parecía llevar mucho dinero encima. Aún

así, los cuerpos perfectos, genéticamente por la manipulación y estéticamente por la cirugía, alegraban la tarde a cualquiera.

Llevaba casi una hora allí cuando Bianca vino a por mí para llevarme a una mesa. Nos presentó y volvió entre bambalinas. Aproveché para darle un azote cuando se dio la vuelta. Ella me dio una patada. El hombre sentado a la mesa tenía el pelo largo y sucio pegado a la cabeza. Un bigotillo a mitad de camino entre la desidia por afeitarse y la pelusa adolescente era el rasgo más distintivo de su cara picada de acné. Bebía alguna tontería azul en vaso de Martini con sombrillita y todo. Me cayó mal de inmediato.

—Chad, ¿verdad? —dije con mi tono de tío duro.

—Eso es —respondió él mientras hacía girar los pulgares uno alrededor del otro—. Dice Bianca que puedes ayudarme con cierto trabajito.

—Exacto. De todos modos —dije apoyando un codo en la mesa, echándome hacia delante y bajando la voz—, me gustaría que me lo explicases todo despacio. Que no haya malentendidos.

Chad abrió los ojos como platos y se echó hacia atrás poniéndose recto, como si le hubieran metido un palo por el culo.

—Necesito que te acuestes con dos niñas —dijo a la vez que extendía el brazo enseñándome la palma para calmarme—. Al menos, que parezcan niñas. Te vienes a mi estudio, os metéis en la habitación, hacéis tantas guarradas como podáis y, dos horas después, salís y yo le paso tu recuerdo de esas dos horas a mi cliente. Tú te llevas quince mil. Si hay que pagar a las chavalas, corre de tu cuenta.

—Dime cuándo y dónde —contesté echándome de nuevo hacia atrás después de unos segundos para darle en qué pensar.

Me facilitó la dirección. No me extrañó descubrir que su local estaba en el barrio de Check. Lo peor de la ciudad. Lo haríamos al día siguiente a las diez de la noche. Me levanté para irme y vi cómo Bianca salía del escenario

tras haber acabado su actuación. Me había perdido lo único que me interesaba ver.

Cuando Bianca volvió a casa, seguía despierto. Arreglamos la cita con las dos chicas que me había comentado para el día siguiente. Le propuse que se llevase mil tokens de comisión por haberlo organizado todo y aceptó encantada. Le dije que me había perdido su actuación y que, por favor, me la repitiese. Me dijo que me costaría otros mil. Obviamente, no hubo trato.

No soy una virgen tímida, eso seguro. Aún así, estaba nervioso por lo que iba a hacer. No me gustan las niñas. Yo soy más de mujeres. Entre los veinticinco y los treintaicinco las chicas están en el punto que me ha gustado desde que era adolescente. No me van las quinceañeras sin un gramo de carne en el cuerpo, qué le vamos a hacer.

Cuando llegué al portal de Chad, Bianca estaba esperándome junto a dos crías de metro y medio. Me las presentó, pero no recuerdo sus nombres. Tenían esas voces de pito que se te clavan en el cerebro y no te dejan oír ni tus propios pensamientos. Subimos a la oficina de Chad. Nos abrió demasiado rápido, como si estuviese esperando en la puerta. Aquel trabajo debía ser muy especial para él también.

—Quedan doce minutos —dijo tendiéndome un folio—. Cuando salgas, sostén este papel en la mano. Algunos se ponen muy nerviosos después del proceso y leer esto les calma. Entrad en esa habitación y poneos a lo vuestro, pero no antes de las diez en punto.

Leí el papel que me había dado Chad. Decía que acababa de pasar un recuerdo y por eso no recordaba nada de las últimas dos horas. También decía que el tipo que estaba delante de mí se llamaba Chad y me debía quince mil tokens.

—¿Qué es esto de que no voy a recordar nada? —pregunté.

—Pasas tu recuerdo —respondió Chad—. Se puede copiar y mantenerlo en el origen, pero hace falta un equipo carísimo que yo no tengo. También se pueden pasar recuerdos de hace tiempo, pero, claro, hace falta un equipo carísimo que yo no tengo. Solo puedo pasar hasta un máximo de dos horas y son las últimas dos horas que hayas vivido, así que sé exacto con los tiempos.

Observé el equipo al que se refería y me eché a temblar. Había una silla reclinable de cuero negro con un pincho de aspecto siniestro a la altura de la nuca. Docenas de cables con ventosas de plástico en sus extremos colgaban a un costado. Respiré hondo y miré mi reloj. Las diez menos un minuto. Las chicas estaban esperando en la habitación y un caballero no hace esperar a una dama. Aún menos a dos.

Lo siguiente que recuerdo es ver a Chad delante de mí diciéndome que leyese la nota. Al hacerlo, recordé de qué iba todo aquello y recé para que desinfectase el jodido pincho después de cada uso.

—El cliente ha salido encantado —dijo mientras me ayudaba a levantarme—. Si quieres hacer negocios de nuevo, por mí, perfecto.

—No creo que vuelva —farfullé acariciándome la nuca. La mierda aquella dolía horrores.— ¿Es normal que duela tanto?

—No es nada que un tipo duro como tú no pueda soportar —contestó Chad pasando una gasa por el pincho ensangrentado.

Me acercó un dispositivo a la muñeca y en un instante recibí la notificación de que me habían ingresado quince mil tokens en la cuenta. Me despedí y salí a la calle. Allí estaban esperándome las dos crías. Sonreían mucho. Como no recordaba si ya las había pagado, le transferí trescientos pavos a cada una. Me besaron en la mejilla y dijeron que, si no recordaba nada, podíamos repetir en algún momento, que me cobrarían la mitad. Cuando

desaparecieron tras la esquina me di cuenta de que podía comprobar mis transacciones y vi que no les había pagado dos veces. Las sonrisas debían de ser por otra cosa.

Me largué a casa bastante más rico, pero con la sensación de que me habían violado una banda de navajeros. En mi mente había huecos y eso es como un picor en la espalda al que no llegas, pero en el centro del cerebro. No te vale un marco de puerta para rascarte.



3- EL CLIENTE SIEMPRE TIENE EL DINERO

Cuando llegué a casa y vi el rotulo de la entrada, me dije a mí mismo que debía quitarlo. Me pareció muy ocurrente escribir “SEB DAMON 3.14”, pero ya no le veía la gracia. Además, se le había caído el punto. Bianca no entendía el significado y le tuve que explicar que un investigador privado en inglés, el idioma que todos usábamos en Ilarki, era un *Private Investigator*. P.I. No lo pilló. Le expliqué que la letra griega Pi se usaba como una constante en matemáticas y que su valor era 3,14. Me miró como si fuera idiota y me dijo que debería haber puesto P.I. La ausencia de clientes le daba la razón.

Dormí como un bebé durante diez horas. Al despertar, la cabeza me seguía doliendo, pero era más soportable. Me sentía como si tuviese una resaca de campeonato sin haber probado el alcohol. Aquello se podía arreglar. Desayuné un buen vaso de whisky de un trago. Serví otro y me dejé caer en la silla desde la que había planeado atender a los clientes. Tendría que volver a buscar un sofá y deshacerme de aquellas ridículas mesas. Era extraño, pero, si cerraba los ojos, veía escenas que no recordaba haber vivido. Había un montón de gente bailando como si estuvieran drogados o borrachos. Algunos no pasarían de los diez o doce años. Otros eran ancianos. Unos cuantos, gente de mediana edad. Se manoseaban entre ellos. No sé si fue aquella imagen, el whisky mañanero o los efectos secundarios del proceso cerebral que había

sufrido la noche anterior, pero no pude reprimir el vómito. Ni siquiera conseguí llegar al baño. Tan solo eché la silla hacia atrás y solté la carga. Bianca apareció en la puerta antes de que acabase.

—Yo no voy a limpiar eso —dijo con el entrecejo fruncido—. Friégalo y cámbiate que tenemos un cliente.

La miré sin acabar de comprender lo que estaba diciendo. Mientras me hablaba se estaba subiendo una falda de tubo con mucho esfuerzo. La estupidez en mi mirada la convenció de dar más explicaciones.

—Ha llamado un tipo diciendo que busca un detective privado —añadió mientras terminaba de subirse la cremallera—. Ponte guapo que es tu día de suerte. Estará aquí en media hora.

Salió de la habitación recordándome que limpiara el regalo que había dejado en el suelo. Me apresuré a limpiar, llevarme el vaso de whisky y darme una ducha que me despejase lo suficiente como para poder entender lo que me dijeren. Me puse los vaqueros limpios, la camiseta limpia, eché la mitad de la ropa sucia a lavar y me afeité, maldiciéndome por no haberlo hecho antes de la ducha. Siempre me quedaban heridas si lo hacía al revés.

Estaba listo cinco minutos antes de la cita. Me senté a la mesa. Bianca apareció hecha un pincel. Se había puesto una camisa blanca y una chaqueta a juego con la falda de tubo que le llegaba justo por debajo de las rodillas y la obligaba a andar de una manera realmente cómica.

—Buen trabajo anoche —me susurró al oído mientras pasaba por mi lado para ocupar su puesto en el recibidor—. Las chicas quedaron muy impresionadas.

Aquello pretendía hacerme sentir bien, pero consiguió crearme más inquietud. Pasé los siguientes minutos mirando noticias y anuncios en mi pad^[ii], haciendo ver que estaba muy ocupado. Cuando sonó el timbre, di un respingo y tuve que hacer un esfuerzo tremendo para no empezar a caminar por la

habitación. Pude oír a Bianca hablando con un hombre y, unos segundos después, su cara apareció por la puerta.

—Su cliente de las doce ha llegado, señor Damon —dijo muy seria. Quería dar a entender que tenía más clientes y los diferenciaba por la hora de su cita. Qué encanto de chica.

Me levanté para recibir al desconocido. Bianca me guiñó un ojo y se hizo a un lado para dejar pasar al primer cliente que cruzaba aquella puerta.

Era un hombre de unos cincuenta años, trajeado al estilo de principios de siglo y con el pelo engominado. Llevaba un maletín en su mano izquierda y su cara, de duras facciones, daba a entender que lo defendería con la vida. Sus ojos eran de un azul casi blanco y no mostraban ningún tipo de nerviosismo o emoción mientras me escrutaban de arriba abajo sin disimulo. Parecía un tipo seguro de sí mismo. Su estatura, cerca del metro ochenta, le debía conferir mucha autoridad. Por desgracia para él, le sacaba diez centímetros de alto. Aquello le descolocó un poco. Me estrechó la mano con firmeza. Yo le devolví el apretón con una pizca de fuerza excesiva, recordando las enseñanzas de mi padre. Siempre decía que si le dabas la mano a un hombre y apretabas un poco de más, le harías pensar que tenía que tener cuidado contigo. Le descolocabas.

—Roger Hightower —dijo tras la sorpresa inicial en el apretón—. Abogado.

—Seb Damon —contesté yo soltando la presa y señalando la silla—. Siéntese, por favor.

Un abogado. Lo que me faltaba. No soporto a los abogados. A los polis les caen mal. A los detectives privados les caen mal. ¡Qué coño! A los barrenderos les caen mal los abogados.

—No he entendido lo del 314 de su puerta, señor Damon — dijo tras tomar asiento y dejar el maletín en el suelo—. ¿Es su número de licencia?

—No tiene importancia —respondí, apuntando mentalmente que debía cambiar el número por un simple “P.I.”. Y que debía sacarme una licencia de detective —. ¿Qué puedo hacer por usted?

Entrecrucé los dedos y puse los codos sobre mesa, apoyando la boca en los nudillos. Él mantuvo la mirada unos segundos antes de coger el maletín, como si me estuviera evaluando. Maldito picapleitos. Lo abrió sin dejarme ver lo que había dentro. Su mirada estaba perdida en lo que fuera que guardase allí mientras me hablaba.

—Vengo en representación de uno de mis clientes más importantes — desembuchó por fin—. Por el momento no diré su nombre. Al menos hasta que tenga su total compromiso de confidencialidad. La discreción es fundamental en el asunto que vengo a presentarle.

Por toda respuesta, cerré los ojos y asentí levemente.

—La hija pequeña de mi cliente apareció muerta en un conducto de ventilación hace ya algunos días —prosiguió Hightower—. Hubo una investigación oficial, aunque no se publicó nada en la prensa. Mi cliente es un hombre importante en la comunidad, así que asumimos que la policía se lo tomaría muy en serio. Sin embargo, las pesquisas oficiales llegaron a punto muerto y el caso se dejó aparcado. Ni tan siquiera las presiones del señor Reginald sirvieron para desatascar la situación.

Abrí mucho los ojos. Cuando había dicho “señor Reginald”, lo había dicho remarcando mucho aquellas palabras. No se podía referir a otro Reginald. Tenía que ser Walter Reginald, el alcalde de Ilarki. Siendo francos, el dueño de Ilarki. Aquello era algo gordo.

—En este dossier tiene toda la información que pudo obtener la policía antes de darse por vencida —dijo poniendo sobre la mesa una carpeta de color beige que yo conocía muy bien de mis tiempos en el departamento. Eran los únicos que seguían usando papel cuando no querían que algo pudiese salir

a la luz. Un archivo de datos puede ser robado desde casa sin muchas dificultades. Una carpeta hay que ir a robarla—. Si acepta usted el caso, podrá verlo, pero necesitaré un compromiso de confidencialidad por su parte.

—Firmaré lo que usted quiera. No se preocupe —dije sin poder quitar la mirada de aquella carpeta. El tipo sabía cómo hacer que quisieras ver algo.

—Nada de firmas —contestó rápidamente—. Nada de facturas ni documentos legales. Todo esto debe quedar entre usted, mi cliente y yo. No queremos incomodar a la policía o al alcalde iniciando una investigación paralela. Podría mandar un mensaje desafortunado.

—Me comprometo a no difundir los detalles que encuentre en esta carpeta o a través de mi investigación —dije en un vano intento de imitar su forma de hablar mientras tendía la mano al dossier.

El tonto de las pelotas aún me sostuvo la mirada unos segundos más antes de decidirse a dármelo.

—Como le decía, la hija de mi cliente fue encontrada en uno de los conductos de ventilación de la ciudad —dijo cuando cedió al fin—. Tenía claros signos de violencia. Tal vez incluso de tortura. Como colofón, había evidencias de relaciones sexuales violentas y, probablemente, no consentidas.

—Una chica puede querer tener relaciones —dije adoptando un tono de experto—. A algunas les gusta más duro de lo normal. No podemos asumir que fuera parte de la tortura sin conocer los gustos de la chica en cuestión.

—La chica en cuestión tenía once años, señor Damon —replicó Hightower con una mirada que dejaba a las claras que había quedado en ridículo. Tuve que tragar saliva antes de poder continuar.

—Eso lo cambia todo —conseguí responder—. Estudiaré el dossier y moveré mis contactos entre la policía para hacerme una idea general del asunto. Mis honorarios son de diez mil tokens al resolver el caso y otros doscientos por cada día de investigación. Encuentre al culpable o no, cada día

le costará a su cliente doscientos pavos. Si necesito dinero para viajar fuera de la ciudad, para sobornos o cualquier otro tipo de gasto imprevisto, ustedes correrán con ellos.

—Suena razonable —fue toda la respuesta de Hightower—. ¿Cuándo podría usted empezar? —Ahora mismo, según salga usted por la puerta —contesté—. Aparcare el resto de casos para volcarme totalmente en este.

El abogado no pudo reprimir una sonrisa que duró en su cara solo un segundo. Creo que sabía que no había casos que aparcar, pero no dijo nada al respecto. Me pagó una semana por adelantado y salió por la puerta pidiéndome que le mantuviera informado.

En cuanto se fue, Bianca entró como un torbellino.

—¡Le has pedido diez mil pavos y ha aceptado sin rechistar! —gritó acercándose a mí. Se sentó en mi regazo y me rodeó el cuello con los brazos—. Voy a tener que pedirte un aumento de sueldo.

—Para eso primero tendrás que conseguir que te pague un sueldo, nena —dije poniendo voz de detective duro. Me retorció la oreja.

—No vuelvas a llamarme nena —dijo enfadada mientras se ponía en pie.

—Lo siento, princesa. No te enfades.

—Princesa tampoco —replicó. Pretendía estar muy enfadada, pero se le notaba a la legua que era fingido.

—¿Cómo puedo llamarte entonces? —dije con cara de chico bueno.

—Los hombres sois idiotas —contestó acercando su cara a la mía. Mientras me acariciaba suavemente la oreja dolorida me susurró al oído—. Simplemente, llámame Bianca, cielo.

Jamás entendería a las mujeres. Mi padre me había advertido de que no merecía la pena siquiera intentarlo. De todos modos, aquella chica era una

caja de sorpresas. Lo mismo te bailaba desnuda que te hacía de secretaria con toda seriedad. Lo mismo se enfadaba por llamarla nena que te llamaba cielo.

Abrí la carpeta y empecé a estudiar el caso. Lo que más me chocó fue que, a pesar de que juraría que nunca había tratado con la víctima o su familia, aquella cara me resultaba muy familiar. No fue hasta media hora después cuando me di cuenta de que pertenecía a una de las niñas que bailaban en mis recuerdos junto a otros críos y ancianos.



4- LO RECUERDO IMPERFECTAMENTE

Pasé un par de horas repasando el informe policial. Al ver que la autopsia la había hecho Katherine Jones, se me vino el mundo encima. Su novio estaba paralizado por la paliza que yo le había dado. No iba a sacar mucho hablando con ella. Por suerte, uno de los que firmaban el informe era Kurt Bronsky, una de las pocas amistades que había hecho en el cuerpo. Acabamos el curso a la vez en la academia de Ilarki, así que fuimos novatos en la misma comisaría a la vez. Eso une mucho. Un novato quiere caer bien a todo el mundo, pero solo se fía del resto de novatos.

Llamé a Kurt para tomarnos un café. No se sorprendió demasiado ya que habíamos quedado varias veces desde que salí del talego. A él le parecía que me había faltado darle unas cuantas hostias más a aquel cabrón que hizo que mi padre se suicidara. Uno de esos amigos que, hagas lo que hagas, no te preguntan por qué sino dónde escondemos el cadáver. Quedamos para el día siguiente a la mañana.

En el informe descubrí que la víctima era Christine (Chrissie) Jordan, hija del magnate del turismo lunar Richard L. Jordan. La investigación sobre el pasado de la cría había sido patética, pero es que a los once años no sueles esconder muchos secretos inconfesables. Buena estudiante en un colegio de postín de la zona rica de la ciudad. Típico. De hecho, el único colegio de

postín. No hay muchos niños en Ilarki, así que no hay muchos colegios. Todas sus amigas eran del colegio. También de buena familia.

La autopsia tenía más carne donde hincar el diente. Había marcas de ataduras en manos y pies. La forense dedujo que la habían atado con los brazos y las piernas separados. Se había resistido, pero mucho menos de lo que cabía esperar. No se habían encontrado restos biológicos del violador, pero el sexo había sido tan brutal como para causarle heridas internas en la vagina. Imposible saber si había sido un hombre o varios. La violación había sucedido mientras la niña estaba viva. Se me ocurrían pocas maneras peores de morir. La causa de la muerte era la enorme cantidad de golpes que Christine había recibido en la cabeza. Según el informe, la mayoría sucedieron antes de la muerte. La mayoría. ¡Joder! Seguir dando puñetazos a una niña muerta. Aquello apestaba cada vez más.

El cadáver había aparecido en un conducto de ventilación del barrio de Check. Las cámaras de seguridad mostraban un maglev^[iii] de carga, sin distintivos ni matrícula, que aparcaba cerca. Dos individuos sacaban un bulto, retiraban la rejilla y lo metían dentro. Ambos iban encapuchados y el seguimiento por cámaras era imposible ya que pasaban por varios puntos ciegos. La furgoneta ardió por completo en uno de ellos. Tendría que pedirle a Kurt que me dejara ver aquellos videos. Igual se les había pasado algo. El aviso a la policía lo dio un tipo que vio cómo metían aquel bulto y, cuando estuvo seguro de que habían desaparecido, fue a ver si podía birlar algo. Menudo susto se llevaría el pobre diablo.

Antes de su desaparición, la chavala había tenido un día normal. Luego había dicho que iba a casa de una amiga a pasar la noche, pero nunca había llegado allí. No se había podido saber si se marchó por su voluntad o la raptaron. Una vez más, ninguna cámara lo había captado. Aquella gente sabía lo que se hacía.

A pesar de lo que creía, la policía había hecho un trabajo impecable. No veía por dónde hincarle el diente. Me recliné en la silla poniendo las manos en la nuca. Imaginé a aquella cría muerta de miedo, atada de pies y manos mientras la violaban y la golpeaban. De repente no lo estaba imaginando. Veía perfectamente la sangre, oía los sollozos e incluso sentía cómo estaba penetrando a aquella niña. Lo estaba *recordando*. Me incorporé tan rápido que tiré la silla al suelo. No era posible que yo hubiera hecho algo así. Es más: Era imposible que yo hubiera hecho algo así y lo hubiese olvidado. Aquel cabrón de Chad tenía que haberme tocado algo en el cerebro y ahora no funcionaba bien. Confundía imaginación con recuerdos. Tenía que ser eso.

Bianca entró con cara de susto y a medio maquillar.

—¿Qué coño ha sido eso? —preguntó mirándome a mí y a la silla alternativamente—. Casi me da un infarto.

—Lo siento —dije bajando la mirada por vergüenza—. ¿Recuerdas lo que hice la noche del sábado pasado?

—No recuerdo lo que cené anoche, cielo —contestó con cara de fastidio—. Como para recordar lo que hiciste tú hace casi una semana. Revisa tus grabaciones.

Bianca tenía razón. Las cámaras de la casa grababan todo lo que sucedía dentro, a excepción del baño y los dormitorios. Lo habíamos configurado así. Me puse a buscar en mi pad las grabaciones del día en que Chrissie había muerto. Se me veía coger la cazadora y salir a eso de las diez de la noche. No volvía hasta cuatro horas después. Por mi manera de andar, parecía bastante borracho. Entonces lo recordé. Había salido con la esperanza de dejar de darle vueltas a la mierda que era ser detective privado sin clientes. Jugué al billar con unos pardillos y les levanté un buen montón de pasta. Luego me la fundí bebiendo e invitando a tres chicas que no dejaban de reírse de cualquier chorrada que decía. Al día siguiente amanecí sin un token en la cuenta, pero

con los calzoncillos en su sitio. Tenía que volver a aquel garito y averiguar a qué hora me había marchado. Manda cojones. En mi primer caso lo que tenía que hacer antes de nada era investigarme a mí mismo.

Entré al Thomas' Tavern poco después de que abrieran. Todavía no había clientes. Aquello era perfecto para lo que quería hacer. Me acerqué al dueño, que también era el camarero e irónicamente se llamaba Isaac^[iv]. Era cliente habitual del bar, pero no solía aparecer tan temprano.

—Pronto vienes hoy, pies planos —dijo Isaac mientras bajaba las sillas de encima de una de las mesas.

—No soy poli, jefe —contesté yo siguiendo nuestro ritual de saludo. Sabía lo que venía a continuación.

—El que es poli un día, lo es para siempre.

—Eso explícaselo al departamento —contesté con una sonrisa torcida—. Igual me readmiten.

—Mejor no. Eres buen cliente y no me gustaría tener a un poli metido aquí todo el santo día —replicó Isaac—. ¿Qué te pongo?

—Menos cachondo, cualquier cosa —repliqué con mi elegante sentido del humor—. Necesito saber a qué hora marché de aquí el sábado pasado.

—¡Bah! Ni idea —escupió él—. Tendría que mirar los videos.

—Pues míralos —dije poniéndome serio—. Es importante.

—Joder, chico —soltó Isaac dejando de bajar sillas y dirigiéndose a la trastienda—. Espero que no te hayas metido en otro lio. Ven conmigo.

En un pad de gran tamaño me estuvo enseñando los videos de aquella noche. Se me veía perfectamente. Jugaba al billar, casi tenía una pelea con aquellos tipos a los que dejaba sin blanca y luego se me arrimaban tres chicas. Tonteaba con ellas y las invitaba a una copa tras otra. Un tiempo después, ellas se marchaban y yo me quedaba con cara de idiota bebiendo a solas en la barra.

A eso de la una me marchaba. Aquello me dejaba una hora en blanco. No podía haber tardado ni diez minutos en llegar a casa, ni siquiera con aquel pedo indecente. Tenía una puta hora en blanco.

La única manera que se me ocurría para descubrir lo que hice en aquel tiempo era pedirle a Kurt las grabaciones de la zona, pero, si ponía el foco sobre mí y realmente había hecho algo malo, estaba jodido. A la mierda... Si yo era el responsable, quería que me pillaran. Empezaba a darme miedo ser un monstruo.



5- PANDILLA DE RATAS

Como no tenía nada en lo que ocupar el tiempo y la cabeza, decidí marchar a Check para ver si sonaba la flauta y, sobre todo, para pensar en algo que no fueran los recuerdos de aquella cría. Chrissie. Ya estaba bien de evitar su nombre. No era una cría más. Se llamaba Chrissie, tenía once años y yo recordaba habérmela tirado mientras estaba atada. Qué mierda de vida, joder. Pero nada comparable con la de Chrissie. Palmarla con once años, antes de haber empezado a vivir. Y palmarla siendo torturada y violada. Tenía que alejar aquellos pensamientos de mi cabeza.

Hay algo que la policía no podía hacer, pero un investigador privado sí: hablar con las ratas. Así es como llamábamos en la jerga policial a esa gente que había perdido su derecho a vivienda, pero había conseguido escabullirse del control policial y vivía en la calle. Se esconden, duermen lejos de las cámaras de vigilancia y pasan gran parte de su vida en tubos de ventilación o alcantarillas para evitar ser vistos. De ahí el nombre de ratas. Por supuesto, todas estaban en el barrio de Check.

Aquel barrio era como una pequeña ciudad dentro de la ciudad. Tenía el mismo clima, el mismo aire y los mismos edificios, pero, por alguna razón, todo parecía más sucio y gris. Se comentaba que todo empezó cuando abrieron un grupo de bares poco recomendables en la calle Michalská. Pretendían ser garitos para gente bien, pero se llenaron enseguida de camellos, putas y

matones. Ellos van donde va la gente, y la gente iba a Michalská. En pocos meses, los ricachones habían dejado de pasarse por aquellos garitos y los que tenían tres dedos de frente habían hecho lo imposible por mover sus contactos y sus tokens para conseguir una casa en cualquier otro barrio. En vista de aquello, la policía aumentó la vigilancia en Michalská, pero les echaron a patadas. Cada noche tenían batallas campales, así que los jefes decidieron dejarlo por imposible y obligar a la mugre a quedarse en aquella calle sin permitirles moverse a otras zonas de la ciudad. Parece que el acuerdo funcionó, porque lejos de aquella calle era difícil encontrar a alguien que te pasase una raya o te ofreciese un completo. De manera natural, la policía empezó a pasarse menos por el barrio entero y los macarras de Michalská fueron extendiéndose por donde no iba la policía. Las ratas, por supuesto, se mudaron allí en masa.

El barrio daba señales de su nuevo estatus. Si no iba la pasma, tampoco se pasaba el servicio de limpieza. ¡Qué coño! No se pasaban ni las ambulancias. Una vez mandaron una para recoger a un herido. No se ha vuelto a saber nada de ella. Las fachadas estaban grises y sucias. Como nadie reparaba los puntos de iluminación, la mitad estaban fundidos. Solo la mitad para que, a pesar de que se pudiera ver, hubiese también sombras. Algunos de los negocios que se llevaban a cabo en Check necesitaban mucha sombra. Si sumabas las dos cosas, fachadas sucias y poca luz, los edificios parecían mucho más viejos que el resto de la ciudad a pesar de tener la misma edad. La gente mayor que se había resistido a marcharse de Check y había sido aceptada por los nuevos dueños se encargaba de limpiar. A los matones, putas, camellos y demás calaña parecía no importarles que la mierda les llegase al tobillo, pero para los ancianos ese tipo de cosas son importantes. Puedes vivir rodeado de escoria humana, pero el suelo debe estar limpio. Como resultado, había zonas perfectamente barridas y, al doblar la esquina, estabas en un

estercolero. Incluso la pantalla que hacía las veces de cielo funcionaba a medias. Algunas zonas no mostraban absolutamente nada mientras que otras eran de un azul perfecto. Aquel barrio era el único sitio de Ilarki donde se podían encontrar armas de fuego y algún imbécil había disparado al aire. De ahí los huecos. Desde luego, nadie reparaba aquellos disparos. La gente de Check estaba dejada a su suerte a todos los efectos.

Como pasa siempre que la sociedad da la espalda a un grupo, ese grupo se une aún más. La gente del barrio lo cuidaba tan bien como podía. Si se fundía un punto de luz, robaban la lámpara de otro barrio. Si había que echar la basura que los viejos recogían, la llevaban a otro barrio. Podían matarse entre ellos, pero si tocabas a uno vendrían todos a por ti. Tal vez fuesen lo más bajo de Ilarki, pero se habían convertido en una costra dura y compacta. En los grafitis que adornaban muchas de las paredes se leían nombres de bandas y todas ellas incluían el nombre de Check. Orgullo de chusma, supongo.

Me di un garbeo por las calles exteriores del barrio, las que estaban más pegadas al muro. Veía ratillas de pasada, pero huían enseguida. Supongo que un poli sigue oliendo a poli. Me daba igual. Yo sabía cómo encontrar una rata que me hiciese caso.

Me apoyé en el muro a fumar un cigarrillo con pinta de perdido. Enseguida pude oír tras unos contenedores de basura el sonido de alguien cambiando de postura. Esperaba que no se estuviese armando de valor para darme el palo. No me apetecía acabar la excursión a guantazos. Aplasté la colilla en el suelo y pasé distraídamente al lado de los contenedores. Con un manotazo rápido, cacé el cuello de la rata que se escondía allí y la obligué a salir.

Era un crío que no debía tener más de seis o siete años. Vestía con andrajos y olía a rayos. Le estampé contra un contenedor para quitarle la idea de defenderse y acerqué mucho mi cara a la suya.

—Estate quieto, chaval —dije entre dientes—. No voy a hacerte daño. Solo quiero respuestas.

La ratilla estaba aterrada. Tan solo pudo asentir tan rápido que podría haber sido un ataque de epilepsia.

—El sábado pasado apareció una niña rica en un conducto de ventilación por aquí cerca. Alguien la trajo y la tiró como si fuera basura. ¿Sabes algo?

La rata negó con la cabeza.

—¿Sabes de alguien que pueda saber algo?

Volvió a negar. Sin embargo, algo se movía en los ojos del crío. Una chispa había despertado de repente.

—Sé que no quieres decirme lo que sabes —dije con tono más tranquilo—. Yo puedo darte un paquete de cigarrillos empezado y veinte tokens si me dices dónde puedo conseguir esa información.

No es normal llevar tokens físicos. Nadie los usa. Todo se hace con transferencias, pero siguen existiendo las viejas fichas hexagonales que son la moneda de Ilarki. Yo siempre llevaba un par de cientos encima por si las moscas. Saqué dos monedas de diez y las puse delante de la cara de la rata. Sus ojos se abrieron como platos.

—¿Y el tabaco? —preguntó. El hijoputa era más listo a su edad que muchos hombres hechos y derechos que conozco. Saqué el paquete, lo junté con las fichas y se lo puse en la mano.

—El viejo Ron se ha pasado toda la semana diciendo que vio un maglev con unos tipos que dejaron algo en un conducto y que se fueron perdiendo el culo el sábado pasado pero al viejo Ron se le va un poco la cabeza no sé si me entiende —dijo el chico de corrido. No había espacios entre las palabras. Era una puta ametralladora de silabas.

—¿Te refieres a Ron, el tarado? —pregunté tras descifrar sus palabras

—. ¿Uno que huele como si estuviera muerto por dentro y todavía no se hubiese dado cuenta?

—Ese es el mismo Ron que apesta tanto que todos le hablamos de lejos porque además de apestar escupe cuando habla —soltó la rata en menos de dos segundos.

—¿Dónde está ahora Ron? —dije tras una pausa para traducir. Seguía costándome entenderle.

—Suele estar en la calle Pickham en los soportales diciéndole a todo el mundo que viene el apocrisis o algo así no sé yo no entiendo bien lo que dice.

—Muy bien, chico —dije soltándole y dejándole ir.

—No le diga que yo le he dicho dónde estaba y lo que ha contado porque me dan una tunda que me matan si usted se lo dice —escupió el crio mientras abría el paquete de tabaco y se llevaba uno a la boca—. Cinco putos cigarros será rata el tío.

Sonreí pensando que yo, a su edad, no tenía ni una centésima parte del mundo que tenía aquella ratilla. ¡Qué coño! A día de hoy, seguro que no sabía ni la mitad que él de la cantidad de mierda que te puede traer la vida.

Cuando llegué a Pickham, no me costó encontrar al viejo Ron. Estaba subido en una caja de madera gritando incoherencias mientras la gente le evitaba tanto a él como a sus salivazos. Saqué la botella de whisky que había comprado de camino y la puse delante de sus narices.

—Quiero hablar contigo, Ron —dije cuando sus ojos quedaron clavados en el alcohol. Se le había abierto la boca, se había callado y los brazos bajaban poco a poco, como si le hubieran cortado la corriente a un robot.

—Tiene toda mi atención, caballero —dijo Ron sin apartar la mirada de la botella. Hostia puta, sí que olía mal aquel tipo.

—¿Podemos ir a un sitio más tranquilo para que te puedas beber esto mientras me cuentas un par de cosillas?

Ron bajó de la caja, se la puso debajo del brazo y, sin siquiera mirarme, echó a andar. Le seguí un par de minutos hasta que dejó la caja en el suelo, se sentó encima y tendió su mano hacia mí. Le pasé la botella y me acuclillé frente a él a una distancia prudencial.

—Me han dicho que viste algo el sábado pasado —solté directamente mientras él pegaba un buen primer trago—. Algo de unos tipos y una maglev de carga.

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó tras tragar el whisky y limpiarse la boca con la manga. Un tercio de la botella se había esfumado.

—Eso da igual, Ron —contesté yo meneando la cabeza—. Sabes que no te lo voy a decir y el que hace las preguntas es el que trae el whisky.

—Gran verdad, sí señor —dijo el viejo—. Da igual quién te lo haya contado. Lo he dicho tantas veces que podría ser hasta el jodido alcalde. Esto es lo que sé. Te lo suelto, te largas y no hemos hablado nunca.

Asentí muy serio girando el dedo índice en el gesto universal de que podía continuar.

—Estaba sentado aquí mismo —siguió el viejo—. Había sido un buen día y tenía la panza llena, así que me había dejado caer un ratillo. Entonces aparece un maglev de carga negro a toda velocidad. Joder, hasta se cruzó dando la curva. Pasaron tan cerca de mí que creí que iban a atropellarme, pero ni me vieron. A las ratas no nos ve nadie. Aproveché eso para esconderme detrás de un contenedor y ver qué demonios hacían. Casi se estampan contra las rejas del conducto ese que ves ahí. Pararon de golpe y se bajaron dos tíos. A uno no le vi bien, pero el que se bajó por este lado era un tiparraco de aúpa. Soldado, seguridad privada o algo así. Lo sabré yo. Llevaban capuchas los dos. En fin, que abren las puertas traseras, sacan un bulto y lo dejan delante del conducto. Se están marchando ya y entonces se ponen a discutir. Uno de ellos vuelve, abre la verja y tira la bolsa aquella dentro. El otro se lleva las

manos a la cabeza y grita algo que no puedo oír. Este le manda a paseo, cierra el conducto y se mete en el maglev. Se largaron tan rápido como habían venido.

Había soltado aquella historia dando tragos a la botella, que ya solo tenía un cuarto, y moviendo mucho la mano libre. Me estaba poniendo histérico.

—Así que fuiste tú el que encontró a la cría, ¿eh? —pregunté. Sin darle tiempo a contestar, seguí—. ¿No viste ningún detalle que me puedas dar? Esto mismo ya se lo contaste a la policía y yo, de todos modos, lo sabía por las cámaras.

—Pareces un buen tipo —dijo tras un instante de duda—. El conductor se levantó la capucha cuando estaba dentro de la furgoneta para vomitar por la ventanilla. No pude ver mucho, pero tenía una cicatriz feísima que le iba desde la boca hasta la oreja. Como el tío llevaba barba, se le notaba aún más. Eso es todo lo que sé. De verdad.

El viejo Ron pegó un último trago de profesional para matar la botella, la arrojó lejos haciendo que se partiera en mil pedazos y soltó un eructo de categoría cinco. Tomé aquello como mi señal para largarme.

Había muchos tipos con cicatrices. Solo con aquello no llegaría muy lejos, pero al menos tenía un poco más que la policía.



6- BUSCANDO A CHAD DESESPERADAMENTE

El resto de la tarde no conseguí sacar nada en claro dando vueltas por Check. Lo bueno es que tampoco intentaron atracarme. Lo malo es que solo un par de mujeres me ofrecieron pasar un buen rato a cambio de dinero. Debía tener pinta de no llevar un token. Bianca siempre me decía que debería cambiar de vestuario. Siempre con vaqueros, siempre con camiseta y siempre con chupa de cuero. En Ilarki no hace falta llevar chaqueta, ya que siempre estamos entre los veinte y los veintiocho grados centígrados de día. Es lo bueno de vivir bajo el suelo lunar. Aquí la temperatura es de veinticuatro grados. Da igual si fuera es de día o de noche, aquí siempre hace bueno. Se varía un poco la temperatura de manera artificial para que los humanos no nos aburramos de estar siempre como en una oficina. Si sales a la superficie de día, te tuestas a más de cien grados. Si sales de noche, te congelas a ciento cincuenta bajo cero. En Ilarki siempre hace bueno. Ni California ni hostias.

Siete u ocho días al año incluso llueve. Es lluvia artificial, claro, y está programada con meses de antelación de tal manera que puedas tenerlo en cuenta. También dicen que es para que no se nos gire el cerebro por tener siempre sol. Ojo, que tampoco es sol. Es luz artificial que imita al sol e incluso tiene rayos ultravioleta para que no tengamos problemas con la vitamina D. Tres soles giran por la pantalla circular que es el cielo de la

ciudad de manera que nunca veas dos a la vez pero tampoco te preguntes dónde demonios se habrá metido el sol con toda la luz que hay. Por la noche la temperatura no baja de los dieciocho grados. Hay algunas mujeres que nunca se han puesto pantalón largo desde que vinieron a vivir aquí.

Como estaba cerca y no tenía nada que hacer, me pasé por el Colors, el garito donde trabajaba Bianca. Tenía la esperanza de poder cruzarme con Chad para preguntarle sobre los recuerdos que me venían a la cabeza sin que yo los hubiera vivido.

Aquel día tuve más suerte y, en cuanto entré al local, pude ver a Bianca bailando en el escenario. Me senté en la barra y disfruté del espectáculo de aquellas infinitas piernas en constante movimiento, que hacían que sus generosas caderas se bambolearan a un lado y a otro.

—Está rica la rubia, ¿eh? —me dijo un tipo sentado al lado que había visto mi cara de embobado.

—Sí —contesté sin mirarle siquiera—. Mi mujer está riquísima, compañero.

Ahí ya sí que le miré y vi como se le había quedado la boca abierta. No solía pensar en Bianca como mi mujer, pero aquella vez me había salido automáticamente.

—Esa no es tu mujer, colega —contestó él cuando consiguió cerrar la mandíbula.

—Después de bailar seguro que viene aquí —respondí con una sonrisa de chulería mientras llamaba la atención del camarero—. ¿Te apuestas una copa?

El tipo aceptó la apuesta, el camarero me sirvió un copazo de whisky terrestre y yo le hice un gesto a Bianca para que viera que estaba en el local. Cuando terminó su número y se vistió entre bambalinas (todo lo que se visten las chicas en un local así), vino a la barra a ver qué quería.

—¿Estás casada, preciosa? —preguntó el primo en cuanto se nos acercó.

—Sí que lo estoy —contestó ella mientras me echaba los brazos al cuello y me plantaba un sonoro beso en los morros—. Con este hombre tan guapo.

El pobre tímido no sabía dónde meterse. Simplemente pagó mi copa y se fue a una de las mesas a disfrutar de la siguiente actuación negando con la cabeza todo el camino. Bianca soltó una sonora carcajada y se sentó en el taburete que aquel tipo había dejado libre. Aquella mujer las cazaba al vuelo. Bajo su apariencia de rubia tonta había una mujer lista. Demasiado lista. Peligrosamente lista. Tonta y guapa, mejor, me recordé.

—Creo que te he conseguido una copa gratis —dijo llamando al camarero—. Que menos que pagarme algo, maridito mío.

—Lo que mi esposa quiera —dije pasando la muñeca por el cobrador del camarero. Al menos no había pedido nada caro.

—No creo que hayas venido solo para ganarte una copa de gorra —inquirió tras pegar el primer sorbo a una bebida rosa sepultada bajo sombrillas y pajitas.

—En realidad he venido a verte bailar —mentí disfrutando de su cara de incredulidad—. Nunca te había visto desnuda.

—Solo tenías que habérmelo pedido —dijo mirándome intensamente. La sonrisa pícaro volvía a estar allí. Le encantaba jugar conmigo—. ¿Qué te ha parecido tu mujer ahora que la has visto bien?

—Demasiado bonita para ser mía —contesté con cara de chico bueno.

—Ay, cielo. Jamás seré tuya ni de nadie. Todo lo que ves le pertenece a Bianca.

Aquello me hizo darme aún más cuenta de lo que había pasado aquella mujer. La seguridad en su voz había sido total. No iba a permitir que nadie se

la jugase de nuevo.

—Tal vez algún día pueda alquilarte para un par de horas, entonces — dije intentando molestarla. Se le escapó una carcajada que casi le hace echar líquido rosa por la nariz—. He venido buscando a Chad.

—Justo entra por la puerta —contestó Bianca señalando con la barbilla.

Allí venía Chad, efectivamente. Llevaba ropa más cara que la última vez que le vi y sonreía a todo el mundo como si fuese el dueño del local. Nada que ver con la pinta apocada que tenía en mi memoria. Cuando me vio, se le borró la sonrisa durante un segundo al reconocirme. Saludó con la cabeza y se sentó a una de las mesas apartadas del escenario. Cogí mi copa y fui hacia allí, por supuesto.

—Yo acabo en media hora —dijo mi bellísima esposa cuando ya me marchaba—. Si me esperas, podemos volver juntos a casa como un matrimonio normal.

Solté una carcajada, hice un gesto con la copa para brindar por ello y fui a hablar con el cambiarecuerdos. Al ver cómo me acercaba, pareció ponerse nervioso y me esquivó la mirada. Si hubiera seguido siendo poli, le habría detenido solo por la pinta de sospechoso. Me senté a horcajadas en una silla al lado suyo y puse mi vaso en la mesa.

—¿Qué pasa, Chad? —pregunté acercando mi cara a la suya—. ¿No saludas a los viejos amigos?

—Hola —saludó con una sonrisa falsa y bailarina—. No te había visto.

—Claro que me habías visto —dije frunciendo el ceño y acercando mi cara un poco más—, pero algo me dice que no te alegra.

—Si quieres hacer otro trabajito, no tengo nada para ti. Lo siento.

—¡No quiero hacer otro trabajito, joder! —Aquel tipo me estaba poniendo de mala hostia—. Lo que quiero es saber por qué tengo la cabeza como si estuviera drogado.

—No sé lo que te habrás tomado, compañero.

—Esta es la primera copa del día y no soy tu compañero —contesté casi gruñendo—. La mierda que me hiciste me ha jodido algún cable en la azotea.

—No es posible. —El pobre diablo no sabía dónde meterse.

—Claro que es posible —dije incorporándome, cogiéndole por el cuello de la camisa y obligándole a levantarse—. ¿Qué cojones me has hecho, Chad?

—Algo salió mal —repuso inmediatamente en un susurro con la cara pálida, los labios temblorosos y la mirada en mis zapatos.

—¡No me digas! —solté, zarandeándole un par de veces—. ¿Algo salió mal de verdad? ¿¡Quá coño salió mal!?

—¡Creo que uno de los dos implantes no era compatible con mi equipo o con el otro implante o yo qué sé! —dijo mientras su voz iba subiendo una octava entera—. Nunca había visto algo así. Había flujo de datos por todas partes y los procesadores eran incapaces de ordenarlo. Los datos iban y venían como locos, pero solo tenían que ir en una dirección: de ti a él.

—Pues ahora recuerdo cosas que jamás he hecho y es por tu puta culpa —dije soltándole con un ligero empujón y volviendo a mi silla. Chad se quedó de pie unos segundos hasta que le hice un gesto para que se sentara.

—Eso no tenía que haber pasado —explicó más tranquilo—. Mi equipo no puede hacer eso. Ni aunque quisiera podría intercambiar recuerdos en dos direcciones. ¡Tienes que creerme!

—Te creo, Chad. —Era imposible no creerle. No hacía falta haber sido policía para saber que estaba cantando todo lo que se sabía—. ¿Puedes decirme, al menos, si esto se me va a pasar?

—No estoy seguro —dijo él y levantó las palmas inmediatamente al ver mi gesto de enfado—. Al no haber rutinas de fijación, debería ir desapareciendo lentamente. Haría falta que tuvieses una zona sin recuerdos

muy reciente para que se te quedasen siquiera una semana por error.

—Una última cosa —dije recordando lo realmente importante—. Necesito saber quién era el tipo al que le pasé el recuerdo. Y no me digas que no me lo puedes decir, porque te aplasto la cabeza contra esta mesa ahora mismo.

—No debería decírtelo —empezó—, pero te lo diría si pudiera. El tipo pagó con tarjetas. Una al llegar con la mitad y otra al largarse y ver que tenía el recuerdo que quería con la otra mitad. Imposible seguirle el rastro.

Las putas tarjetas. Eran, por supuesto, rectángulos de plástico. Podías meter tantos tokens como quisieras en una de ellas. Cuando se lo dabas a alguien junto a la clave de pago, podía coger el dinero que había dentro. No había identificación de ningún tipo. Ideal para poder llevar pequeñas cantidades encima sin que te controlasen en qué te lo gastabas. Ideal también para extorsiones, blanqueo y pagos por negocios ilegales.

—La madre que lo parió —solté ante un nuevo callejón sin salida—. Dame al menos su descripción, hombre. Necesito encontrarle.

—Alto, unos cuarenta o cincuenta años. Igual sesenta —empezó su precisa descripción Chad—. Pelo moreno y peinado caro. Vestía ropa cutre que no le pegaba para nada. Te pagan un dineral, pero se visten con ropa mala. Nuevecita, eso sí. Como si engañasen a alguien.

—Gracias, Chad —dije levantándome y dándole una palmada en el hombro. Apuré mi vaso de un trago y me planteé si esperar a Bianca o largarme a casa para acabar con un día tan estéril.

La esperé. Claro que la esperé. Cada vez me fascinaba más la extraña mezcla de chica alegre y vieja amargada que se escondía bajo aquel impresionante envoltorio. Volvimos andando, aunque yo no solía pasear por gusto. Los tacones de Bianca nos obligaban a llevar un paso lento y era imposible no

mirar en derredor. No existía ninguna frontera que marcase el final del barrio de Check y el comienzo de Brooks, nuestro barrio. La mierda no desaparecía de una acera a la siguiente. Era como si la gente de Brooks que viviese cerca de Check fuese algo más guarra de lo normal o los servicios de limpieza currasen rápido para alejarse de allí. La mugre desaparecía poco a poco.

Mi barrio se llamaba Brooks por Brooklyn. Intentaron llamarlo Moonhatan, pero a todo el mundo le sonaba a estupidez. Casi todos los que vivíamos allí éramos de origen estadounidense. No era así al principio, por supuesto. Al llegar, todos estábamos mezclados. Luego se implantó la política de intercambio de viviendas para que los conocidos o familiares pudieran vivir cerca. Si en tu bloque vivían tres hispanos, enseguida te llegaba una petición de un hispano para cambiar tu casa por la suya. Si el bloque en el que vivía aquel hispano estaba lleno de gente de tu cultura, mejor que mejor. Así nos fuimos juntando por guetos absurdos. Incluso en la Luna, tan lejos de casa, nos cargábamos nuestra opción de crear algo nuevo, algo que no estuviese manchado por la mierda que traíamos en la cabeza desde la Tierra. Los idiotas lo son en cualquier planeta y en cualquier satélite. Por lo que había visto, eso nos incluía a casi todos.

Yo no me mudé. Simplemente, mi bloque se llenó de estadounidenses poco a poco. En el barrio, que originalmente era el distrito azul, éramos dos docenas de personas nacidas y criadas en Brooklyn. Por eso empezamos a llamarlo así. Luego, el resto de la ciudad fue adaptándolo a algo más corto y fácil. De ahí Brooks. Era un buen barrio, con un par de parques de buen tamaño, sin follones y con tanto tráfico que nos sentíamos como en casa. Menuda gilipollez viajar tantos miles de kilómetros para sentirte como si no te hubieras movido. Estaba convencido de que algunos vecinos se dedicaban a pasear en maglev solo para que hubiese ajeteo. Apostaría el cuello a que maldecían que no tuviesen claxon.

Ya en nuestro barrio, paseando bajo una gigantesca luna llena y unas estrellas artificiales emitidas por la pantalla que nos hacía de cielo, Bianca retomó la conversación de su desnudez mientras iba agarrada a mi brazo con las dos manos, como una pareja de enamorados que distaba mucho de ser lo que realmente éramos.

—Me alegra saber que te ha gustado mi cuerpo —dijo demasiado cerca de mi oído. Nunca se cansaba de jugar conmigo.

—Entre la manipulación genética y las operaciones, lo difícil es que una chica no guste.

—Lo que has visto hoy es todo natural —contestó con orgullo en la voz mientras se alejaba un paso y giraba sobre sí misma—. Mis padres eran muy pobres para pagar la manipulación y yo soy muy pobre para pagarme operaciones. Todo el merito es mío.

—¡Guau! —respondí con sincera admiración—. Eso sí que no me lo esperaba. Yo no estoy operado, pero tengo el cuerpo que eligió mi madre en un catalogo. Menos el hoyuelo de la barbilla, que mi padre se empeñó en que se quedara. Estaba muy orgulloso de su hoyuelo.

—Tu madre era una mujer con muy buen gusto —contestó ella acercándose de nuevo—, pero, si no te cuidas un poco, en diez años habrás estropeado lo que te regaló.

—Mi madre tiene un gusto pésimo —respondí bruscamente—. Mi segundo nombre es Arnold porque era el nombre de un actor y político al que admiraba. Un día busqué quién era y resultó ser un actor de mierda de películas de acción y un fascista como político. Un auténtico imbécil.

—Me da miedo preguntar por lo de Seb.

—Eso es cosa de mi padre —respondí con una sonrisa carente de alegría—. Me llamo Sebastian por un piloto de Fórmula 1 que le gustaba mucho. Un día me puse a buscar quién era y resultó ser un chulo y un bocazas.

Un autentico imbécil.

—Sebastian Arnold Damon —dijo Bianca de corrido—. Suena a tipo importante. Pero, si llevas el nombre de dos imbéciles, te han condicionado un poco la vida. ¿No crees?

—Al menos no he acabado siendo mayordomo llamándome Sebastian —contesté y nos reímos los dos.

Cuando llegamos a casa, yo me puse a ver una película mientras ella se duchaba, cenamos cada uno en nuestra habitación y ahí terminó la cosa. Creo que si hubiera dado un paso, aquella noche muchas cosas habrían podido cambiar. Pero yo soy un cobarde y ella una chica lista y guapa, así que no cambió nada.



7- LA POLICÍA NO LO SABE TODO

Por fin llegó el día en que iba a reunirme con Kurt. Esperaba que me pudiese aclarar un par de cosas y, con un tremendo golpe de suerte, darme una pista que me llevase a solucionar el caso sin despeinarme. Como habrá quedado claro, no he sido nunca un tipo con suerte. En lugar de creérmelo y asumir que estaba gafado, prefería pensar que ya me había gastado toda la mala suerte de una vida y solo me quedaba la buena. Yo lo llamaba la teoría del equilibrio. Es cierto lo que decía Murphy: si algo puede salir mal, saldrá mal. Si algo puede ir peor, irá peor. Pero llega un momento en que, si todo te sale mal, te acabas pegando un tiro y te quitas de en medio. Si haces eso el universo no puede seguir jodiéndote, así que te hace tener un golpe de buena suerte para que tengas esperanza y sigas adelante cuando todo vuelva a ir mal. La ley de la conservación de la putada se podría llamar.

Habíamos quedado en Flaky's, un garito no muy lejos de la casa de Kurt en el que no solía haber muchos policías. Por si eso fuera poco, servían una delicia que era imposible encontrar en ningún otro sitio de la Luna. Si lo que decía la cocinera era cierto, tan solo se podía degustar en una ciudad de la Tierra. No era el bollo más acojonante que puedas llevarte a la boca, pero, una vez que habías probado el bollo de mantequilla, siempre querías volver a comerte uno. Sospecho que le echaban cocaína.

Allí estaba yo, en una mesa lejos de la entrada de Flaky's, comiéndome un bollo de mantequilla y tomándome la tercera taza de café cuando llegó Kurt. Seguía siendo un tipo enorme, casi tan alto como yo y con las espaldas igual de anchas. Su pelo rubio, casi blanco, peinado en una vertical que desafiaba la gravedad, le hacía ganar casi un palmo. Era una suerte para él que en Ilarki la pasma no llevase gorra. Cuando por fin me vio, enseñó todos los dientes en una grotesca sonrisa gigante y, extendiendo los brazos, vino hacia mí.

—¡Si es el jodido cangrejo Sebastián! —dijo en voz lo suficientemente alta como para que le oyesen en todo el local. Probablemente en algunos sitios de la Tierra también.

—Sigue tocándome los huevos y acabarás bajo el mar —respondí yo levantándome y dándole un fuerte abrazo con tres sonoras palmadas en la espalda.

Desde la academia siempre habíamos sido inseparables. El segundo día allí, Kurt había hecho la broma del cangrejo de La sirenita, yo le había soltado un puñetazo y el tema había acabado en una pelea de campeonato. No me preguntéis cómo ni por qué, pero acabamos en el bar tomando cerveza juntos con la cara destrozada. Nadie intentó detener la pelea. No tenían huevos a meterse entre dos armarios roperos como nosotros. Simplemente, llegó un momento en que decidimos, sin cruzar palabra, que ya nos habíamos zurrado suficiente. Desde entonces siempre habíamos confiado el uno en el otro. Cuando encuentras a alguien a quien no puedes tumbar, mejor tenerlo de tu lado.

—He estado mirando lo que me pediste y no encuentro por dónde meterle mano al caso —dijo Kurt tras pedir un café—. No está cerrado, claro, pero no nos quedan cabos de los que tirar.

—No hay mucho en la autopsia —dije repasando en mi pad los documentos escaneados—. No me puedo creer que no encontrasen huellas,

fibras, cabellos o alguna otra mierda. A esa cría le hicieron de todo. Es imposible no dejarse algún indicio cuando te vuelves tan loco. Dice que no se encontraron restos biológicos, pero algo tiene que haber.

—La autopsia no la tengo aquí —respondió él. Con una sonrisa socarrona, prosiguió—. Tendrías que ir a hablar con tu amiga la forense. Ya sabes que las autopsias no se pueden consultar sin un buen motivo y yo no lo tengo.

—¿Qué me dices de la familia? —pregunté para evitar el tema de Katherine—. Supongo que hablaríais con los padres.

—Sí que hablamos con ellos, sí... —A Kurt le había cambiado el gesto. Parecía entre molesto y preocupado—. El padre es un pez gordo como ya sabrás. Estaba jodidísimo cuando le interrogué. La madre es otro cantar. Una tipa fría y estirada. Típica mujer de bandera que te gustaría llevarte a la cama, pero con la luz encendida. Me daba escalofríos. Creo que la muerte de la niña me jodió más a mí que a ella.

—Por lo que he visto, no es la madre natural de Chrissie —dije, dejando claro que había currado antes de llamarle.

—No, qué va. Por eso le daría igual que su hijastra palmara. La madre de Christine se quedó en casa —dijo Kurt haciendo hincapié en el nombre formal de la víctima en lugar de usar el diminutivo como había hecho yo. Cuando alguien en Ilarki decía “casa” se refería a la Tierra—. El padre pegó un pelotazo consiguiendo una adjudicación para un parque temático y varios hoteles aquí y la mujer le dijo que ni de coña se venía a la Luna. Como él está podrido en millones, ganó el juicio y se quedó la custodia de la hija. Se casó otra vez y siguió con su vida.

—¿Por qué cojones va a querer la custodia de la niña si se vuelve a casar con un pibón? —No me acababa de entrar en la cabeza—. Lo lógico es que quiera empezar de cero sin lastres.

—No tengo pruebas, pero me da que adoraba a su hija, tío —dijo Kurt más serio de lo habitual. Aquel caso también le tocaba una fibra especial a él —. Tenía ojeras, se le quebraba la voz, tenía ataques de ira... Podría estar fingiendo, pero no lo creo.

Si hay algo que un policía respeta es el olfato de otro policía. Muchas veces no puedes explicar por qué, pero sabes que alguien miente o alguien dice la verdad y no tienes manera de demostrarlo. Entre nosotros, nos creemos lo que diga el compañero.

—Investigaré lo que pueda de la madre. Ahí podría haber algo. Por otro lado —dije, cambiando de tema lo más sutilmente que pude—, necesitaría revisar unas grabaciones de cámaras de seguridad.

Kurt me puso mala cara y se hizo de rogar unos veinte segundos. Accedió con su pad a las grabaciones de mi borrachera del sábado anterior. No preguntó para qué las quería. Tan solo hizo bromas sobre el pedo que llevaba cuando salí del Thomas'. Se me podía ver vomitando en un callejón, después me caía al tropezar con mis propios pies y me quedaba veinte minutos riéndome en el suelo, luego volvía por donde había venido para intentar entrar al Thomas' otra vez y, tras una última pota en la puerta del garito de Isaac, me largaba a casa. No había sido yo. Me acababa de quitar una mochila de veinte kilos de la espalda.

—¿Para qué querías revisar lo que hiciste tú la noche del asesinato? —dijo Kurt atando cabos. No se cuestionaba nada, tan solo le olía raro.

—Me jode no saber qué hice durante una hora entera. He estado en el talego y no quiero volver por una estupidez —dije de corrido. Kurt no me creyó ni por un segundo, pero no insistió más—. Supongo que tendré que ir a hablar con la madre a ver si encuentro algo.

—Vete con ojo. Esa puta rica es una víbora. Si no tienes una buena razón para hablar con ella, te podrías meter en un jaleo.

—Las víboras son mi especialidad —respondí con mi mejor cara de chulo—. Por otro lado ¿sabes de algún sospechoso que tenga una cicatriz desde la comisura del labio hasta la oreja?

—Como ya has visto, no tenemos sospechosos. Siempre se mira el entorno cercano porque la mayor parte de los asesinatos provienen de ahí.

—Si, Kurtie —dije yo, usando el diminutivo que odiaba—, yo también fui a la academia.

—Solo mi madre me llama Kurtie y no tienes pinta de haberte follado a mi padre —repuso él y, cambiando a una mirada valorativa, añadió—. O tal vez sí. Pareces un poco gay. ¿Por qué lo preguntas? ¿Tienes alguna pista nueva que pueda ayudar?

—Los desvaríos de un vagabundo borracho, pero es lo único a lo que puedo agarrarme por ahora —contesté restándole importancia a mi único clavo ardiendo. No quería que la policía resolviese el caso y quedarme sin cobrar—. Supongo que tendré que centrarme en la madre.

—Ya te he dicho que tengas mucho ojo con ella —repitió Kurt y, tras dar un trago a su café, añadió—. Pero ya está bien de trabajo. Cuéntame en qué andas últimamente y qué es eso de que eres detective privado.

—Necesitaba pasta y lo único que sé hacer es investigar —contesté diciendo la pura verdad—. Ah, y me he casado.

—No te lo crees ni tú —dijo cuando consiguió dejar de reírse.

—En serio. Revisa mi ficha —sentencié muy tranquilo señalando su pad.

—No jodas —dijo pulsando frenéticamente en su pad. De pronto, la cara se le congeló. Pulsó un par de veces más y su mandíbula cayó a plomo—. ¡Esta buenísima! ¡Qué hijoputa! Ni despedida de soltero, ni invitación de boda... Eres el peor amigo del mundo.

—Ella necesitaba un sitio donde vivir y yo alguien que me ayudara a

pagar el alquiler —dije cuando me cansé de hacerle sufrir—. Ni siquiera dormimos en la misma habitación. La he mandado donde mi viejo.

—Entonces, tienes que presentármela —dijo él pasándose los dedos por el pelo para que subiese aún mas—. Si no quieres nada con ella, sé de un tío que sí.

—Cuando quieras, compañero, pero no eres su tipo —añadí con sonrisa de suficiencia.

—Claro. Su tipo es un perdedor de mandíbula cuadrada y un guisante por cerebro como tú.

—Y el hoyuelo —añadí muy serio—. No te olvides de mi hoyuelo.

Charlamos un par de minutos más y Kurt marchó a currar. Al menos había descubierto que la poli no seguía la pista del tipo con la cicatriz y me había quedado tranquilo al saber que yo no era el responsable del asesinato, solo de ensuciar la vía pública. No era mucho, pero tendría que valerme.



8- LOS CUERNOS SON PARA SIEMPRE

Antes de ir a hablar con la familia, pensé que tenía que hurgar más en lo que la policía hubiera podido sacar en claro de todo aquello. Kurt ya me había dejado ver que no tenían una mierda. Solo me quedaba la opción de ir a hablar con la forense: Katherine Jones, la Tripas. La llamaban así porque siempre se empeñaba en hurgar en los órganos internos para buscar cualquier detalle que añadir a sus informes, que tenían fama de ser gigantes. El que yo tenía era profesional y correcto, pero muy breve para lo que acostumbraba a escribir la Tripas en los suyos. Seguro que había sacado algo más y no lo había incluido, aunque aquello sonaba raro. Se encontraba a un vagabundo borracho muerto en la calle y ella escribía en el informe hasta lo último que había comido. Decía que era por descartar envenenamientos o suicidios, pero todos creían que, en realidad, le gustaba toquetearle las tripas a la gente.

No tenía mucha confianza en poder convencerla de que me dijese ni pio. Yo era un poli expulsado sin derecho alguno a meter mis narices allí. Vamos a sumar a esto que no habíamos tratado demasiado, al menos desde aquella fiesta de navidad en la que le toqué el trasero cuando estaba como una cuba, a lo que ella respondió con un gancho de izquierda que me tiró de culo al suelo. Así era Kate Jones: no daba bofetadas, daba puñetazos. Después de aquello me había mirado siempre como si me retara a volver a tocarla. Incluso se

crujió los nudillos un par de veces. Era una tía grande y fuerte. No dejaba de estar de buen ver, pero tenía demasiado músculo para mi gusto y era casi tan alta como yo sin llevar tacones.

A este cóctel perfecto para que me mandase a la mierda solo faltaba añadirle que dejé a su novio paralizado de una paliza. Llevaban saliendo un par de meses, pero ella se lo estaba tomando muy en serio. El baboso de Harvey Schultz era muy poco para una mujer como ella, pero parecía que, una vez que había tomado la decisión de salir con él, no iba a echarse atrás en el resto de su vida. Algo como dar un sí en el altar o firmar un contrato parecía escupirse en la mano antes de chocarla comparado con la determinación de la Tripas. Suponía que seguirían juntos a pesar de todo. Cuando Kate agarraba una presa ya no la soltaba jamás.

Me dirigí a la morgue con el fatalismo de quien se sabe derrotado antes de empezar el combate. Total, no tenía nada mejor que hacer por el momento. Las hostias son como las pajas. A veces las buscas solo porque no se te ocurre qué hacer. Pregunté por ella, pero no me dejaron pasar. Ya no era poli. Camino cerrado. Le dieron el aviso y me pidieron que esperase como un chico bueno sentado en una silla que, para mi tamaño, parecía hecha para párvulos. Pasé tres cuartos de hora allí sentado, viendo cómo la gente entraba y salía sin prestar ninguna atención hasta que distinguí dos zapatos negros en mi campo de visión. Levanté la vista por el delantal también negro que usaban los forenses y que ni siquiera se había molestado en quitarse y, por fin, llegué a la cara de aquella máquina de trocear gente.

—Vaya, vaya, vaya — dijo Jones con una sonrisa divertida en la cara—. No esperaba volver a verte si no era en mi mesa de trabajo, Damon. Tienes los huevos cuadrados para venir a plantarte delante de mí después de lo que hiciste.

Seguía sin dar crédito a su sonrisa. No parecía enfadada. Parecía

divertida. ¡Putita loca!

—Tengo un par de preguntas que hacerte sobre una autopsia tuya y me ha parecido mejor pasar por aquí antes que llamarte o mandarte un mensaje — dije sin apartar la mirada de sus ojos brillantes. Estaba a punto de descojonarse la muy perra.

— No eres poli, Sebastian —contestó ella con la jodida sonrisa bailándole en la boca —. No tengo que darte ninguna información de ninguna autopsia.

— Ahora soy detective privado y me han encargado el caso del asesinato de Christine Jordan —solté de corrido para evitar que diera media vuelta y se largase. La sonrisa desapareció de su cara inmediatamente. Aquel caso ponía de bajón a todo el que lo había tratado.

— No sé si tienes derecho a esa información, pero lo que le hicieron a esa cría no tiene perdón de Dios— contestó Kate —. Salgo en dos horas. Espérame en el bar de enfrente y tal vez podamos hacer un trato.

Dicho esto, se dio la vuelta y volvió a lo suyo. Aquello del trato no me acababa de cuadrar, pero parecía que por fin había tenido el golpe de suerte que tanto había estado buscando. Cuando conseguí reaccionar, salí de la morgue y me dirigí al garito que me había indicado.

El bar en cuestión parecía una oficina o un hospital. Sillas de metal, mesas de metal, suelo blanco, paredes verdes... La clientela estaba compuesta por trabajadores de la morgue. Debían sentirse como en casa. Intenté charlar con el camarero, pero, por lo visto, yo no era el tipo de persona con el que le gustaba hablar. Ojeé las mujeres y luego recordé que se pasaban el día trasteando con cadáveres. Se me pasaron las ganas de arrimarme a ninguna de ellas. Me senté en una de las asépticas mesas y me puse a mirar noticias, buscar información sobre licencias de detective en Ilarki y bucear entre el mar

de publicidad que era mi bandeja de entrada. ¡Vaya! Bianca me había mandado un mensaje diciéndome que no me pasase por casa antes de las ocho. Tenía compañía. Supuse que no muchos tipos recibirían un mensaje como aquel de su mujer y me dio la risa. Al menos a mí me avisaba del adulterio.

No había normativa clara sobre las licencias de investigador privado. Si tenías licencia en alguno de los países que habían participado en la construcción de Ilarki, tu licencia valía aquí. Lo que no estaba tan claro era cómo cojones sacarte una estando ya en la ciudad. Ni siquiera veía por ningún lado que hiciera falta una licencia para ejercer. Estaba buceando entre palabrejas de abogado cuando noté que alguien se sentaba delante de mí. La Tripas había llegado a la cita. Yo con aquella carnicera y mi mujer tirándose a un maromo. Qué injusto era el mundo. Cuando Kate pidió un café doble, empecé a hablar.

—Te agradezco mucho que me ayudes teniendo en cuenta lo que pasó...

—Tenía que empezar con aquello o me moriría de miedo.

—No estoy con Harvey, no te preocupes —contestó ella—. De hecho, te invito a lo siguiente que tomes por la paliza que le diste y, si algún día acabas lo que empezaste, te pago una cena.

Aquello me descolocó por completo. Mi cara tenía que ser un poema, porque se apiadó de mí y me dio más explicaciones.

—Cuando le mandaste al hospital, pasé allí tres días con él —empezó Kate—. No parecía tener muchos amigos, porque el único que se interesó por el fue un tipo de asuntos internos. Ni siquiera sus compañeros vinieron a verle. Lloré como una cría, puedes creerme. Estaba enamorada de ese hijo de puta hasta las trancas.

Llegó su café y ella esperó a que el camarero se alejase para seguir hablando.

—El cuarto día apareció la primera visita. —Continuó removiendo el

café con una sonrisa triste en la cara—. Vanessa. Así se llamaba aquella puta barata. Decía ser la novia de Harvey. Llevaban casi un año juntos. Tenía fotos y todo la muy zorra. No sabía si molerla a golpes a ella o al cabrón de Harvey. Mientras me decidía, me di cuenta de que en todo caso tendría que apalizarme a mí misma por gilipollas.

—Vaya —dije en el incomodo silencio. Kate no separaba la vista de su café—. Lo siento mucho.

—Pues deja de sentirlo —contestó ella levantando la mirada a mis ojos—. Aquello fue lo mejor que podía haberme pasado. Para ella el marrón de cuidar a un paralizado de por vida. En realidad, me libré de una buena. Si no le hubieras machacado, habría tardado mucho más en darme cuenta de que yo no era más que “la otra” para él. Por eso te debo un café, pedazo de cabrón.

El que diga que entiende a las mujeres es como el que dice que entiende la física cuántica. Cuanto más crees entenderla, es que más perdido estás. Aquella tipa estaba agradecida porque hubiese dejado en silla de ruedas al tío del que estaba enamorada solo porque había descubierto que le ponía los cuernos.

—Por eso estoy dispuesta a echarle una mano —dijo a continuación Kate—. Dime qué tienes y veré si puedo ayudarte.

Le enseñé las capturas que tenía en mi pad del informe forense dejándole claro que me parecía muy escueto para su estilo. Ella llegó al final y me miró a los ojos.

—Esto es el informe preliminar, Sebastian —dijo al punto—. Es lo que se rellena antes de hacer la autopsia. No tienes ni una décima parte de los datos.

—Supongo que tú podrías darme acceso al informe completo —dije mientras en mi cerebro rechinaba el hecho de que aquel abogaducho me hubiese dado una información tan cutre para empezar el caso. Tal vez ni

siquiera él tuviese el informe definitivo.

—Podría. Claro que podría. Pero también podría meterme en un lio por darle información confidencial a un civil.

—Creía que querías justicia para la pobre Chrissie —dije con mi cara de chico bueno. Había usado el diminutivo para intentar ablandarla un poco.

—Se te da fatal manipular a la gente —dijo soltando un bufido divertido—. Pero si tú me haces un favor, te mandaré el informe completo.

—Claro, Kate —aseguré con la inconsciencia de quien no aprende—. Lo que sea.

—Quiero que me eches un polvo, Sebastian —dijo mirándome directamente con la ira ardiendo en sus ojos—. Quiero que me folles a lo bestia y quiero grabarlo. Quiero mandarle el video a Harvey para que me vea tirándome al tipo que le dejó paralizado y que así él y su puta Vanessa vean algo que no podrán volver a hacer nunca más. Quiero joderle vivo y no hay mejor manera que jodiéndote a ti, Sebastian.

—Hostia —conseguí decir al cabo de unos segundos—. Estás como una puta cabra, Kate. Lo haré con una condición.

—A ver qué quieres ahora —dijo Kate sin apartar su mirada de fuego de mí.

—Si vamos a follar, tendrás que dejar de llamarme Sebastian. Solo Seb.

Ya lo creo que me llamó Seb. Lo susurró, lo gritó, lo gruñó... Me echó uno de los polvos más salvajes de mi vida. Allí mismo, en el baño del bar. A la tía le gustaba zurrarme incluso cuando me tenía dentro. Era una máquina de sexo. No soy ningún novato y he estado con mujeres que sabían latín, pero el entusiasmo de la Tripas era imposible de igualar. Yo me dejaba hacer. Reconozco que en algunos momentos estaba cagado de miedo. Había tal furia en todo lo que hacía que lo único que te salía era mirar y ser bueno para no llevarte un

guantazo. Se la metía en la boca hasta que le daban arcadas y, cuando recuperaba el aliento, volvía a hacerlo. Luego miraba a la cámara y decía burradas del tipo “mira que pollón me estoy comiendo, Harvey”. Os juro que no soy ningún mojigato, pero aquella mujer me hizo sentir auténtica vergüenza. Luego me enfocó para decirle a Harvey que el pollón en cuestión era del tipo que le había dejado sin poder trempar nunca más. En un momento determinado me tiró al suelo y me cabalgó en cuclillas. Ni siquiera se desnudó. Solo se quitó las bragas para que los planos fueran claros. Sí. Estaba dentro de ella. A Harvey no le podía quedar ninguna duda. Intenté escaparme cuando dijo a la cámara “Siempre quisiste metérmela por detrás, Harvey. A ti no te dejaba, pero a Seb si que voy a dejarle. ¡Ya lo creo que sí!”. Traté de salir de debajo, pero fue inútil. Kate ya era fuerte de por sí. La ira la tenía como poseída, dándole aún más fuerza. Me hizo todo lo que quiso. Incluso siguió cuando aporrearon la puerta. Gritó “¡Me estoy tirando a Seb Damon! ¡Dadme cinco minutos!”. Luego, mientras me seguía cabalgando, le explicó al pobre Harvey que estábamos en el baño de un bar porque no podíamos aguantar hasta llegar a casa. Fue una salvajada en toda regla.

No me preguntéis cómo, pero conseguí acabar. Creo que mi pene era incapaz de llevarle la contraria a Kate, así que, cuando ella me ordenó que me corriese en su cara, lo hice. Me quedé apoyado en la pared, todavía aturdido. Usado. Sucio. Ella miró a la cámara de su pad mientras seguía soltando pullas a Harvey con mi semen en primer plano. Aquella tipa era una auténtica loca. Cuando por fin detuvo la grabación, se puso en pie y se lavó la cara. Guardo su pad en el bolso junto con las bragas.

—Buen polvo, Sebastian —dijo mientras salía del baño—. Tápate y vete a casa. Te mandaré el informe esta misma noche.

Seguía bajo el hechizo de aquella bruja, así que me tapé y me fui a casa. La gente del bar me miraba como si fuera un degenerado mientras me dirigía a

la salida. Agaché la cabeza, rojo de vergüenza, y apresuré el paso. Si habían llamado a la policía, mejor irme antes de que llegaran.

Pensé en coger un maglev, pero necesitaba caminar para sacudirme aquella sensación de suciedad de encima. Era como si me hubiesen violado. Últimamente, cada vez que quería algo, tenía que follarme a alguien para conseguirlo. Siempre me había gustado el sexo, pero empezaba a sentirme una polla con patas. Tal vez aquello fuese a lo que se refiriesen las mujeres tantas veces y yo, por fin, empezaba a comprender lo que querían decir. El sexo mola, pero no cualquier sexo. Menuda mierda de detective estaba hecho. Tal vez me debería pasar a puto. Uno esperaba tratar con rubias despampanantes que te calientan los cascos y no te llevas a la cama hasta que el caso está resuelto, no aquello.

Cuando llegué a mi edificio, oí que me llamaban. La voz provenía de un maglev privado totalmente negro y con los cristales tintados. Mientras me acercaba, se abrió una puerta y, al agacharme, pude ver quién me estaba llamando. Era una rubia despampanante recostada en un asiento trasero imposiblemente grande. Aquella cara... ¡Yo conocía aquella cara!



9- CARETAS FUERA

En cuanto vi el rostro de aquella rubia fue como si hubiese metido los dedos en un enchufe. Sentí una sacudida bestial y empecé a vivir en un recuerdo. No me refiero a recordar, no... Era como si me hubiese metido en la mente de otra persona que estuviese haciendo otra cosa diferente a la que yo estaba haciendo. Otra cosa horrible. Las infinitas piernas enfundadas en medias negras de la rubia, el cuero del asiento, el rojo de sus labios e incluso sus larguísimas pestañas se esfumaron en un estallido blanco.

Cuando pasó, tenía otra vez a aquella cría, Chrissie, delante. Estaba totalmente desnuda. Tenía las muñecas y los tobillos atados por separado a unos postes para que no pudiera moverse y sus piernas estuvieran bien abiertas. Me miraba con cara de terror mientras unos lagrimones manchados de rímel manchaban su cara. No gritaba. Tan solo meneaba lentamente la cabeza y, sin dejar de clavar sus ojos infantiles en mí, repetía una y otra vez “por favor”. Yo, sin embargo, la embestía con más fuerza cuanto más lloraba. Cada suplica redoblaba mi deseo. Sentía asco de lo que estaba haciendo, un asco que no había sentido jamás. Recuerdo que una vez vomité al ver un video de pederastia en el trabajo. Tal cual. Eché hasta la primera papilla con solo tres segundos de grabación. Sin embargo, ahí estaba, embistiéndola mientras la sujetaba por las caderas. Era demencial. Caí en la cuenta de que mis manos parecían mucho más pequeñas y mis dedos mucho más finos. Tampoco

reconocía los gemelos dorados con leones grabados en los puños de mi camisa blanca. ¡Qué coño! Yo no tenía ninguna camisa blanca.

Otra figura entró en escena. Era una mujer alta con un vestido rojo ceñido. Llevaba una máscara negra con plumas tapándole la mitad superior de la cara y sólo se veían sus gruesos labios pintados de rojo y una larga melena rubia.

—Mira que eres cerdo —dijo acercándose a nosotros—. ¿Cómo pueden gustarte las niñas?

—¡Mamá! —gritó Chrissie—. ¡Mamá, suéltame!

Como respuesta, la mujer lanzó un puñetazo en la cara de la Chrissie, callándola de inmediato.

—Tú cállate, puta— dijo la mujer de rojo—. Si no jugaras con cosas que no entiendes, esto no te pasaría. Ahora vas a aprender a hacer caso cuando te diga que hagas algo.

Volvió a golpearla. No la abofeteaba, como cabría esperar de una madre. Daba puñetazos en la cara de Chrissie con toda la fuerza de su escaso peso. Mientras tanto, yo seguía a lo mío, como si no las viera. Me había detenido un momento al entrar la mujer en escena, pero con los golpes había redoblado mis embestidas. En un momento dado la mujer perdió la máscara con el movimiento de los golpes y vi a la misma rubia del maglev negro. Se arrancó la careta con rabia y siguió dando puñetazos sin parar. Sus guantes de cuero negro tal vez amortiguasen un poco los golpes, pero se tenía que estar haciendo daño por cojones. O paraba pronto o iba a matar a la niña. De hecho, llevaba como un minuto sin moverse. Tal vez hubiera perdido el sentido. Aquello pareció calmar a la mujer. Recogió la máscara del suelo, se la colocó con mimo, como si estuviera preparándose para salir y no acabase de apalizar a su hija, y se dirigió a la salida.

—Asegúrate de que vuelve a casa— me dijo al oído al pasar a mi lado

—. Si tú no cuentas lo que he hecho yo, no contaré lo que has hecho tú. Diremos que la asaltaron por la calle.

Por toda respuesta solté un gruñido mientras seguía embistiendo. La niña no se movía en absoluto. Puse la mano en su pecho y no noté latido alguno. ¡Joder! ¡Estaba muerta! Por increíble que parezca, seguí a lo mío hasta acabar encima de su vientre.

Después de otro estallido blanco en mi cabeza, volví al mundo real. Desperté tirado en el suelo de la acera y con aquella terrible mujer acuclillada a mi lado. Un hombre trajeado estaba también junto a mí de rodillas. Ambos me miraban con preocupación.

—Parece que despierta —dijo el hombre.

La cara de alivio de la mujer era incluso cómica. Intenté incorporarme, pero seguía mareado. El tiarrón me ayudó a sentarme y, al volver a mi cabeza la vivencia con Chrissie, me giré y vomité durante dos minutos.

—Soy Stella Jordan, la mujer de Richard Jordan —dijo la rubia cuando me recompuse—. Había venido a hablar con usted porque nuestro abogado nos ha dicho que está llevando el caso, pero me temo que no es un buen momento.

—Soy epiléptico —mentí—. Después de una crisis me lleva un poco recuperarme. Si no le importa, podríamos hablar mañana.

—Por supuesto —repuso Stella. Se había vuelto muy sensible desde la última vez que la recordaba. Estaba pálida y su cara era de sincera preocupación.

—Llámeme mañana por la mañana y concertaremos una cita —dije sin mirarla directamente. No podía soportar siquiera verla sin tener ganas de estrangularla.

—Por supuesto. Por supuesto —repuso la hija de la grandísima puta—. Mañana le llamaré.

—Si lo prefieres, puedo ir yo a verla a su casa.

—Mañana hablamos —repuso poniéndose en pie y metiéndose de nuevo en el coche. El hombretón que la acompañaba entró también. Ya que los maglevs son autónomos, supuse que sería un guardaespaldas.

Cuando marcharon, me puse en pie y me dirigí a casa. Me sentía como si hubiese corrido doce horas seguidas. Antes de entrar, recordé mirar la hora. Las nueve menos diez. Bianca habría acabado hacía un rato con lo que estuviera haciendo. Lo último que necesitaba era encontrarme a una pareja echando un polvo. Comprobé con horror que había manchado los calzoncillos. El recuerdo era jodidamente real. Hostia puta.

Debía llevar una cara malísima, porque Bianca me preguntó si me pasaba algo en cuanto me vio. En lugar de contestar, hice un gesto con la mano para indicarle que luego le contaría todo y me metí en la ducha. Estuve más de media hora intentando que el agua hirviendo me quitase aquella sensación de suciedad. Entre lo de Kate y lo de Chrissie me sentía como un guiñapo y un monstruo al mismo tiempo. Ni usando lejía podría haberme quitado el mal que se me había colado en el alma. Al salir de la ducha, Bianca me estaba esperando en la cocina con una taza humeante en sus manos y otra delante de ella. Supuse que sería para mí y me senté a beberme lo que quiera que me hubiese preparado.

—Vaya con mi maridito —dijo cuando le conté el episodio de Kate—. Te dejo solo un día y me pones los cuernos.

—No he hecho nada que no estuvieras haciendo tú —repuse mirando mi taza. Caldo de pollo. Era jodido caldo de pollo.

—Tú lo has hecho por gusto —replicó secamente—. Yo lo he hecho porque llevo sin pegar un polvo tres meses. Siempre parece que te vas a lanzar, pero al final te rajas. He tenido que buscar fuera lo que no me dan en casa.

Me quedé con la boca abierta como un retrasado mirando su cara seria, casi enfurruñada. No tenía cuerpo para entrar en aquella discusión, así que le conté lo de mi desmayo.

—¿Te follaste a la cría mientras la mataban a golpes? —dijo Bianca poniéndose en pie y plantando las manos en la mesa para acercar su cara a la mía.

—No lo he hecho —contesté levantando las palmas para intentar calmarla—. Es el puto recuerdo que se me metió en la cabeza cuando estuve con Chad. He comprobado lo que estuve haciendo aquella noche con cámaras de vigilancia y no he hecho nada malo. Estuve en el Thomas' jugando a billar, vine a casa vomitando y punto. Comprobado.

Bianca pareció calmarse con aquello. Volvió a sentarse con cara de no terminar de creérselo del todo. Dio un sorbo a su taza antes de volver a hablar.

—Así que tienes el recuerdo de alguien que vio cómo mataban a la cría y no ha dicho nada —dijo por fin—. No ha dicho nada porque él estaba tirándose a una menor. Una menor hija de uno de los tipos más ricos de la ciudad. Tipo que está casado con la asesina de la niña. Joder, no es como para ir contándolo, la verdad.

—Si al menos supiera quién es el puto degenerado, tendría un hilo del que tirar —contesté maravillándome de la velocidad a la que aquella cabecita rubia hilaba ideas. Era guapa, pero no era tonta. La había cagado.

—Tiene que ser el tío al que le pasaste el recuerdo —dijo Bianca con determinación—. Si consigues que Chad te diga quién fue, tendrás al testigo que necesitas.

—Es jodidamente irónico, como todo en mi vida —contesté dándole vueltas—. Me encargan un caso, tengo al culpable y ninguna puta manera de demostrarlo. Chad no sabe a quién le pasé el recuerdo. Pagó con tarjeta anónima y la descripción que me ha dado encaja con media ciudad. Ni

siquiera tiene cámaras en su oficina.

Bianca rompió a reír. Su humor cambiaba de forma radical en solo unos segundos. Me había cagado de miedo viéndola encararse a mí y eso que pesaba el doble que ella. Tenía razón. Debería buscar al cliente de Chad para poder tener la esperanza de encontrar una maldita prueba. Decidí que no tenía la cabeza para muchos líos y cambié de tema.

—¿Te has hecho algo en el pelo? —pregunté para hacerle ver a Bianca que era un hombre detallista y me fijaba en ella. El efecto fue perfecto. Tras dos segundos de sorprendida alegría, pareció derretirse.

—Me he hecho mechas moradas —dijo jugando con un mechón—. Eres un encanto por haberte dado cuenta. Lo sabes ¿verdad?

—¿Y cuándo coño te las has hecho? —pregunté demostrando que yo también sabía atar cabos—. Esta mañana no las tenías.

—Ha venido Valerie, una compañera de trabajo, y nos hemos estado arreglando un poco el pelo la una a la otra. Por eso te he pedido que no vinieras —repuso de corrido—. Los tíos siempre molestáis en los tintes.

—¿No habías estado tirándote a un tipo?

—No te creas todo lo que te diga tu mujer —dijo con cara de mala—. Tampoco llevo tres meses sin echar un polvo, por cierto. Buenas noches.

Se marchó dejando su taza en el lavavajillas y una inexplicable sensación de alivio en mi corazón. Abrí el pad para mirar el correo y vi un mensaje de Kate. Era el informe de la autopsia. Ni un “gracias”. Ni un “nos mantendremos en contacto”. Aquello me dejó una extraña sensación de disgusto. Tenía la cabeza hecha un lío. Decidí dejar el informe para después de descansar unas cuantas horas y me fui a dormir yo también. Tras media hora dando vueltas sin poder quitarme las imágenes del día de la mente, me tomé una pastilla y caí seco. Era difícil dormir cuando sabías que al día siguiente tenías que entrevistarte con una asesina de niños.



10- DONDE EL MAL HABITA

Me levanté peor de lo que me había acostado. No conseguí dormir más de dos horas seguidas. Despertaba continuamente con la sensación de haber tenido una pesadilla, pero sin conseguir recordar nada más que una fuerte sensación de que tenía que escapar. Cuando por fin me decidí a abandonar la cama, las imágenes de la violación volvieron a mi mente y, a pesar de ducharme de nuevo, no conseguí sentirme menos sucio.

Repasé el informe mientras desayunaba sin hambre. Aún así, me obligué a tomar un banquete abundante con sus huevos, su beicon, sus patatas... Cuando te meten una idea en la cabeza de niño, es difícil abandonarla. Mi padre siempre insistía en que el desayuno era la comida más importante del día, por lo que nuestros desayunos para tres parecían un festín para media docena. Rara vez desayunábamos toda la familia junta, pero, cuando lo hacíamos, era épico. Tiempo después descubrí que lo de que el desayuno era la comida más importante del día era un eslogan de una marca de cereales para conseguir que los niños comiesen más aunque se pusiesen gordos como boyas, pero, como ya he dicho, cuando te meten una idea en la cabeza de crío, se queda ahí para siempre.

El informe era mucho más extenso que el que me había pasado el abogado. Aquello cuadraba más con Kate. Al contrario de lo que decía el primero, aquí sí que se nombraban fibras textiles en los huesos de la cara,

probablemente de algún tipo de cuero. Kate había asumido que eran ligaduras, pero yo me decanté por los guantes de la zorra enmascarada. También había restos biológicos en aquellos mismos huesos. Supuse que se le habría roto algún guante. Como Stella no estaba fichada, constaba como “origen desconocido”. La jodida Tripas tenía que ser muy buena para haber encontrado restos extraños entre la enorme cantidad de sangre y carne machacada que era la cara de Chrissie cuando la encontraron. También había una importante cantidad de droga para la corta edad de la niña. A un adulto le habrían causado una alegría tonta. A un niño podía dejarle fuera de combate. También había alcohol. Joder. ¿Qué clase de vida llevaba aquella chavala? Sin embargo, no había encontrado más restos biológicos en ninguna otra parte. Pensé en decirle a Kate que buscase en las caderas. Yo sabía que un cerdo había agarrado por ahí a la niña. Pronto recordé que ya estaría incinerada, salvo que sus padres hubiesen pagado para enterrar el cadáver en la Tierra. Aquí arriba no había entierros. Cuestión de espacio.

Por lo demás, muchos datos y poca información. Nada que no supiese. Desgarros vaginales, algunos de ellos *post mortem*, severas contusiones faciales y craneales, abrasiones en muñecas y tobillos... Lo que la había matado eran los golpes que la cabeza daba contra la superficie en la que estaba tumbada la cría con cada puñetazo. Curioso. No era la paliza en la cara, sino la reacción de la cabeza al ser golpeada. Jodido Newton...

Me entró un mensaje cuando estaba terminando. Lo abrí con más miedo que vergüenza pues temía que fuera de Stella. Efectivamente, era la asesina citándome en casa de los Jordan a mediodía. Asumí que aquello significaba las doce. He quedado con gente a mediodía y han aparecido a las dos de la tarde, pero son contadas excepciones. Si se llama así, es por algo, igual que medianoche son las doce de la noche, ¿no? ¡Joder! ¿Tanto cuesta poner una puta hora?

Mientras estaba sumido en tan profundos y productivos pensamientos, sentí un beso suave en el cuello.

—Buenos días —dijo Bianca en mi oído—. Dime que hay café hecho.

—Hay café hecho —contesté mientras ella iba a por su primera taza del día dejando que su mano acariciase mis hombros mientras se alejaba.

—¡Serás cabrón! —soltó con la cafetera vacía en la mano—. No me digas que hay café si no hay café.

—Tú me has dicho que te lo dijera —repuse conteniendo una carcajada. Bianca tenía muy mal despertar—. Tienes capsulas en el cajón. Traje el otro día.

Al ver sus capsulas favoritas soltó un gruñido y se preparó un *latte macchiato* estirándose para aprovechar el tiempo. Le habría avisado de que si levantaba los brazos se le veía el culo con aquella camiseta, pero lo habría puesto en pompa y me habría sacado la lengua. Decidí disfrutar del espectáculo en silencio.

—Hoy voy a ver a la madre —dije cuando le pegó el primer sorbo a su café y la primera sonrisa de la mañana apareció en su cara.

—Madrastra —dijo secamente—. Es su madrastra. Hay mucha diferencia.

—A mí eso me da igual. Es la asesina y tengo que hablar con ella como si no supiera nada, como si no la hubiera visto machacando la cara de su hija a puñetazos.

—Supéralo, Seb —replicó saliendo de la cocina—. Es parte de tu trabajo. Busca pruebas y listo.

Como si fuera tan fácil... Por si la imposibilidad de encontrar cabos sueltos no fuera suficiente, la borde de mi mujer y su legendaria mala hostia mañanera me machacaba para empezar el día con alegría. Tenía un par de hilos de los que tirar, pero luego no sabía qué iba a hacer con ellos. ¿Iba a

decirle a aquella puta malnacida que había resuelto el caso y había descubierto que la asesina era ella? Otra opción era entregar las pruebas a la policía, pero entonces ya podía despedirme de cobrar. Tampoco estaba seguro de que el padre no estuviera en el ajo. No me cuadraba con lo que Kurt me había contado de él, pero la vida te daba muchas sorpresas. No se podía descartar nada. Antes de salir de casa le pregunté a Bianca si Chad se iba a pasar por el club a la noche. No era seguro, pero sí muy posible. Tendría que probar suerte.

Los Jordan no vivían en mi barrio, claro. Tenían una de las pocas casas unifamiliares de Ilarki en la zona más rica de la ciudad. Como ya he dicho, el espacio es un bien escaso en la Luna, pero el dinero siempre sabe cómo hacerse con los bienes escasos. Una veinteava parte de la extensión de Ilarki había sido destinada a crear una urbanización de lujo para quien pudiera pagarlo. Aquella casa parecía enorme. Tenía incluso un jardín y un perrazo enorme correteando por él. Si la idea era que sirviese de perro guardián, lo tenían jodido. Aquella mezcla de pastor alemán con un saco de amor se lanzó a la verja en cuanto me acerqué y se puso a lloriquear. Al tenderle la mano, empezó a chuparla y se dejó acariciar la enorme cabezota con ojos vidriosos y la lengua colgando por un lado de su impresionante boca. En cierto modo, me recordó a mí.

—Veo que se lleva bien con Lucy —dijo una voz detrás de la perra. Era un hombre vestido de traje, de alrededor de cincuenta años. No tenía ni una sola cana en su pelo moreno y el bronceado de su piel era perfecto. Sin embargo, a pesar del aspecto saludable y la sonrisa que se había abierto camino en su cara, tenía ojeras y un no sé qué de tristeza. Reconocí al padre de Chrissie gracias a las fotos del informe.

—Siempre me he llevado bien con los perros —contesté irguiéndome y

dejando los mimos a pesar de los lloriqueos de Lucy—. Aquí arriba es imposible tener uno, pero en casa siempre he vivido con alguno.

—Sí —contestó el hombre sin dejar de mirar a la perra—. Cuesta un dineral conseguir el permiso. Hay menos de cien en todo Ilarki, pero a la niña se le antojó y no hay nada que pueda negarle.

Seguía usando el presente. Al darse cuenta, un rictus de dolor deformó sus facciones por un instante. Yo también había pasado por aquello y sabía cómo sentaba darte cuenta de que alguien estaba muerto. Era casi como perderle otra vez.

—Yo nunca he hecho mucho caso a la perra, pero ahora es lo único que me queda de ella —. Dicho esto, salió del trance, fingió una sonrisa, abrió la verja y me tendió la mano—. Richard Jordan. ¿Qué le trae por aquí?

—Seb Damon —contesté apretando su mano con firmeza—. El señor Hightower me ha contratado para que investigue la muerte de su hija. Supongo que se lo habrá dicho. Venía a entrevistarme con la señora Jordan.

—Por supuesto —contestó. Me dio la impresión de que no sabía nada—. Mi mujer está dentro, pero está preparándose.

—Me dijo que viniese a mediodía, así que he venido a las doce — repliqué soltando su mano. Richard parecía en *shock* y no había hecho amago de liberarla.

—Para Stella el mediodía pueden ser las dos o las tres de la tarde — contestó soltando un bufido de exasperación que conocía bien. ¡Mujeres!

—Volveré más tarde entonces —dije avergonzado—. Siempre me ha costado entender palabras como mediodía, después de comer...

—En absoluto —dijo el hombre—. Yo tengo que salir, pero seguro que Patricia le puede preparar un café para que espere. O puede jugar con Lucy. Está muy triste desde que se fue Chrissie y usted parece alegrarla.

—En ese caso, esperaré —contesté ignorando el enorme cerdo de

plástico que Lucy aplastaba contra mi muslo intentando que se lo lanzase, se lo quitase o vete a saber qué. Si me cuesta entender a las mujeres, a las hembras de otra especie aún más—. Me gustaría poder hablar algún día con usted también, si no tiene inconveniente.

—Por supuesto, por supuesto —replicó acercando su reloj al mío. Inmediatamente me llegó una notificación de que un nuevo contacto había sido añadido a mi agenda—. Es mi número personal. Si no estoy disponible, le atenderá mi secretaria.

Dicho esto, avisó a la asistente, Patricia, de que estaba allí. En un derroche de actividad, la mujer me acompañó hasta una mesa del jardín, me trajo un café delicioso y avisó a la señora Jordan de que su visita del mediodía había llegado. Veinte minutos después, más cerca de la una que de las doce, apareció la doliente madre.

—Viene usted muy pronto —dijo Stella acercándose a mi—. No le esperaba hasta dentro de un par de horas.

—Dijo usted mediodía, así que... Olvídelo. Lamento haberla molestado —dije tirando del cerdo mientras luchaba por no caer de la silla. Aquella perra era realmente fuerte. Me decidí a soltarlo para prestar atención a la clienta. Llevaba puesta una bata de raso, como si acabase de salir de la cama. Sin embargo, tenía el pelo perfectamente peinado y era evidente que una laboriosa capa de maquillaje cubría su cara.

—Espero que se haya recuperado —añadió sin mirarme siquiera, muy atenta al *capuccino* que Patricia acababa de traerle.

—Estoy perfectamente —contesté—. Gracias por ayudarme anoche. ¿De qué quería hablar conmigo, señora Jordan?

—Quería saber cómo va la investigación, por supuesto —dijo reclinándose en la silla y dejando que la bata se abriese dejando a la vista sus larguísimas piernas. Aquella zorra sabía cómo desviar la atención—. ¿Tiene

algo nuevo para nosotros?

—Es muy pronto para tener algo definitivo —dije ignorando aquel “nosotros”. Su marido parecía no tener ni idea de que trabajaba para ellos, pero, como buen hombre de negocios, no había descubierto aquella debilidad delante de un extraño—. Tan solo un par de pistas prometedoras de las que espero obtener resultados muy pronto.

—¿Qué pistas son esas? —preguntó echándose hacia delante con los brazos cruzados a la altura del vientre. La bata se ahuecó dejando el borde a ras de pezón. El cirujano que la hubiese operado, se había ganado el cielo.

—Nada que merezca la pena comentar —dije luchando por mirarla a los ojos—. Por el momento.

Se la veía incomoda. Intentaba aparentar desinterés, pero estaba loca por saber si me acercaba a algo que pudiera incriminarla. Pasé unos minutos preguntando detalles de la vida de Christine. Ella siempre la llamaba por el nombre completo, nunca por el diminutivo. Lucy se había tumbado encima de mis pies al ver que no jugaba con ella y pude ver que la perra no le gustaba demasiado a la señora Jordan. También me dio la sensación de que el sentimiento era mutuo. Poco pude sacar de aquella loca salvo verla jugar con el pelo, alguna mirada lasciva, varios centímetros de pierna por encima de lo recomendable y sonrisas sin fin. Al acercarme al final de la entrevista, apareció un hombre por la verja y se acercó a Stella. Iba vestido sobriamente con un traje negro holgado. Tenía una pinta de guardaespaldas que tiraba para atrás. Le dijo algo al oído y se quedó de pie detrás de la mujer.

—Me temo que tengo que ir a prepararme, señor Damon —dijo poniéndose en pie—. Manténgame informada de cualquier avance en la investigación.

Me guiñó un ojo y acompañó el gesto con una sonrisa pícaro. Sin embargo, no dediqué ni dos segundos a pensar en aquello. En mi cabeza no

quedaba sitio para nada que no fuera el guardaespaldas. Más bien, para la enorme cicatriz que adornaba un lado de su cara. Otra pieza que encajaba en el puzle.



11- ¿DÓNDE HAS ESTADO TODO ESTE TIEMPO?

La entrevista con aquella arpía no había ido tan mal como esperaba. Estaba claro que solía usar a los hombres a su antojo. Con unas cuantas insinuaciones estaba segura de tenerles comiendo en su mano. Lo que aquella bruja no había tenido en cuenta era que yo sabía lo que había hecho y me daban ganas de estamparle la cara contra el suelo cada vez que me golpeaba. Es triste que algunas mujeres estén tan acostumbradas a dejar a un tipo fuera de combate enseñando un poco de pierna o abriéndose el escote. Si no les funcionaba, asumían que era homosexual o idiota y pasaban de él. Seguían tratando con los que se quedaban atontados mirando su canalillo. Supongo que de ahí saldría el decir que todos los hombres somos iguales. Todos los hombres con los que tú tratas, bonita.

Fui a casa caminando. Necesitaba un poco de tranquilidad para ir ordenando todas las piezas que tenía sobre la mesa. Los recuerdos ajenos que venían sin ser invitados no ayudaban a poder pensar con serenidad y seguir un protocolo policial lógico. Las emociones siempre joden la investigación. Una vez más, sabias palabras de mi padre.

La cría había estado bailando en pelotas en una especie de fiesta privada con gente mayor. Había más críos en pelotas. Vale. Aquello era un hilo del que tirar. Lo sería si hubiese oído hablar alguna vez en mi puta vida

de unas fiestas tan degeneradas como aquellas. A la cría la habían atado, la habían violado y, mientras tanto, su madre había aparecido y le había crujido la cabeza a hostias hasta matarla. Luego había venido el guardaespaldas de la madre y se la había llevado de allí para dejarla tirada en un conducto de ventilación. Eso era todo lo que tenía hasta el momento. Solo necesitaba hacer coincidir dos datos para empezar a tejer la trama. Mientras los hilos estuvieran separados, no había nada que hacer.

Estaba absorto en esos pensamientos cuando llegué a mi bloque. Fue por eso que no me di cuenta de que había un maglev de la policía delante de mi portal hasta que el agente apoyado en el capó me habló.

—Dichosos los ojos, Damon — dijo sin moverse un milímetro. Era un tipo gigantesco, de casi dos metros, con una barriga que luchaba por reventar la camisa, los brazos cruzados a la altura del pecho y un enorme bigotón cubriéndole media cara. No le conocía de nada.

—Disculpe, agente — contesté entrecerrando los ojos —. ¿Nos conocemos?

—Joder — replicó sin que su bigote se moviese en absoluto —. Qué rápido olvidas a los compañeros.

Entonces caí en la cuenta. Aquella mole enorme, aquellos ojillos demasiado pequeños para una cabeza tan grande... era el puto Phillip Harris. Habíamos trabajado juntos.

—¿Harris? — dije acercándome con los ojos entrecerrados y observándole fijamente—. ¿Qué cojones te ha pasado en la cara?

Él se llevó dos dedos al bigote mientras sonreía y luego me la tendió.

—Está guapo ¿eh? — dijo mientras nos estrechábamos las manos—. A las tías las vuelve locas.

—No me jodas — respondí palmeándole el hombro con la mano libre— Pareces el puto Sheriff Dunning^[v].

—¿Quién es ese Dunning? —respondió haciendo gala de su deslumbrante inteligencia. Nunca había sido la bombilla más brillante del departamento.

—Dunning. Los crímenes del lago —respondí intentando lo imposible. Como siempre me pasaba con él, me di por vencido—. ¿Qué haces plantado delante de mi casa aparte de lucir mostacho?

—Mi compañero quería hacerte una visita —dijo volviendo a cruzarse de brazos—. Estoy esperando a ver si el puto Bronsky se decide a bajar.

—¿Kurt está ahí arriba a solas con mi mujer? Será mejor que suba rápido.

Me despedí de Harris prometiendo que me pasaría por comisaría a hacerles una visita. Los dos sabíamos que era mentira. Si aparecía por allí, me sacarían a hostias. Subí a mi piso sin tener muy claro si quería abrir la puerta. Cuando entré, me encontré a Kurt sentado en una silla con una taza de café en las manos. Bianca estaba sentada en la encimera con las piernas cruzadas. Al menos se había molestado en ponerse unos pantalones cortos.

—No me habías dicho que tuvieras un amigo tan guapo, cariño —dijo Bianca bajando de la encimera—. Si lo hubiera sabido, me habría preparado un poco.

—Estás preciosa así, Bianca —dijo Kurt ignorando que yo había entrado en escena. Muchas confianzas había por allí.

—Os dejo solos para que habléis de vuestras tonterías —dijo Bianca. Salió de la habitación caminando de puntillas y meneando demasiado las caderas para mi gusto.

—No sé cómo demonios has conseguido que una mujer así esté contigo, cabronazo —dijo Kurt sin quitar la mirada del trasero de mi esposa hasta que desapareció de nuestra vista.

—Deja de manosear a mi mujer con los ojos y dime a qué has venido,

capullo —contesté sacando una cerveza de la nevera y apoyándome en la puerta—. Tienes a Dunning abajo aburrido y le está empezando a salir musgo.

—Dunning, qué bueno — dijo Kurt empezando a reírse y dando una palmada en la mesa—. Esa tengo que apuntármela. Venía a felicitarte por el polvo que echaste con la Tripas. No te imaginaba con tanto estomago.

—Joder —solté antes de dar un trago a mi cerveza—. ¿Cómo coño ha llegado ese video hasta ti?

—Lo tiene todo el puto departamento. La tía se lo ha pasado a media ciudad. Su ex tiene que estar buscando un agujero en el que meter la cabeza para no sacarla jamás.

—No has venido solo para eso —repliqué tras unos momentos de shock. Imaginar a todo el departamento viéndome follar no me hacía ni puta gracia. Más bien, viendo cómo me follaban.

—También quería ver si era verdad que estabas casado con el pibón que me enseñaste el otro día —añadió con una sonrisa traviesa en los labios—. Si de verdad no tenéis nada más que papeles entre vosotros, yo estoy disponible. Ah, y quería avisarte de que el padre de la víctima ha preguntado si es verdad que eres detective o estás metiendo las narices en sus asuntos y en su casa sin permiso. Tienes que sacarte la puta licencia.

Giré la silla para sentarme a horcajadas delante de Kurt y di otro trago a mi cerveza. La madre había contratado un detective sin consultarlo con su marido. Era un poco absurdo, pero podía llegar a encajar.

—Creo que me la están jugando, Kurt —dije por fin.

—¿Quién te la está jugando?

—Estos ricachones hijos de puta —repliqué—. Hay demasiadas cosas que no encajan. Primero, la madre manda a su abogado a contratarme sin hablarlo con su marido.

—Eso no es tan raro —contestó Kurt. Había dejado de sonreír.

—Puede que no —seguí yo—. Puede que sea normal, pero lo que no entiendo es por qué a mí.

—Eres un antiguo policía que, salvo por tu afición a apalazar gente, tenías un historial perfecto.

—No me jodas, Kurt —dije mirando la boca de mi botellín—. Te agradezco que me tengas en ese pedestal, pero sabes tan bien como yo que acabo de empezar. Es mi primer puto caso y aparece un pez gordo dándome un asesinato imposible para la policía. Esos cabrones no quieren que lo resuelva.

—¿A dónde quieres llegar, Seb?

—Creo que ha sido la madre —solté mirando a Kurt a los ojos—. No. Sé que ha sido la madre, pero no tengo manera de encontrar un puto cabo que se hayan dejado suelto.

Kurt me mantuvo la mirada unos segundos sin mover un musculo. Estaba valorando si lo que estaba diciendo era una tontería de las mías o si realmente estaba convencido de aquello. Como ya he dicho, un poli se fía del instinto de otro poli.

—Eso que estás diciendo es muy gordo, tío —contestó por fin—. Si quieres acusar a la mujer de uno de los tipos más ricos de la Luna de asesinato, vas a necesitar tener el caso muy atado. ¡Qué coño! Necesitas tener el caso mejor atado de la puta historia. Si la cagas en esto, estás acabado.

—¿Quieres decirme que lo deje estar? —contesté sin poder creérmelo. Kurt no se dejó intimidar por la ira en mis ojos.

—Ni de coña, compañero —dijo él—. Te estoy diciendo que no hagas ninguna bobada que acabe con tus huesos en un cráter. Te estoy diciendo que busques pruebas que no pueda tumbar ni una puta bola de demolición. Te estoy diciendo que te ayudaré en todo lo que pueda, pero no voy a poder dar la cara por ti o acabaremos en la misma fosa. Te estoy diciendo que estoy hasta los santos cojones de ver cómo te la juegas, joder.

No había apartado la mirada de mí ni por un instante. No le gustaba ver cómo me ponía en peligro por un caso como aquel, pero sabía de sobra lo cabezota que era. Iba a seguir adelante pasase lo que pasase. No intentaba acojonarme. Intentaba enseñarme el tamaño de la letrina a la que me estaba asomando.

—Tengo muy claro dónde me meto, no te preocupes —contesté por fin—. Lo que no sé es por dónde coño seguir.

—Sea por dónde sea, cuenta conmigo. — La lealtad de Kurt era conmovedora. Me decidí a pedirle otro favor que podría hacer que le echasen del cuerpo.

—La cosa es que sí que me harías falta —dije llevando la mirada al botellín de nuevo—. Lo único que tengo claro es que la madre estaba en el ajo. Su maglev estuvo aquí anoche. Creo que podrías identificarlo fácilmente. Ya tenéis cazado el maglev de carga que dejó a la niña en el conducto de ventilación. Solo necesito saber si los dos se pararon en el mismo sitio la noche del asesinato para poder empezar a relacionarla con toda esta mierda.

—La madre que te parió —dijo Kurt tras aguantar la respiración unos segundos—. Me voy a arrepentir de esto, pero no puedo dejarte tirado ahora. Cuando vuelva a la central, te lo miro.

—Gracias, tío —dije sonriendo por fin—. Te debo una cerveza.

—Otra cerveza —contestó Kurt poniéndose en pie—. Cuídate mucho, Seb. Si tu mujer se queda viuda, te juro que iré a por ella como un chacal.

Tras llevarse un puñetazo en el hombro, salió de casa. Bianca apareció entonces en el umbral. Estaba muy seria y su ceño se arrugaba por la preocupación. Parecía una niña enfadada.

—¿Tan malo es? —preguntó cuando cerré la puerta.

—Es precioso que te preocupes por mí, pero sé cuidarme solo.

—No me jodas, Seb —dijo acercándose mucho a mí. Nunca la había

visto tan seria—. He tenido que comer mucha mierda en esta vida. Estas semanas han sido de lo más tranquilo que he vivido. Estoy muy bien como estoy. Si me dejas viuda, te juro que voy a buscarte al más allá y te arranco la cabeza.

Iba a contestar, pero ella me rodeó el cuello con los brazos, se puso de puntillas y me dio un beso en los labios. No fue un beso guarro. Fue un simple beso tierno y rápido. Se marchó igual de rápido que me había besado y cerró la puerta de su dormitorio, dejándome claro que no quería hablar más del tema.

Me senté a solas a la mesa para acabar la cerveza. Intentaba que para mí fuera un caso, nada más que eso. Mi primer caso, sí. Un caso especialmente cruel y sádico, sí. Pero un caso siempre es un caso. Sin embargo, la gente que había a mi alrededor y me apreciaba no parecía estar tan tranquila. Generalmente cuando te va a atropellar un camión, eres el último en enterarte. Sin más ideas brillantes, decidí ir al piso en el que Chad me había citado para pasar el recuerdo. Si quedaba algo que rascar de aquel liante, iba a rascarlo a conciencia. Al fin y al cabo, no tenía por dónde seguir y quedarme en casa esperando la respuesta de Kurt no era una opción.



12- TORRES MÁS ALTAS HAN CAIDO

Aquella situación me estaba jodiendo la cabeza. Por un lado, no podía seguir ninguna pista, pues ya las había seguido todas hasta donde se acababan. Por otro lado, había sido contratado por la culpable para no descubrir el caso. La sensación de impotencia era bestial. Quería hacer algo para arreglar todo aquello, pero no tenía más salida que esperar a que surgiese la aguja que seguro que había en el pajar o a que Kurt me diese una buena noticia con el seguimiento de los vehículos. Esperar. El noventa por ciento de una investigación consiste en esperar, fijarse y pensar. No te lo enseñan en las películas o en los libros porque sería aburridísimo, pero como que me llamo Sebastian Arnold Damon que es así.

Llegué al edificio donde Chad me había sacado el recuerdo casi sin darme cuenta. Últimamente iba por la calle muy despistado. Si alguien me seguía o quería matarme, se lo estaba poniendo demasiado fácil. Salí de mi aturdimiento al ver un montón de gente plantada en la acera mirando hacia arriba. Como el ser humano es así, yo también miré. Somos gregarios por naturaleza. Buena gana de luchar contra ello.

De tres ventanas salía una columna de humo negro y espeso. Los incendios no eran muy comunes en Ilarki. Algo que se puede chupar buena parte del oxígeno disponible es más peligroso de lo que pueda parecer. En

casa hay todo el oxígeno que quieras. Aquí tenemos que fabricarlo y se produce a un ritmo determinado. Si había un gran incendio, todos teníamos en casa botellas de oxígeno para aguantar hasta que se pudiese recargar la microatmósfera de la ciudad. Algunos bromeaban con aquello, ya que, si se acababa el oxígeno, se acababa el incendio. Era cuestión de esperar.

Hice memoria y me di cuenta de que la planta de la que salía el humo era la misma de la oficina clandestina de Chad. Tomé nota mental de aquello para preguntarle qué se sabía del asunto a Kurt. Me acerqué al grupo de mirones.

—¿Qué ha pasado? —pregunté a nadie en particular mientras seguía mirando hacia el humo.

—Un incendio, hijo —respondió una mujer mayor—. Es fácil saberlo por el humo.

—Está claro que es un incendio, pero no entiendo cómo es que no han saltado los sistemas antiincendio automáticos —repliqué ignorando la pulla de la vieja.

—En Check no hay muchas revisiones ¿sabes? —dijo la anciana. Aquello despertó una carcajada general. — Los aspersores podrían llevar sin carga varios años y que nadie se hubiera dado cuenta.

Estaba llamando la atención y aquello no era bueno. Seguí camino y me crucé con varios maglev de la policía y los bomberos. Aunque no solían pasarse por aquel barrio, un incendio era un tema que afectaba a toda la ciudad. Por lo del oxígeno y toda esa mierda, claro. Era de las pocas ocasiones en que la policía no era recibida a pedradas y disparos en Check.

Otra vía muerta. Maldita sea mi perra suerte. Deambulé por el barrio sin tener muy claro el próximo paso a dar. Para ser sinceros, no tenía ni idea de qué hacer. Estaba empezando a desesperarme. El cuerpo me pedía movimiento, pero no había manera de saber qué puta acción era la adecuada.

En estas estaba cuando oí una voz familiar alertando del inminente apocalipsis. El jodido Ron estaba en su caja de siempre, en su sitio de siempre, diciendo sus mierdas de siempre. Tras pasar por una licorería, me acerqué a él.

—¿Por qué no dejas un rato de avisar a la gente de que va a morir y te vas con un viejo amigo a tomar un trago? —dije blandiendo la bolsa de color manila arrugada para dejar claro que lo que había dentro era una botella.

—Alabado sea el Señor —contestó el apestoso vagabundo—. Mi garganta necesita lubricante.

Se bajó de la caja con una agilidad difícil de casar con su aspecto de viejo achacoso y empezó a caminar hacia el mismo sitio en el que nos sentamos la última vez. Se dejó caer sobre su caja, que dejó caer en el suelo mugriento, y palmeó a su lado para invitarme a que pringase mis pantalones con la misma mierda que había en los suyos. Pateé un cartón hasta allí y me senté al lado de Ron tendiéndole la botella.

—Supongo que sigues husmeando por lo de aquella chiquilla —dijo tras el primer y portentoso trago—. Por aquí no se ha vuelto a hablar mucho del tema. Un par de tipos bien vestidos hicieron alguna pregunta, pero salieron rápido del barrio cuando se dieron cuenta de que había demasiada gente a su alrededor.

—Sigo buscando, sí —repliqué tras negar con un gesto la invitación a beber de la misma botella que Ron—. Busco y busco, pero alguien quiere que no encuentre.

—Tal vez no haya nada que encontrar. Tal vez solo sea otra cría más a la que le han jodido la vida en esta ciudad que se come a la gente. Conozco historias que te pondrían la piel de gallina de los chavales que viven por aquí.

—Esta no era una cría de por aquí. Era una niña rica y creo que la ha matado gente rica.

—Entonces sí que me suda mucho la polla —replicó y, tras un eructo, añadió—. Con todos los respetos. Uno aprende a que le importe su gente y pasar de los demás. De los ricos que se preocupen los ricos... y tú no pareces uno de ellos.

—¿Sabes algo del incendio que ha habido hoy en el barrio? —pregunté dejando que sus incómodas puyas pasaran de largo.

—Sé de todo lo que pasa en el barrio, hijo —contestó mirándome con los ojos entrecerrados. Empezaba a molestarle que metiese las narices en tantos sitios—. Haces muchas preguntas.

—Creo que es parte de lo mismo. Creo que los que se cargaron a la chavala podrían haber quemado ese edificio —dije viendo como asentía con la boca llena de licor antes de tragarlo—. Creo que hay gente de fuera entrando demasiado a menudo en Check y eso no es normal.

—El edificio lo han quemado unos tipos vestidos de pordioseros —dijo Ron—. Lo malo es que su ropa de pordiosero era justo de su talla, no estaba demasiado sucia y consiguieron entrar en el edificio sin ningún problema. Alguno de los tres debía ser técnico y ha saltado la seguridad de las puertas antes de apagar los aspersores.

—Ahora es cuando me dices que sabes algo más, pero que solo me lo dirás si te invito a otra botella.

—Eres un buen muchacho —replicó Ron dedicándome una sonrisa desdentada—. Vamos a por esa botella para que pueda contarte que nuestro amigo de la cicatriz era uno de los vagabundos de pega.

Después de hablar con Ron estaba aún peor que antes. El guardaespaldas de Stella Jordan estaba metido en todos los fregados. Casi parecía que le tuvieran de limpiador. Los señores ricos la liaban y él se encargaba de esconder toda la mierda que iban dejando a su paso. Salí del barrio para comer algo, ya que

era prácticamente media tarde y no había probado bocado desde el desayuno. Por muy bien que me pueda caer la gente de Check, no me fio de lo que le puedan dar de comer a alguien de fuera.

Cuando no te dejan ir por un sitio, es cuando más ganas te entran de pasar justo por allí. Pon un cartel que prohíba el paso en una puerta y docenas de personas asomarán el hocico a ver qué demonios tienes tan escondido. No pongas nada y a nadie le importará. Ya pueden estar saliendo gritos de dentro que ningún alma caritativa abrirá la puta puerta. Cada uno va a lo suyo, salvo que quieras esconder lo tuyo. Justo por esto me habían entrado ganas de seguir la pista de Chad. Si se habían puesto tan burros, debía haber algo interesante escondido. Tras pasar un rato en el Thomas' Tavern, volví a Check para visitar el lugar de trabajo de mi santa esposa.

No la vi por ningún lado. Había varias chicas a las que conocía de vista, pero lo único que saqué en claro fue que todavía no había entrado a currar. Siempre llegaba demasiado pronto.

Al que sí que vi fue a mi amigo Chad sentado en una mesa con una de las chicas y una botella de champán como compañía. Me acerqué por su espalda disimulando para ver de qué hablaban y pillarle desprevenido. La chica me vio, pero le guiñé un ojo y siguió a lo suyo.

—Por eso se llama Ilarki esta basura de sitio —estaba diciendo Chad—. A la gente le gusta hacer lo contrario a lo que le dicen que haga.

—¿Tú que votaste? —preguntó la chica acodándose en la mesa para que sus tetas se juntasen aún más. El canalillo casi le llegaba a la barbilla.

—Yo no voté —dijo Chad dando un trago a su copa—. Mi viejo votó Moonbai para llevarse la pasta, pero yo era demasiado joven.

Estaban con una de las conversaciones más recurrentes en la ciudad. En la Tierra se habla del tiempo cuando no se sabe de qué hablar. En Ilarki siempre hace el mismo tiempo, así que hablamos de la elección del nombre.

La historia, la verdad sea dicha, tiene su miga. Se abrió una votación mundial para elegir el nombre. No veían justo que algo tan importante quedara enteramente en manos privadas. La verdad era que los gobiernos ni pinchaban ni cortaban allí, pero tenían que dar su permiso para la construcción. Una de las condiciones fue que el nombre se eligiese por votación popular. Enseguida empezaron a surgir nombres a cada cual más estúpido. Pronto se empezó a destacar el nombre de Moonbai. La razón era tan simple como la codicia humana. Un multimillonario hindú pagaba diez dólares a quién votase por aquel nombre. Se pronunciaba prácticamente igual que la ciudad más grande de la India, pero tenía la palabra Luna en inglés. ¿Qué podía fallar? Podíamos fallar nosotros, que somos unos tocapelotas. El gobierno estadounidense, así como muchas de sus figuras más prominentes, empezaron a hacer campaña por Moontown. Todo en inglés. Muy universal. Esos dos nombres estaban destacados en cabeza cuando en las redes sociales comenzó un movimiento llamado #OursNotYours. Nuestro, no tuyo. *Influencers* de todo pelaje se fueron adhiriendo a esta campaña que abogaba por no hacer lo que los poderosos nos exigían y tomar entre todos nuestras propias decisiones. Hicieron un sorteo público entre los nombres menos votados y salió elegido Ilarki. Todo un derroche de imaginación, ya que significa Luna en un idioma que hablan poco más de dos millones de personas en todo el mundo, todas ellas concentradas en un pedazo minúsculo de tierra al norte de España. Como los humanos somos subnormales, hicimos lo que estos nuevos gurús de las tendencias nos decían para no hacer lo que nos decían los poderosos. La ironía es sublime. Al final, ganaron los poderosos que decían estar contra los poderosos y la ciudad se quedó con un nombre que, en un principio, no gustaba a nadie.

—Mi padre votó Moontown —dije dejándome ver por fin—. Decía que le recordaba a la vieja Motown.

La cara de Chad era un poema. Abrió la boca para decir algo, pero se quedó atorado. La chica se levantó para dejarnos solos. Yo me senté en la silla libre, la agarré por la cintura y la posé en mi muslo asegurando que sería solo un momento.

—Últimamente veo demasiado tu fea cara, tío —consiguió decir por fin Chad—. Ahora estoy ocupado. Vuelve luego.

—Tranquilo, Chad —contesté dando un trago al champan—. Ya he dicho que será solo un momento y, ahora que tu oficina está chamuscada, tienes la noche libre.

—¿Qué quieres decir con chamuscada?

—He pasado por delante de ella hoy mismo y salía humo por las ventanas —dije sin inmutarme. Chad empezó a levantarse—. Fue hace como seis horas. No creo que puedas hacer nada ya y tengo un par de preguntas que hacerte si a la señorita no le importa.

A la señorita no pareció importarle. Me pasó los brazos por el cuello y sonrió a Chad.

—Necesito saber a quién coño le pasaste mi recuerdo —dije cuando volvió a tomar asiento.

—Ya te dije que no tengo ni idea, tío —contestó encogiéndose—. Pagó con tarjeta anónima y no tengo grabaciones tuyas. Las cámaras no son buenas para el negocio. Ahuyentan a la clientela.

—Todo tu equipo es carbón para barbacoas. No creo que tengas que preocuparte por la clientela en un tiempo.

Chad era la viva imagen del abatimiento. Se le habían hundido los hombros y parecía diez años más viejo que segundos antes.

—Te pago mil tokens si me ayudas a encontrar al tipo de aquella noche —añadí para darle una chispa de esperanza. No soy tan mala persona como parezco.

—Es inútil —dijo Chad hundiéndose aún más—. Ya te digo que no tenía cámaras y, aunque las hubiese tenido, ahora estarían quemadas.

—No pasa nada —dije intentando que no se me viniese abajo del todo—. ¿Era un tipo alto, fuerte y con una enorme cicatriz en la cara?

—¡No! —dijo inmediatamente Chad. Su cara dejaba claro que no se parecía en nada a lo que yo le había descrito. Otra puta corazonada que se iba al traste—. Era un viejo. Unos cincuenta o sesenta. Pelo negro y ojos azules muy claros. Llevaba el pelo pegado a la cabeza con gomina, como en las pelis antiguas. Ya te lo dije la otra vez.

Aquello despertó un recuerdo. Me puse a buscar unas imágenes en mi pad hasta encontrar lo que buscaba.

—¿Es este? —pregunté con un nudo en la garganta.

—¡Hostia puta! —replicó Chad—. Es el mismo al que le pasé tu recuerdo. Menuda casualidad.

Casi como un autómata, en pleno shock, le ingresé los mil tokens. Mi cabeza se negaba a reaccionar. Cada pieza nueva del puzle hacía aquel caso más absurdo. Más desquiciado. Cuando noté que la chica sentada en mi muslo se movía para levantarse, volví en mí.

—Tranquila, no te voy a hacer nada malo —dije con voz de chico bueno.

—Nada malo y nada bueno, por desgracia —replicó ella haciendo un mohín con los labios—. Si me pones una mano encima, tengo órdenes de tu mujer de romperte los dedos.

Sé que debería haber reaccionado de otra manera, pero aquello me salió de dentro. Tal vez fuese la tensión, la locura que supuraba de aquel caso o yo qué sé. La cosa es que empecé a reírme a carcajadas. La chica también se rió al cabo de unos segundos. Luego, viendo que yo no paraba, se separó de mí muy despacio y se fue. Yo seguí riéndome como un demente un par de minutos

más imaginando a mi tierna mujercita hablando con sus compañeras para que me partieran los dedos. Cuando por fin pude parar, me largué a casa no sin antes recoger el pad en el que se podía ver la cara de Hightower, el abogado de los Jordan, el día que vino a ofrecerme el caso.



13- DONDE LOS CAMINOS SE CRUZAN

No podía dejar de darle vueltas a la cabeza mientras volvía a casa. Se estaba convirtiendo en una fea costumbre. Aquello tenía cada vez peor pinta. El tipo que violó a la cría viene a contratarme en nombre de la mujer que la mató. Debían pensar que era un idiota absoluto, porque estaba claro que ninguno de los dos quería que resolviese el caso. Estaban dispuestos a seguir pagándome religiosamente Dios sabía cuánto tiempo con tal de dar apariencia de que les preocupaba averiguar qué demonios le había pasado a Chrissie.

Por otro lado, si se me ocurría hacer progresos y ellos se enteraban, no me cabía duda de que mi futuro sería el mismo que el de la pequeña. Una corta estancia en los conductos de ventilación antes de ser otro de los satisfechos pacientes de la Tripas. Si resolvía el caso, tenía que ser rápido, antes de que se diesen cuenta y me dieran pasaporte. Creía que el padre era de fiar, pero, con lo desquiciado que se estaba volviendo aquel lio, ya no me la jugaba por nadie. Mejor tenerlo todo atado antes de hacer mi aparición estelar diciendo que había encontrado al asesino y al cómplice.

Todos los caminos que iba dibujando mi mente acababan mal. Mi cerebro iba a mil revoluciones trazando diferentes posibilidades, a cual más absurda, en las cuales acababa fiambre. Eso si conseguía alguna prueba, claro está. Un recuerdo que se me había colado en el cerebro por el mal

funcionamiento de un equipo clandestino que era utilizando para pasar ilegalmente un recuerdo de sexo aparentemente ilegal no tendría mucha validez en ningún juicio.

Estaba frustrado, lo reconozco. Frustrado y de muy mala hostia. Me habían tomado por idiota. Habían asumido que era un inútil como detective y por eso me habían contratado. Estaban jugando conmigo. Mi única ventaja era que yo sabía que se equivocaban. No era idiota. No era un mal detective. Era un detective cojonudo, joder. Si seguía jugando la carta del tipo grandote y estúpido, tendría margen de maniobra para dejarles con el culo al aire y, entonces, sería yo el que se riese con ganas.

Me hervía la sangre cuando abrí la puerta de casa. Por suerte, allí estaban dos de las personas que más apreciaba en este mundo. Bueno, en este satélite. Kurt, ya de paisano, estaba sentado tomándose una cerveza. Bianca estaba sentada enfrente suyo con otra birra en la mano. Nunca la había visto beber cerveza. Aquello me sorprendió. Parecían serios cuando levantaron la vista hacía mi.

—Empieza a ser una mala costumbre venir a casa y encontrarte a solas con mi mujer bebiéndote mi cerveza —dije para apartar un poco la ira.

—Si no la dejases siempre sola, no tendrías que preocuparte —contestó Bianca—. Una chica necesita compañía. Una cerveza, también.

Sonreí ante el intento de chanza de Bianca. Se le notaba a la legua que no estaba de humor, pero intentaba mantener el tipo. Debía estar más preocupada de lo que yo creía. Llevaba puesto un vestido corto negro y sus zapatos de tacón altísimo estaban en el suelo al lado de la silla. Parecía a punto de irse a currar. Saqué una cerveza para mí de la nevera y apunté mentalmente que tenía que pedir más.

—He mirado los datos de las cámaras y no he sacado nada en claro —dijo Kurt mientras yo pegaba el primer trago.

—¡Joder! Todo son putos callejones sin salida —solté, frustrado de nuevo.

—Pero he tenido una idea —añadió Kurt levantando una mano para que le dejase hablar—. Los maglevs dejan rastro, como bien sabes. Si la carretera no te ayuda, no te mueves. Si no tienes permiso, la carretera no te ayuda. Si tienes permiso es porque le has dicho a la carretera quién eres.

—Eres un puto genio, rubiales —dije sintiéndome feliz por primera vez en todo el día—. La huella de tránsito. Muy listo.

—He comprobado la huella del maglev de carga y del vehículo de la señora Jordan —continuó Kurt—. Ambos se detuvieron en el mismo sitio. El de la madre estuvo unos quince minutos estacionado, justo hasta que llegó el otro. El de carga estuvo media hora allí parado antes de ir a dejar el cadáver al conducto de ventilación.

—Me estás poniendo de los nervios —dije sintiendo cómo la cerveza temblaba en mi mano—. ¿Me vas a decir dónde se pararon o tengo que sacártelo a golpes?

—Con lo flojo que eres, tendría que dejarte en ridículo delante de tu mujer —dijo Kurt con una sonrisa chulesca—. El edificio Plank. Ahí es donde se pararon los dos. En el puto edificio Plank.

—La madre que me parió —dije recordando que aquel era uno de los edificios más caros y exclusivos de la ciudad—. Maldita sea mi puta suerte, joder.

—No sé dónde estás metiendo las narices y, sinceramente, prefiero no saberlo. Dudo que a un poli le dejasen investigar ahí, así que es todo tuyo —dijo Kurt más serio de lo que le había visto en toda mi vida—. Vete con pies de plomo, Seb. Estás jugando con los peces ms gordos de la pecera y tú eres un pez jodidamente pequeño.

Fui incapaz de decir nada. Por lo que me contaba Kurt, a Chrissie la

había matado su madrastra en aquel edificio. Luego se largó y mandó a los matones a que arreglasen el desaguisado mientras ella se largaba. Estos limpiaron la escena, intimidaron o sobornaron a los pocos testigos que pudiera haber y se llevaron a la cría para tirarla en un conducto de ventilación. Había visto casos desagradables, pero aquel se llevaba la palma. Por si aquello fuera poco, toda la gente involucrada eran ricachones que gastaban en un día más de lo que yo ganaba en un año. Con un pestañeo me convertirían en una nota al pie de la historia de Ilarki. Una lucecita se encendió en el torbellino que era mi cerebro.

—Necesitaría que buscaras el coche del abogado de los Jordan, un tal Roger Hightower, para ver si paró en el edificio Plank también aquella noche —dije viendo a Kurt levantarse y apurar su cerveza de un trago—. Puede ser la pieza que falte para que todo acabe de encajar.

—Con dos cojones —dijo Kurt tras un sonoro eructo. Parecía haber olvidado que Bianca estaba allí—. También vamos a joder a uno de los abogados más importantes de la ciudad. Vamos a acabar los dos en un cráter. Lo sabes ¿verdad?

—Necesito esa información y un civil no puede consultarla —dije muy serio—. Sabes que no te pringaría en esto si pudiera evitarlo.

—No te disculpes por eso, Seb —dijo Kurt acercándose a Bianca y dándole un casto beso en la coronilla—. Me encanta putear a los ricachones. Te mandaré la respuesta por mensaje, que no puedo pasarme la vida haciéndole compañía al encanto de tu esposa.

Kurt salió de casa meneando la cabeza. Bianca ni siquiera se había despedido de él. Estaba muy seria, con la cabeza gacha y en silencio. Me senté en la silla que había ocupado Kurt. Todavía estaba caliente.

—Estás muy guapa cuando te pones seria —dije con una sonrisa tonta en la boca—, pero me gustas más cuando sonríes.

—No me das muchos motivos para ello, Seb —dijo con un amago de sonrisa que solo consiguió llegar a la mitad de su boca—. Te estás metiendo en terreno peligroso.

—Puedo controlarlo —dije con más seguridad de la que sentía.

—No —me interrumpió Bianca—. No puedes controlarlo. Ellos pueden controlarlo todo. Nosotros nos pasamos la vida intentando que no nos vean para que no nos soplen como una pelusa en su traje caro. Estás escupiendo muy alto, Seb. Si no te quitas, el salivazo te va a volver con más fuerza de la que tú, yo o Kurt podemos soportar. No quiero que te pase nada malo. No quiero quedarme sola otra vez. No quiero pasar una puta noche tirada en las calles de Check porque mi marido ha sido tan idiota de pisarle un callo a la mitad de los más poderosos de la ciudad.

Me miraba fijamente. Su labio superior temblaba, los ojos se le habían humedecido y la voz se le había quebrado en las últimas silabas. Me quedé unos segundos en silencio, bebiéndome aquella sensación que hacía tanto que no sentía. Le preocupaba a alguien. Ella lo intentaba vestir de egoísmo, pero estaba preocupada por mí.

—Chrissie solo tenía once años —dije al fin sin dejar de mirarla—. Era una cría con toda la vida por delante. Seguramente habría sido una niña pija, un grano en el blanco y gordo culo de su padre, pero eso no importa. Era una cría que no había hecho mal a nadie. Entonces el abogado de sus padres la violó y su madrastra la mató a puñetazos. No puedo dejarlo estar. Esto no.

Bianca deslizó su mano hasta ponerla encima de la mía. Un contacto ligero, un apretón suave sin separar su mirada de la mis ojos. Se mordía el labio inferior como si algo le estuviese haciendo mucho daño o se lo fuese a hacer enseguida.

—Lo sé —dijo al fin—. No te conozco desde hace mucho, pero sé que eres el tipo de hombre tonto que se lo juega todo por una causa perdida. Ojala

seas tan listo como crees que eres y acabes con esos dos monstruos.

Se levantó, se puso los zapatos y, tras darme un beso en la frente, dijo que se iba a trabajar y salió de casa. Tenía que ser duro currar de lo suyo con aquella tristeza. Subirte al escenario y sonreír a unos babosos que te comían con los ojos mientras te quitabas la ropa. Tratar bien a tipos despreciables que no podían conseguir un poco de cariño sin pagarlo. Una vez más, me di cuenta de lo fuerte que era aquella mujer. Parecía una muñequita dulce, pero, si era capaz de aquello, tenía más agallas que la mayoría de hombres que he conocido. Me prometí a mi mismo que me mantendría vivo para ella. Aún así, también me prometí que haría testamento para que no se quedase en la calle si me acababan convirtiendo en comida para peces. Aquello del testamento me daba una buena razón para pedirle una cita al hijo de las mil putas de Hightower.



14- SEXO, DROGAS Y FOZZIE CROCK

Mandé un mensaje a Hightower antes de irme a dormir para concertar una cita, pero sin dejar muy claro el tema de la misma. Aunque era viernes por la noche, me contestó casi instantáneamente que podíamos vernos al día siguiente en su oficina. Malditos abogados. Trabajan cualquier día a cualquier hora. Lo que fuera por una minuta.

Me puse la ropa más limpia que tenía por casa, eché a lavar la mitad de la ropa sucia, apunté mentalmente que debía poner la lavadora y fui de buena mañana a la zona guapa de la ciudad. A pesar de que su nombre oficial era el distrito amarillo, todos lo llamábamos el Ritz. Las calles eran igual de estrechas que en cualquier otra parte de la ciudad, pero las fachadas relucían tanto que parecían más anchas. También había mucho más cristal a la vista para acentuar el efecto. Mientras que las ventanas en mi barrio empezaban a algo más de un metro del suelo, las de Ritz llegaban hasta abajo. No se veía ni rastro de suciedad en las aceras y el tráfico era mínimo al estar la entrada mucho más controlada que al resto de la ciudad. Si querías meter tu maglev allí, necesitabas una buena razón. También en aquella zona estaban las únicas casas unifamiliares de Ilarki como ya he dicho. Intentaban que no se notase demasiado la diferencia, pero se notaba. No pasaban ni cinco minutos sin que vieses un maglev patrulla haciendo la ronda.

Últimamente, se me estaba viendo demasiado por allí. En la recepción del edificio donde el violador tenía su oficina, una inteligencia artificial me indicó desde una pantalla que el señor Hightower me estaba esperando. No acababa de acostumbrarme a que no te recibiese una persona y poder ver en su cara el asco cuando alguien como yo quería hablar con alguien como el abogado más caro de la ciudad. Al ordenador se la pela todo eso. Si tienes cita, tienes cita.

El follaniñas me estaba esperando muy ufano detrás de su escritorio. Por degeneración profesional, se levantó y vino a recibirme para estrechar mi mano. Yo sabía dónde había estado aquella mano, así que rompí el contacto tan pronto como pude. Me indicó una silla y, obediente, me senté.

—Bien, señor Damon —dijo sin perder aquella asquerosa sonrisa de profesional—. ¿Cómo avanza nuestro caso?

—Sigo la pista de los que abandonaron el cuerpo de Christine —dije mientras observaba su reacción. No movió ni un musculo—. A través de la huella que todo maglev deja en la carretera, ya sabe.

No sabía. La sonrisa permanecía inalterable, pero en sus ojos había aparecido un chispazo de miedo.

—Estoy seguro de que a la niña no la mataron en el conducto de ventilación —continué para seguir poniéndole nervioso, pero no lo suficiente como para que decidiese quitarme de en medio—. Lo que intento averiguar es dónde la mataron para así poder investigar quién estaba por la zona el día del asesinato.

—Muy bien, muy bien —Hightower empezó a ordenar los papeles que había en su mesa para poder apartar la mirada de mí—. Son grandes avances para tan solo tres días de investigación. Supongo que es normal que un caso tan complejo requiera más tiempo del normal. No se preocupe. Preferimos que las cosas se hagan bien a que se hagan rápido.

Lo que aquellos cabrones preferían era que las cosas se hicieran mal y lento, joder. Ningún cliente se muestra satisfecho con tan pocos avances. Decidí dejar de tentar mi suerte y le pregunté sobre los trámites necesarios para hacer testamento. No le hizo ni puta gracia, claro. Él cobraba un dineral por aquellas cosas, pero quería estar a buenas conmigo, así que me explicó lo que tenía que hacer e incluso se ofreció a gestionarlo él mismo. Estaba como un flan, era obvio, pero el hijo de puta sabía esconderlo bien. Supongo que era parte de su trabajo.

—¿Cómo es que ha decidido hacer testamento ahora? —dijo al fin.

—Este caso puede resultar peligroso —contesté mirándole directamente a los ojos. Nada. Ni un pestañeo—. No me gustaría dejar a mi mujer tirada si me pasase algo.

—Claro, claro... Mejor solucionar los problemas antes de que ocurran, por supuesto.

—Por supuesto —contesté con los dientes apretados.

Había sembrado la semilla de la duda en aquella cabeza de pervertido. Por otro lado, les había hecho creer que avanzaba a paso de tortuga en aquel caso, lo cual les debería tener tranquilos unos días más. Ojala encontrase las pruebas que necesitaba en aquel tiempo. Si lo que pretendía era que Hightower soltara una confesión entre lágrimas, me había quedado claro que iba a ser imposible. Tal vez la madrastra pudiera derrumbarse ante las pruebas si estas apuntaban lo suficiente en su dirección, pero no podía contar con ello. Era un tempango de hielo. Al menos, había hecho testamento a favor de Bianca. Si me pasaba algo, no se quedaría en la calle. No tenía nadie más a quien legarle mis pocas cosas.

Me despedí con tan buenas maneras como pude teniendo en cuenta lo que sabía de aquel tipo. Salir del despacho fue como quitarse una costra de mugre de diez kilos. Cuando llegué a la calle, me di cuenta de que podía

aprovechar mi visita a aquella zona de la ciudad y pasarme por el edificio Plank para ver si pescaba algo. Sabía que estaba cerca aunque no lo viese. En Ilarki no ves mucho más de lo que tienes delante de las narices. Las calles son muy estrechas y cortas. Aunque los edificios no superan las tres plantas para evitar movidas con la gravedad, las calles no miden más de una manzana. De esta manera, nunca tienes una visión amplia. Si no lo hubieran hecho así, verías cómo se curva el cielo y los edificios. Seguro que aquello nos habría acabado girando algo en el cerebro y nos habríamos vuelto locos, así que Ilarki estaba construida como una pesadilla para claustrofóbicos. Siempre tenías edificios a la vista y un pequeño pedazo de cielo en lo alto. Incluso en la zona de casas unifamiliares se intercalaban edificios comerciales para evitar que vieses que, en realidad, vivían en un donut gigante.

Tardé menos de cinco minutos en llegar a mi objetivo. Aquel edificio residencial era lo más selecto para los urbanitas que habían subido a la luna. No a todo el mundo le gustan las casas con jardín. Algunos prefieren vivir en un apartamento dentro de un bloque de edificios. Hay que estar tarado. Para dar cabida a aquella gente se había construido un grupo de gigantescos edificios residenciales a todo lujo. Gigantescos, pero no en altura. Ya os he dicho que aquello no se hacía en Ilarki. Sin embargo, eran de los pocos edificios de más de tres plantas. Se extendían en lo que comúnmente son tres manzanas de ancho por dos de largo. Dentro vivían los pocos que podían pagar el alquiler de los brutales apartamentos que se encerraban en aquellas cuatro paredes que imitaban el mármol. De entre aquellos edificios, el Plank era el más caro de todos. No tenía mejores vistas, mejores instalaciones ni ventajas exclusivas. Lo único que tenía era un precio más alto. A un tipo de gente, aquello le basta para quererlo. Para necesitarlo.

No tenía ni puta idea de cómo entrar allí. No tenía ninguna buena razón, no conocía a nadie que viviese dentro y la tontería de disfrazarte de operario

de mantenimiento no engañaba a ninguna inteligencia artificial. Sin embargo, las pistas señalaban que allí dentro habían matado a una cría después de violarla salvajemente. Tenía que intentarlo.

Para mi sorpresa, las puertas se abrieron en cuanto me acerqué. Enarqué las cejas y di un par de pasos dentro del vestíbulo, que era tan grande como todo mi apartamento, para encontrarme con otra sorpresa más. En lugar de una pantalla, había una persona de carne y hueso detrás de un mostrador. Era un hombre de alrededor de cincuenta años vestido con traje negro y la cara muy seria. Aunque no se giró hacia mí, sus ojos fueron siguiendo mis pasos hasta su posición.

—Buenos días —dijo con una sonrisa más falsa que un programa electoral—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Buenos días —contesté recordando que mi padre decía que la buena educación abre más puertas que una palanqueta—. Quería hacerle unas preguntas si no tiene usted inconveniente.

Aquello descolocó al portero. En la chapa que había en su pecho vi que se llamaba Max. Fue incapaz de contestar inmediatamente, así que me lancé a la yugular.

—El sábado pasado vino aquí el señor Hightower, el abogado —dije sin dejar de fijarme en su rostro. Seguro que decía más que sus palabras.— ¿Lo recuerda usted?

—Por supuesto que lo recuerdo —dijo sorprendiéndome. No esperaba información tan barata—. Vino a la fiesta del señor Fenucci.

Mi cerebro se puso a trabajar a mil revoluciones por minuto para poder aprovechar aquella información.

—Trabajo para el señor Hightower —dije sonriendo ante la ironía de que fuese verdad—. Olvidó en el apartamento del señor Fenucci unos gemelos muy queridos para él.

El tipo puso cara de no creerse una palabra de lo que estaba diciendo. Me concentré en el recuerdo de Hightower y lo vi claramente.

—Los gemelos eran de oro y tenían grabadas unas cabezas de león — dije antes de que me largase de allí—. No tienen un gran valor económico, pero sí sentimental.

Casi pude oír el “clac” en la cabeza del recepcionista. Estaba claro que él también se había fijado en aquellos gemelos. Igual hasta le habían gustado. Lo cierto era que lo recordaba y su expresión cambió de golpe.

—Unos gemelos muy bonitos, cierto —dijo acodándose en el mostrador—. Los traía cuando vino, pero no me fijé en si los llevaba cuando marchó. Esos gemelos valen más de lo que yo cobro en un año y no sentimentalmente.

Catacroc. Aquel tipo que se pasaba el día tratando bien a los ricachones, les odiaba. Un auténtico golpe de suerte. Cuando un testigo te deja ver una grieta, hay que meter los dedos y tirar como si te fuera la vida en ello.

—Los tiene mucho más caros, con diamantes y todo —dije acodándome yo también para dar un ambiente más privado a la conversación—. Y luego el muy rata me paga una miseria por tenerme todo el día como puta por rastrojo.

—¡Qué me vas a contar! —siguió Max—. Me paso el día viendo a tontos del culo pasar por aquí y tengo que chuparles los zapatos. Algún día...

—Oye —dije interrumpiendo la irrealizable promesa de Max—, ¿recuerdas si vino solo? Tengo curiosidad por saber con quién pasa los sábados a la noche el jefe.

—Venía con una niña —dijo Max asintiendo—. Pintada como una puerta. Supongo que sería una puta o algo así. Ya sabes que algunas parecen crías aunque ya sean mayores de edad. Aquella noche, todos venían con niños. A saber qué mierda de fiesta montaron.

—Una fiesta en la que yo no quiero estar, eso seguro —dije poniendo cara de genuino asco—. ¿Suele venir mucho por aquí?

—Casi todos los sábados —contestó el recepcionista—. Fenucci monta fiestas todas las semanas. A veces vienen vestidos con togas, a veces de etiqueta, a veces disfrazados... Tienen tanta pasta que les cuesta encontrar cómo divertirse.

Resoplé y entorné los ojos. Detrás de las palabras quedaba claro que a Max le habría gustado estar en alguna de aquellas fiestas. Levantó un dedo y miró un pad que tenía en su lado.

—El señor Fenucci está en casa —dijo tras un par de segundos mirando los datos—. Puedes subir si quieres. Segundo C.

—Gracias, Max —dije guiñándole un ojo—. Te debo una cerveza si nos vemos algún día por ahí.

—Cuenta con ello —contestó. Ni siquiera se había acordado de preguntar mi nombre.

Subí en un ascensor más grande que mi dormitorio. Todo era excesivo en aquel sitio. Cuando las puertas se abrieron, pude ver un pasillo enmoquetado. Al recorrerlo buscando la puerta C, mis pies se fueron hundiendo casi enteros. Me alegré de no haberme limpiado las botas en el felpudo de la entrada. Mierda de Check en la moqueta del edificio Plank. Con dos cojones. Llamé a la puerta y poco después vi cómo se abría. Esperaba una secretaria, un mayordomo o algo así. Sin embargo, lo que apareció fue un hombre de unos treinta años en batín. Medía un palmo largo menos que yo y era extremadamente delgado, pero era jodidamente guapo. No me van los tíos, eso seguro, pero aquel era un bellezón. Incluso el ridículo bigotillo le quedaba bien. Tenía los ojos y el pelo negros, que contrastaban más al ser su piel blanca como la leche. De todos modos, no hay belleza capaz de hacer que un batín que te deja parte del muslo al aire sea favorecedor, por muy guapo que seas.

—Hoooola —dijo alargando la primera sílaba mientras me miraba

descaradamente de arriba abajo. Su voz era mucho más aguda de lo que habría cabido esperar.

—¿Señor Fenucci? —dije cuando conseguí recuperar el aplomo.

—El señor Fenucci es mi padre —contestó dándome una palmadita en el pecho y, girándose, continuó—. Llámame Carlo. Ven, pasa. Tomate una infusión. Tengo de todo.

Me pasaba con aquella situación lo que a los bancos conmigo: no daba crédito. Estaba siendo todo demasiado fácil. Cuando estás acostumbrado a que la diosa Fortuna te enseñe su precioso trasero, tener suerte te pone muy nervioso. Le seguí de todos modos. Si no aprovechas la suerte cuando viene, eres idiota.

—No esperaba visita hoy —dijo trayéndome una bandeja con varias docenas de capsulas diferentes—. Eres toda una sorpresa, cariño.

—Venía a hablar con usted sobre la fiesta del sábado pasado —dije tras tocar una capsula que decía *moccachino* menta—. Si es que tiene usted un rato libre, por supuesto.

—Tengo toooda la vida libre —contestó Fenucci metiendo la capsula en la máquina para prepararme la bebida—. Pero no voy a contestar ni una sola pregunta hasta que me digas cómo te llamas.

—Perdón —dije notando como mi suerte empezaba a agotarse. No me hacía gracia dejar rastro—. Me llamo Ron Weisman.

El nombre del viejo Ron, el predicador apocalíptico del barrio de Check, fue lo primero que me vino a la cabeza. Weisman era el apellido de soltera de mi madre.

—Me encanta la gente con nombre de bebida —dijo Carlo trayéndome el café—. Ojala me hubieran llamado Martini.

Me quedé pasmado. No sabía qué contestar. Entonces el tipo empezó a reírse. Se dobló por la mitad y todo.

—Perdona, cuqui —dijo invitándome a sentarme en el sofá con él—. Me encanta bromear.

—No pasa nada —contesté pensando que sí, que pasaba algo jodidamente malo en su cabeza—. Soy detective privado y estoy investigando...

—¡Ah! —me interrumpió Fenucci—. ¡Detective privado, me encanta! Nunca he conocido a uno.

—Si, bueno —dije intentando recuperar el control de la conversación. Misión imposible—. El caso es que el sábado pasado dio usted una fiesta a la que acudió, según creo, el señor Roger Hightower.

—Vino mucha gente, encanto —contestó Carlo cruzando las piernas y dejando que la bata dejase prácticamente todas sus piernas al aire—. Pero el abogaducho también estuvo. No me cae muy bien, pero hay que hacer sacrificios si quieres tener una buena fiesta.

—¿Recuerda algo de lo que dijo, hizo o con quién vino? —pregunté apretando fuerte el esfínter ante la esperanza de que me diese un buen dato.

—Vino con una pareja bastante sosa, la verdad —replicó tras dar un sorbo a una infusión de color azul—. Poco después empezó a meterse de todo y le perdí un poco la pista.

—¿Meterse de todo?

—Drogas, cielo —dijo y, viendo que me había quedado bloqueado, continuó—. El picapleitos se mete más que el puto Eli Nastroianni^[vi].

—¿Quién? —conseguí contestar. No imaginaba a Hightower drogándose. Parecía un tipo muy serio.

—Eli Nastroianni. Los Fozzie Crock —dijo viendo mi cara de estúpido—. No puede ser que no conozcas a la mejor banda de todos los tiempos.

Cogió un mando de encima de la mesilla y, tras pulsar varios botones, empezó a sonar una guitarra suave.

—Este tema lo tienes que haber oído —siguió mientras yo intentaba saber en qué momento se me había ido aquella conversación de las manos—. La canción del árbol. Una balada espectacular, aunque aquí canta Wainwright, no Nastroianni.

—Volviendo a Hightower... —dije cuando conseguí juntar el ánimo suficiente para reencauzar la conversación. Carlo tarareaba con los ojos cerrados. No me estaba haciendo ni puto caso.

—Ay, sí —dijo saliendo del trance—. Hightower. Vino tarde con una cría más sosa que una sopa de babas. Fue de bandeja en bandeja metiéndose de todo y poco después le perdí la pista. Yo también probé de alguna bandeja, entiéndelo.

—Tengo razones para creer que aquella niña no venía por voluntad propia —dije exasperado con mi anfitrión. La cara de Fenucci cambió radicalmente. Se puso serio como una madre que encuentra un paquete de cigarrillos.

—No puede ser —contestó de inmediato. Su voz había bajado un par de octavas y ahora era grave. Se había sentado muy tieso y la pequeña bata parecía aún más ridícula.

—Estoy convencido de que aquella niña fue engañada para venir aquí —insistí. Como ya he dicho, no hay que dejar que se cierre la grieta.

—No era una niña —contestó sin apartar la mirada de mis ojos—. Parecían niños, pero eran prostitutas y prostitutos mayores de edad que vinieron a la fiesta a cambio de una remuneración. Lo sé porque yo contraté a la mayoría y cobraron en una noche más de lo que suelen ganar en un mes entero. No soy ningún monstruo, señor Weisman.

Señor Weisman. El trato informal había quedado olvidado. Tomé nota. Aquello realmente le importaba o le ponía nervioso, no sabría decantarme por una de las dos.

—Pero usted no contrató a la niña que vino con Hightower —dije manteniendo yo también la mirada en él. Era como jugar a ojos de lobo cuando éramos pequeños. El primero que apartase la mirada, perdía.

—Algún invitado trajo un acompañante más de su gusto —siguió Carlo—. Da igual, porque en media hora todo se había vuelto un caos y todo el mundo estaba con todo el mundo. La belleza de lo joven con lo viejo, lo floreciente con lo marchito... No era más que una fiesta, créame.

Y le creí. Lo jodido es que le creí con solo un par de frases. No sé a qué se dedicaría aquel cabrón pervertido, pero en sus ojos no había el más mínimo asomo de duda o mentira. Debería ser comercial.

—Le creo —dije dejando ver mis cartas—. Le creo, pero me temo que se la jugaron. Metieron a una niña, una niña de verdad, en su fiesta y la siguiente vez que se la vio estaba muerta.

La cara de Fenucci se transformó en una máscara cómica del asombro. Ojos y boca abiertos como platos y las manos también abiertas con los dedos en su máxima expansión.

—No puede ser cierto —consiguió decir al fin—. ¿Quién ha sido? ¿El subnormal de Hightower? Le juro que lo mataré.

—Hightower metió aquí a la niña, pero me temo que no fue él quien la mató.

—Hijo de la gran puta —dijo agachando la cabeza y crispando los puños. Le había ganado—. Dígame qué necesita para meter a ese cabrón entre rejas. A los niños no se les toca, joder. Son más sagrados que un dios^[viii]. Dígame lo que necesita y se lo daré.

—Necesitaría revisar los videos de aquella noche para confirmar mis sospechas.

Hasta aquí hemos llegado, Damon, me dije a mí mismo. Has estirado demasiado la goma, se ha roto y te ha dado en la cara. Eso fue lo que pensé al

ver la cara de espanto de Fenucci.

—No puedo hacer eso —contestó—. Hay mucha gente en esas grabaciones haciendo cosas que no se entenderían fuera de contexto. Gente que tiene que mantener una reputación.

Una reputación que no merecen. De todos modos, me gustaba tener a aquel tipo de mi lado si llegaba a tener que presentar una denuncia contra Hightower y la señora Jordan.

—Hagamos un trato, entonces —dije tras pensarlo unos segundos—. Si consigo indicios suficientes y alguien quiere presentar una denuncia por asesinato, ¿cedería usted esos videos como prueba? ¿Testificaría usted en un juicio?

—La duda ofende —dijo calmándose un poco—. Si puedo ayudar a meter a un violador y asesino de niñas en la cárcel de por vida, yo mismo llevaré el pad al juzgado. Cantaré la *Traviatta* ante el juez si llega el caso. Incluso le puedo permitir a usted ver las grabaciones ahora, siempre y cuando me prometa que no va a comentar nada de lo que vea con nadie. Nada fuera del caso, claro está.

Aquel tipo me caía cada vez mejor. Igual me estaba timando como a un primo, pero lo que veía en su cara era pura sinceridad. Como era de esperar, pedí ver los videos de seguridad de aquella noche. Tras media hora mirando con Fenucci pegado a mí, tenía lo que necesitaba. Se veía a Hightower entrando con una niña, poco después Chrissie estaba bailando desnuda y drogada, se le veía metiéndose en una habitación un rato después y se veía a Stella llegar a la fiesta aunque no estaba invitada. Carlo me explicó que había muchas habitaciones en el apartamento y los invitados solían entrar y salir por parejas o grupos sin ningún problema. A aquella habitación solo entró Stella y, poco después, salió con prisas y se fue de la fiesta. Gracias al recuerdo que me habían metido en la cabeza, podía rellenar el hueco que no grabaron las

cámaras. Unos minutos más tarde llegaban tres tipos vestidos de negro. Nadie les hizo ningún caso. La fiesta estaba ya muy desfasada como para fijarse en quién entraba dónde o con quién. Se metieron en la habitación y salieron unos minutos después con un bulto en brazos envuelto en una bolsa de lona negra. Mi amigo el de la cicatriz era uno de los tres hombres de negro. Ahí iba el cadáver de Chrissie. Tres minutos más tarde salía Hightower perfectamente vestido mirando a todos lados sin que nadie le mirase a él.

—En esa bolsa iba la niña ¿verdad? —preguntó Fenucci. Asentí—. Stella Jordan o Hightower se cargaron a la pobre putilla y luego llamaron a alguien para llevarse el cadáver y limpiar la habitación.

—No era una putilla. —Mi última carta quedó boca arriba—. Era Christine Jordan, la hijastra de Stella Jordan.

Fenucci se derrumbó al oír aquello. Aunque intentaba contenerse, un par de lagrimones cayeron por sus mejillas y volvió a mirarme a la cara.

—Cace a esos hijos de puta, por favor —dijo con una intensidad que nadie le habría imaginado—. Cácelos y que paguen por lo que han hecho. Cuente conmigo si necesita los videos, un testimonio o lo que sea. Lo que sea.

—Muchas gracias por su colaboración, señor Fenucci —dije sin atreverme a llamarle Carlo como me había pedido—. Cuente con que le pediré esa ayuda en breve.

Dicho esto me despedí y salí de aquel apartamento que, de golpe, me parecía un cementerio. El humor dicharachero de Fenucci se había esfumado y el hecho de que allí hubieran matado a una niña una semana antes no ayudaba a animar a nadie. Ya tenía el cuándo, el dónde y el quién. Solo me faltaba el porqué. Aquella duda se había metido en la parte de atrás de mi cabeza y me susurraba continuamente que no sabía cómo era posible que una mujer matase a una cría. Una mujer que vivía con ella y que, supuestamente, debía quererla más de lo que cualquiera quiere a un niño aunque no sea familia suya. No

había ninguna razón para lo que hizo aquella puta loca y necesitaba averiguarlo para cerrar el caso del todo. Una vez que hiciese saltar la liebre, ya no conseguiría ninguna información. Tenía que volver a casa de los Jordan.



15- CADA FAMILIA INFELIZ LO ES A SU MANERA

Sé que no me hacía falta averiguar por qué aquellos dos locos habían hecho lo que habían hecho. El caso estaba prácticamente finiquitado y podía entregar mis pruebas a la policía para que decidiesen ellos lo que querían hacer con Hightower y Stella o, aún mejor, entregárselas a Richard para que decidiese qué hacer con su mujer y su abogado. Todavía tendría que darle una vuelta a aquello. Sin embargo, seguía pareciéndome una locura y una estupidez lo que habían hecho. Al perverso de Hightower le tenía algo más calado. Le gustaban las crías y Chrissie estaba a menudo cerca de él. Ese tipo de hijos de puta solían acabar perdiendo el autocontrol y lanzándose a por su presa. Había visto cosas parecidas mil veces. Quien más me descolocaba era la madrastra. Entendía que la cría no le cayese bien. Al fin y al cabo, ni siquiera era su hija. Aun así, aquello no tenía sentido. Tampoco era mi hija y yo jamás le habría hecho daño. Los críos son sagrados en un mundo de humanos estériles. Necesitaba hablar con alguien del entorno de Stella si quería despejar la puñetera equis.

Llegué a la calle de los Jordan y llamé a la puerta sin pensarlo dos veces. No tenía ninguna buena razón para estar allí. Si los padres estaban dentro, no sabría por dónde tirar. Algo se me ocurriría sobre la marcha. Patricia, la sirvienta, contestó y me informó de que los señores no estaban en

casa. Por lo visto me reconoció, probablemente de la otra vez que estuve allí. Tras insistir un poco en que quería hablar con ella o con cualquier otro que trabajase en la casa, conseguí que me franquease el paso.

—Gracias por dejarme pasar —dije tendiéndole la mano.

—No tiene que darme, señor Damon —contestó ella estrechándomela. Lo hizo con dudas y sin fuerza, como quien no está acostumbrado a que los demás le muestren respeto. Tenía un marcado acento británico, casi metro ochenta de estatura y escasos sesenta kilos en mojado. Su expresión era la de una institutriz chunga, como si estuviera muy arraigada o fuera parte del uniforme—. Pase al salón y le serviré un café.

—Gracias — repuse, intentando ganármela—. Es la gasolina que me mantiene en pie.

Me hizo pasar a una elegante habitación semivacía. Parecía que a los Jordan les gustaba el rollo minimalista. Un par de sofás enfrentados, una mesita de café, una chimenea y poco más. Era como si estuvieran todavía amueblando aquella sala. Un minuto después, apareció la inglesa con una bandeja y la dejó delante de mí.

—Gracias señora...

—Kennedy —aclaró ella—. Patricia Kennedy.

—Gracias, señora Kennedy —concluí. Llamarle Patricia y ser sirvienta era deliciosamente irónico—. No estoy acostumbrado a que me sirvan café y menos a que se queden de pie delante de mí. Siéntese un momento para que podamos charlar.

Aquello la descolocó. Vi la duda en su cara mientras miraba a un lado y a otro sin tener claro dónde sentarse o si debía hacerlo. Por fin, tras alisarse la larga falda, se sentó al borde del sofá que había enfrente de mí.

—¿Lleva mucho tiempo trabajando para los Jordan?

—Diecisiete años —respondió automáticamente—. Trabajaba para el

señor Jordan y su primera esposa allá en casa. Cuando se trasladó aquí, me ofreció un puesto y lo acepté.

—Es una decisión importante —añadí—. ¿Cómo es que no se quedó en la Tierra?

—Por la señorita Jordan —contestó bajando la mirada a la mesita—. Le tenía mucho cariño y, si su madre no iba a estar a su lado, creía que le vendría bien una figura femenina de confianza. Cuando una es niña, no tiene mucha importancia, pero, según fuese haciéndose mujer, iba a echar mucho en falta a su madre.

—Sin embargo, la señora Stella Jordan podría haber hecho eso —dije pinchando para ver si salía pus.

—Eso no lo sabía cuando vine —contestó mirándome de nuevo—. La boda tuvo lugar cuando ya llevábamos dos años instalados aquí.

—Déjeme decirle que Stella no parece lo que una niña entendería por madre —añadí hurgando un poco más—. No pretendo ofender, pero parece más preocupada de sí misma que de ninguna otra cosa.

—La señora Jordan no es madre —añadió bajando la mirada de nuevo—. La niña venía con el lote, por así decirlo.

—¿Quería a Chrissie? —pregunté usando el diminutivo de forma intencionada.

—Quién sabe —respondió Patricia encogiéndose de hombros—. La señora Jordan no es muy dada a las muestras de afecto.

—Me cuesta creerlo —añadí recordando cómo me había tratado a mí.

—No es muy dada a las muestras de afecto salvo hacía los hombres —completó mirándome a los ojos con dureza—. Yo quería a la chiquilla como si fuera mi sobrina, señor Damon. Stella la trataba como si fuera un mueble extravagante del que se hubiera encaprichado su marido.

—La trataba mal —ahondé yo.

—No —me cortó Patricia negando suavemente con la cabeza—. Sencillamente, no la trataba si podía evitarlo. La toleraba y eludía su presencia, sobre todo si el señor Jordan estaba presente. A veces la trataba como uno trataría a un perro. Le daba órdenes y, si Chrissie no obedecía a la primera, se desesperaba.

—¿Le pegaba?

—Nunca le puso la mano encima —contestó ella abriendo mucho los ojos—. Oí cómo la insultaba por lo bajo cuando la niña no podía oírla, bufaba mientras se iba, la dejaba de lado... Pero nunca jamás vi que la tocara, ni para bien ni para mal.

—Entiendo. Entiendo —dije bajando la mirada y levantando las manos—. No la maltrataba, pero sí que la trataba mal. ¿Hubo alguna discusión especialmente fuerte entre ellas?

—Hubo muchas discusiones, pero casi ninguna fuerte —añadió ella calmándose—. Como ya le he dicho, cuando la niña no obedecía, ella se marchaba de allí echando sapos por la boca. La única vez que la he visto enfadarse realmente fue cuando Chrissie utilizó su maquillaje. Ahí sí que se puso hecha un basilisco y la niña acabó llorando y encerrándose en su habitación.

No paraba de pinchar en hueso. Aquella mujer estaba tan jodidamente educada para hablar bien de la gente que no conseguía que se le escapase nada que pudiera servirme. Probé el otro flanco.

—¿Que me dice del señor Hightower?

—¿El abogado de la familia? —preguntó ella. Asentí con la cabeza—. Se pasaba por aquí al menos dos veces por semana. Solía tratar directamente con el señor Jordan, pero siempre tenía una palabra amable para Christine y, en ocasiones, algún regalo.

La había descolocado. Bien. Tenía que ver si podía sacar algo más de

aquella grieta.

—Así que el señor Hightower trataba a Chrissie mejor que su propia madre...

—Madrastra —me cortó Patricia muy tiesa.

—Exacto —dije señalándola para otorgarle aquel punto—. Madrastra. ¿Diría usted que la trataba “demasiado” bien?

—No sé a qué se refiere —contestó ella, escandalizada.

—¿Miraba demasiado a la niña? ¿La tocaba más de lo aceptable? Un observador externo se da cuenta de ese tipo de cosas.

—Es posible —contestó Patricia bajando, una vez más, la mirada a la mesita—. No sé si más de lo aceptable, pero sí que la cogía, la sentaba en sus rodillas... Los abogados hacen cualquier cosa para ganarse el afecto de sus clientes, ya les conoce.

—Les conozco —asentí—. Pero creo que el interés de este abogado en particular por la hija de este cliente en particular podría ir un poco más allá.

—Es posible —aceptó ella—. Pero le aseguro que nunca vi nada fuera de lugar y Christine nunca me contó nada que pudiera hacerme pensar que estuviera pasando algo incorrecto.

—¿Se llevaban bien?

—De maravilla —contestó ella. Parecía que algo estaba dando vueltas en su cabeza mientras respondía con menos seguridad cada vez.— Ya le he dicho que él siempre tenía una palabra amable y ella siempre venía a saludarle, incluso cuando su padre no estaba.

—Me está pareciendo entender que tenía usted una relación bastante cercana con Chrissie —dije intentando unir las piezas delante de ella. Asintió—. ¿Le dijo ella alguna vez algo relativo al señor Hightower? Algo que fueran a hacer juntos, como ir a una fiesta, no sé...

—Siempre estaban con bromas sobre eso —contestó Patricia—. Él

decía que, cuando fuese mayor, la llevaría a las mejores fiestas de la ciudad y le compraría los vestidos más bonitos. Se reían mucho. Chrissie solía fantasear con aquellas fiestas en su cuarto como hacen las niñas. Imaginaba que estaba rodeada de gente y les iba saludando y dejando que le besasen la mano, ya sabe. Cosas de críos.

Toda aquella charla me estaba empezando a dar dolor de cabeza. No entiendo por qué a la gente le cuesta tanto ser directa. Me daban ganas de gritarle a la cara que el abogado y la zorra de la madrastra se habían cargado a su querida niña, pero no podía hacerlo.

—¿Cree usted que el señor Hightower o la señora Jordan tuvieron algo que ver con lo que le pasó a Chrissie? —preguntó ante mi silencio.

—Los primeros sospechosos son las personas más próximas a la víctima —contesté con tono cansado—. Sin embargo, no me está usted aportando nada que pueda ayudar a avanzar en esa dirección, por lo que tal vez tenga que abandonar esta línea de investigación. Muchas gracias por el café.

Me puse en pie y me dirigí a la puerta. Al pasar a su lado, ella me cogió la mano para detenerme.

—Espere —dijo sin mirarme—. Hay algo más.

¡Por fin! Los putos testigos siempre esperaban a que estuvieses a punto de darte por vencido antes de soltar la jodida información. Me senté de nuevo y esperé a que hablase. Resopló, cogió aire como quien va a dar un triple mortal y fijó sus ojos en los míos.

—Chrissie había descubierto a la señora Jordan siéndole infiel a su padre —soltó de golpe—. Un día pasó por el garaje y la vio con el chófer encima del coche. No tenía muy claro lo que hacían, pero sabía que no estaba bien. Lo grabó y luego me lo enseñó. Yo intenté que lo borrara, pero para entonces la niña ya había averiguado lo que estaban haciendo y por qué su madrastra estaba sentada gimiendo encima de Lars totalmente desnuda. La

tranquilité y le dije que eran cosas de mayores y que no pasaba nada, pero Chrissie es una niña muy lista...

En este punto se quedó callada y pude ver una lagrima cayendo por su mejilla. No se molestó en limpiarla.

—Era una chica muy lista —corrigió—. No sé qué haría con aquel video. No sé si se lo dijo a su padre o a la señora Jordan. Es todo lo que puedo ofrecerle, señor Damon.

Clac. La última pieza del puzzle encajaba en su sitio.

—¿Cree que podría darme ese video? —pregunté.

Patricia se levantó y me indicó con un gesto que la siguiera. Subimos al segundo piso y entramos por una puerta con grandes margaritas pintadas en la ella. Dentro, todo seguía como si allí viviese alguien. La habitación estaba limpia, la cama hecha, los muñecos ordenados en estanterías... Sospechaba que Patricia no acababa de aceptar que su ocupante no fuera a volver. Se dirigió al escritorio que había junto a la ventana y abrió un cajón. Extrajo un pad y me lo pasó.

—¿Puedo llevármelo? —pregunté señalando el pad—. Tal vez tarde mucho tiempo en encontrar algo interesante aquí dentro.

—Lléveselo sin problema —contestó ella con tristeza—. No creo que nadie lo vaya a echar en falta.

—¿La policía lo investigó?

—No —contestó negando con la cabeza—. No parecía tener ninguna relación, así que ni lo mencioné.

Asentí y me guardé el pad en la chaqueta. Ya tendría tiempo de estudiarlo en profundidad cuando volviese a casa.

—Si ha sido ella, la atraparé —dije poniendo una mano en el hombro de Patricia.

Por toda respuesta ella asintió mientras nuevas lágrimas caían de sus

ojos. Se dejó caer en la cama y allí la dejé, sentada y con la mirada perdida. Ni se cubría la cara ni hacía ruido. Tan solo dejaba que un torrente de pena cayese por sus mejillas. Me despedí con un gesto y salí de aquella casa que empezaba a darme asco y pena a partes iguales.



16- UN PEDACITO DE TI

Me llevó casi dos horas encontrar el video en el pad de Chrissie. Lo había borrado, supongo que por orden de alguien, pero había una copia en una carpeta de sistema. Aquella cría era más lista de lo que todos habíamos pensado. No sé si pensaba enseñárselo a su padre, chantajear a su madre o, simplemente, por el morbo de lo prohibido. Eran tres minutos de una cabalgada salvaje de Stella Jordan al tipo de la cicatriz en la cara. No solamente era chungo de cojones aquel cabronazo, también estaba jodidamente bien dotado. Hice una copia en mi propio sistema de aquel video y me puse en marcha para empezar a cerrar aquel caso.

Lo primero fue llamar a Kate, la Tripas, para preguntarle cómo obtener una muestra de ADN de la señora Jordan. Yo creía que con un pañuelo, una servilleta o un vaso del que hubiera bebido sería suficiente. Kate me sacó de mi error. Necesitaba untar un hisopo en las mejillas de la asesina si quería poder llevar a cabo la comparación. Un hisopo viene siendo un bastoncillo de los de limpiarse las orejas de toda la vida, pero tamaño familiar. Cuando le dije que aquello era difícil me contestó que también podía cortarle un dedo y ya se encargaba ella de sacar una muestra. La muy burra...

De camino a recoger el hisopo en el despacho de Kate, hice una parada para ver a mi predicador del apocalipsis favorito en el barrio de Check. Ron estaba donde siempre y, a cambio de un par de botellas, me grabó un vídeo en

el que reconocía al tipo al que se estaba cabalgando Stella como el que tiró el cadáver de Chrissie al conducto de ventilación. Para ser sinceros, me costó que dejase de ver la película.

Una vez recogido el hisopo, llamé a Stella para ver si podíamos reunirnos e informarle sobre el caso. Pareció incomoda hasta que le dije que prefería dar un trato más “personal” al asunto. Si pensaba que estaba avanzando y aquello la había asustado, ahora pensaría que estaba igual de atascado, pero quería catar a la señora de la casa. Cuando una mujer está tan acostumbrada a manipular a los hombres, no sospecha de uno que parece bajo su hechizo.

Fui a casa y me di una buena ducha, me puse ropa presentable e incluso me eché colonia.

—¿Dónde vas tan guapo, maridito? —preguntó Bianca cuando me vio más preparado de lo que me había visto nunca.

—Voy a intentar obtener una muestra de ADN de una asesina de niñas —contesté acercándome a ella hasta quedar a un par de centímetros—. Sexy, ¿verdad?

—Para nada —contestó ella dando medio paso atrás—. Si te pusieras así para mí, te daría todas las muestras que quisieras, cielo.

—Cuando vuelva a casa, puedo investigarte a ti también —repliqué pegándome a ella aún más.

Bianca levantó la cara y entrecerró los ojos mientras acercaba sus labios a los míos.

—Cuando vuelvas a casa, estaré trabajando, cariño —susurró antes de girarse y alejarse riendo a carcajadas. Aquel juego cada vez le gustaba más. ¡Qué coño! Incluso a mí estaba empezando a gustarme—. Mete a esa zorra entre rejas, por favor —gritó ya en su habitación.

Desde luego que iba a ponerla a la sombra si estaba en mi mano.

Aquella mujer era uno de los peores bichos que me había cruzado en la vida. Mientras me volvía a poner bien el pelo, me entró una llamada de Stella diciéndome que estaba abajo esperándome en su maglev. Bajé con el corazón en la boca y el hisopo en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Espero no molestarla, señora Jordan —dije cuando entré en el maglev.

Stella estaba despampanante. Llevaba un vestido gris perla muy ajustado que permitía deducir lo poco que no enseñaba. Estaba recostada contra la puerta contraria para poder estar de cara a mí, con los brazos desplegados a ambos lados y una encantadora sonrisa en su cara de hija de puta asesina.

—Nunca me molesta volver a verte, Seb —contestó ella con una caída de ojos más ensayada que el “se lo estoy guardando a un amigo” de un adolescente—. Y llámame Stella, por favor. Señora Jordan me hace sentir vieja.

—No eres nada vieja, Stella —dije recostándome yo también en mi puerta—. Hoy estas aún más guapa que de costumbre.

El dardo dio en el centro de la diana. Pude ver cómo se regodeaba al tenerme bajo su control.

—Eres un adulador, Seb —contestó ella jugando con un mechón de pelo—. ¿Qué novedades son esas que querías contarme?

—En realidad no hay ninguna novedad —dije fingiendo estar avergonzado—. Sólo quería volver a verte. Te parecerá una chiquillada, pero no puedo sacarte de mi cabeza.

Había bajado la mirada, pero pude ver cómo ella se movía. Pulsó un botón y una luna negra se interpuso entre el chófer de la cicatriz y nosotros. Luego se puso a cuatro patas sobre el asiento para acercarse mucho a mi oído. Olía de maravilla. No tengo ni idea de si era una flor, una madera o qué

cojones, pero se te ponía dura solo con el olor de aquel perfume.

—Yo tampoco puedo dejar de pensar en ti —dijo susurrando sensualmente a mi oído—. Me muero de ganas de tenerte desde el primer momento en que te vi.

Su mano izquierda se había posado en mi muslo, pero, según hablaba, había ido subiendo hasta mi entrepierna y allí se había quedado. Hundí la cara entre su pelo dejando que el maravilloso olor me emborrachara de sexo y así poder dejar de pensar que aquella aberración era una psicópata mataniños. Empecé a besarle el cuello y ella soltó un gemido de satisfacción. Por fin tenía la presa entre las garras. Deslicé mi mano entre sus muslos y comprobé que, como se intuía, no llevaba bragas. Ya estaba empapada incluso antes de que empezase a acariciar su clítoris. Ella me agarró la cabeza con ambas manos para besarme mientras gruñía dentro de mi boca. Ya sabía por el video que su estilo era un tanto brusco, pero los mordiscos empezaban a ser demasiado fuertes y sentí sabor a sangre en la boca. La giré de malos modos para ponerla a gatas de espaldas a mí y le subí el vestido hasta la cintura de un tirón. El gemido de placer por un gesto tan simple no se hizo esperar.

Ya la tenía como quería, pero aún era pronto para llevar a cabo mi plan. Tenía que darle algo antes de llevarme lo que había venido a buscar, así que empecé a lamer entre sus nalgas con tranquilidad para que fuese ella la que me pidiese algo más. Me sorprendió ver cómo una de sus manos había bajado hasta su clítoris para darle más enjundia al juego. Aquella mujer no estaba acostumbrada a esperar. Introduje dos dedos dentro de ella y aquello pareció volverla loca. Sus caderas empezaron a sacudirse más fuerte mientras su mano frotaba con tanto entusiasmo que parecía que quisiera borrarse el clítoris. Aprovechando que estaba tan distraída como yo la quería tener, saqué el hisopo con la mano libre y lo desenrosqué sin dejar de lamerla y masturbarla. Puede parecer fácil, pero no lo es. Solo puedes usar una mano y no ves lo que

haces.

Contra todo pronóstico, conseguí sacar el hisopo y lo introduje en su vagina aprovechando que su orgasmo se acercaba. No soy mujer, pero supuse que ahí abajo no tienen la suficiente sensibilidad como para poder distinguir si hay un bastoncillo más o menos en plena faena. Lo unté bien y, cuando ella llegó al clímax, me retiré para guardar el hisopo mientras ella se desmadejaba sobre el asiento de espaldas a mí. Viendo lo que hacía y con las dos manos, guardarlo fue un juego de niños. Para cuando se giró con el pelo revuelto y las mejillas ardiendo, ya había vuelto a guardarlo en la chaqueta. Me estaba volviendo todo un profesional en usar el sexo para resolver casos. El primer prostidetective de la historia.

—Eres una jodida maquina, Seb —dijo entre jadeos mientras se acercaba a mí.

—No está bien —dije yo volviendo a bajar la vista. Estaba convencido de que si me miraba a los ojos podría ver la verdad escrita con letras de neón.

—Claro que no está bien —dijo ella cogiéndome de la barbilla para besarme—. Está de puta madre.

Dejé que me besara más que nada por la satisfacción de saber que mi lengua había estado en su culo y ahora estaba en su boca. Come mierda, jodida loca.

—Eres mi cliente y esto no puede volver a pasar —dije alejándola—. No puedo. No debo.

—Como quieras, cariño —contestó ella volviendo a reclinarsse en su asiento con una sonrisa de plena satisfacción en la cara—. Yo ya tengo lo que quería. Eres tú el que se queda en blanco.

—Lo siento, señora Jordan —dije rehuendo su mirada una vez más antes de salir del maglev—. La mantendré informada de cualquier progreso.

Antes de cerrar la puerta tras de mí pude oír una carcajada. Aquella loca

se reía de verme avergonzado cuando en realidad me estaba llevando una prueba de su culpabilidad. La gente acostumbrada a ganar no se da cuenta de que está perdiendo hasta que es demasiado tarde. Aquella vez la ricachona había palmado y no tenía ni idea.

Subí a casa y fui directamente al baño a lavarme la cara y las manos. Pensé en usar lejía, pero yo mismo me di cuenta de que se me estaba yendo la olla. Que fuera una asesina y un monstruo no hacía que tuviese ácido entre las piernas. Aún así, no paré de lavarme hasta que dejé de sentir el último rastro de olor a ella. Cuando el olor lo tienes dentro de la nariz, esto lleva un rato.

A Bianca debió de parecerle raro que hubiera vuelto tan pronto y me hubiese metido en el baño, así que asomó la cabeza para preguntarme si estaba bien.

—Aún no —contesté echándome manotadas de agua a la cara.

Cuando salí del baño, estaba plantada en mi habitación con cara seria y los brazos en jarras.

—¿Qué coño te pasa, Seb? —preguntó directamente clavándome una mirada que yo suponía exclusiva de las madres, pero que, por lo visto, también tenían las esposas.

—Le he tenido que comer el culo a la hija de puta de Stella —dije sintiéndome culpable sin saber muy bien por qué.

—Espero que tengas un muy buen motivo para eso —dijo acercándose a mí y dándome un golpe en el pecho con el dedo para enfatizar cada sílaba—. Un motivo jodidamente bueno.

Por toda respuesta saqué el bote del hisopo y se lo enseñé. Arqueó una ceja. Claro, joder. No tenía ni idea de qué era aquello.

—Tengo su ADN —contesté poniendo sonrisa de niño bueno.

—Esa zorra lleva un perfume muy caro —dijo antes de darse la vuelta—. ¡No te besaré en meses, cerdo!

—No me besas nunca, preciosa —dije intentando comprender lo que estaba pasando.

—¡Claro que no! —contestó de nuevo en su habitación y a gritos—. ¡Yo no beso a tipos que le comen el culo a asesinas de críos!

Incapaz de comprender qué estaba pasando, llamé a Kate para decirle que tenía un hisopo con el ADN de la sospechosa para cotejarlo con el que ella había sacado del cadáver. Quedamos para que se lo entregara tras esquivar la pregunta de cómo lo había obtenido una docena de veces. Antes de salir, le prometí a mi esposa que no metería la lengua en ningún culo hasta volver a casa. Su respuesta llegó en forma de zapatilla lanzada a mi cara con más mala leche que puntería.



17- VERDADES INCÓMODAS

De camino a entregar la muestra a la Tripas, llamé a Kurt para ver si podíamos quedar y ponerle al día de lo que había ido descubriendo. En realidad, tenía que llenar un par de horas hasta tener los resultados y no me apetecía estar sentado esperando. Por otro lado, necesitaba que me ayudase a decidir qué cojones hacía con toda aquella información. Por más vueltas que le daba, no conseguía encontrar una solución buena, una que me dejase tranquilo por todos los flancos. Me propuso quedar en el bar que había enfrente de la morgue, pero le dije que prefería cualquier otro sitio. Literalmente cualquiera. En aquel bar me conocían por haber usado uno de sus baños para grabar porno casero y no me apetecía nada en absoluto tener movidas. Igual hasta pensaban que iba a grabar otro con Kurt. Vete tú a saber.

Kate volvió a intentar sonsacarme el origen de la muestra. Le dije que, mientras la investigación no estuviera cerrada, no podía revelar más datos. Tras diez minutos de tira y afloja, acabó cediendo a hacer la comparativa siempre y cuando le contase todo a ella la primera cuando pudiera hacerse público. No me esperaba aquel punto cotilla en una tipa con su carácter.

Esperé a Kurt en una cafetería inglesa que había un par de calles más allá. Siempre me había parecido irónico que hubiese varias cafeterías inglesas. Inglesas. Café. El sentido común te dice que esas dos palabras nunca pueden ir juntas, pero en Ilarki teníamos media docena de ellas donde podías

degustar un aberrante café al más puro estilo inglés o, lo que era más lógico, el mejor té que podías encontrar en la ciudad.

—No me jodas que te has pedido un café, tío —dijo Kurt acercándose a mi mesa—. ¡El café inglés es lo peor del mundo!

—No me gusta el té —contesté yo removiendo aquel asqueroso mejunje—. Siempre he sido un hombre de café.

Kurt pidió un té helado y esperó a que se lo trajeran antes de dejarme que le pusiera al día con la investigación.

—Tengo el caso prácticamente cerrado —contesté mirando mi taza de engrudo marrón—. Estoy esperando una comparativa de ADN para saber si la persona de la que sospecho es la que se dejó restos de piel en los huesos de la cara de la niña.

Kurt se estiró mucho y entrecerró los ojos con suspicacia.

—¿Cómo cojones vas a cerrar el caso si no había por dónde cogerlo?

—Tenía un par de pistas poco prometedoras que pasasteis por alto —contesté encogiéndome de hombros—. Al final, esas pistas acabaron siendo mejores de lo que parecían en un principio.

En realidad, tenía un recuerdo del asesinato que había llegado a mí gracias a la puta casualidad de que el aparato de Chad funcionaba mal y que el perverso que estaba al otro lado estaba metido en el ajo. ¿Qué probabilidades había de que pasara algo así? Nunca he sido un tipo con suerte. Igual la había estado guardando toda para solucionar aquel caso en una semana. ¡Jodido destino! Si me hubiera ido dando un poco más de vez en cuando, lo habría agradecido. Kurt seguía en silencio esperando a que me explicase.

—A Christine Jordan la mató su madrastra, Stella Jordan —dije disfrutando de la expresión de Kurt. Era la misma que pondría un crío cuando sacas un token de su oreja—. El abogado, Roger Hightower, estaba violando a

la niña cuando todo sucedió. El guardaespaldas y chófer de Stella Jordan se encargó de taparlo todo y deshacerse del cuerpo.

—No me jodas, Seb —dijo Kurt. Parecía que iba a decir algo más. Su boca se abría y se volvía a cerrar, pero no salía ni una puta silaba.

—Si el ADN lo confirma, tengo al asesino, a los cómplices y el móvil del asesinato —añadí bajando la voz—. Lo que no sé es qué cojones voy a hacer con esto. Los que me encargaron el trabajo son los culpables. Es una puta locura.

—¿Por qué te van a encargar descubrir al asesino si saben que son ellos mismos? —preguntó Kurt—. No tiene ningún sentido.

—Creo que pretendían dar la impresión de que se preocupaban por la muerte de Chrissie aunque la policía se hubiera rendido —respondí—. Desviar la atención, ya sabes. Tal vez el padre no veía muy preocupada a su mujer y ella se asustó. Igual le dijo al abogado que si la descubrían, cantarían todo. Yo que sé. Si quieres descubrir la verdad, no contratas a un detective novato al que no conoce ni su madre. Contratas a alguien bueno y con experiencia. Además, creo que el abogado no recuerda haberlo hecho. No me preguntes cómo lo sé, pero lo sé.

—Eras una jodida tapadera —añadió Kurt negando con la cabeza—. Pues les ha salido el tiro por la culata.

—Eso es —seguí con el razonamiento—. Lo que no sé es a quién coño entregar los resultados.

—La opción más obvia es a la policía —dijo Kurt—. Tú nos entregas las pruebas y nosotros les metemos en el talego.

—Y no cobro un token por el trabajo —terminé yo—. He currado un montón como para que ahora os llevéis toda la gloria.

—Cierto —dijo Kurt tras pensar unos segundos—. La otra opción es entregarle los resultados al padre. Parece que está limpio por lo que me has

contado. Él te paga, entrega las pruebas a la policía y nosotros les metemos entre rejas.

—¿Y si decide no pagarme? —pregunté yo— ¿O si no está tan limpio como creo?

—En ese caso estás jodido, Seb —dijo Kurt—. Pero jodido vas a estar hagas lo que hagas. Salvo que decidas chantajear a la madre y al abogado, claro.

—Madrastra —corregí negando con la cabeza—. Su madre está en la Tierra. No puedo hacer eso, tío. No puedo dejar que se salgan con la suya después de lo que han hecho.

—Me alegra oír eso —dijo Kurt—. Te tengo por un hombre de los pies a la cabeza, pero no sé hasta qué punto has podido cambiar después de toda la mierda de tu padre, Harvey, el talego y demás. Dale una vuelta y, decidas lo que decidas, cuenta conmigo para llevarlo adelante. Ahora tengo que marchar o el puto Dunning se va a mosquear conmigo por dejarle solo.

—¿Le llamas Dunning? —pregunté con una sonrisa—. Eres un cabronazo.

—Toda la comisaria le llama Dunning —contestó Kurt—. Eras un policía patético, pero tienes chispa poniendo motes.

Se largó tras beberse el té de un trago y en ese momento me entró un mensaje. Kate ya tenía los resultados y me pedía que fuese a buscarlos. No me acabé el café. Dejé allí media taza por si alguien quería suicidarse y marché a la morgue.

—¡Es positivo! —dijo Kate en cuanto entré por la puerta—. Lo tienes, jodido cabrón con suerte. Has pillado al asesino.

—Espera, Kate —contesté poniéndole una mano en el hombro—. Esto está lleno de gente. Vamos a un sitio más privado, por favor.

Kate me estaba esperando en la recepción de la morgue, retorciéndose las manos y visiblemente nerviosa. Por suerte, mis palabras parecieron hacerle pensar un segundo y me cogió de la mano para llevarme por una serie de pasillos hasta su despacho.

—Es positivo —dijo cuando me hube sentado. Ella seguía de pie, caminando nerviosa—. La persona de la que sacaste ese ADN es la misma que se dejó restos de tejido al dar puñetazos a la niña. La cría murió por los puñetazos, así que el ADN es del asesino.

—Asesina —corregí sintiendo una extraña sensación de triunfo—. El ADN es de una mujer. Necesito que me grabes un video extraoficial diciendo esto mismo para presentárselo a mi cliente. Si hay denuncia, ya te pedirán un examen oficial para enchironarla.

—¿Cómo que si hay denuncia? —dijo Kate cambiando en un segundo del nerviosismo a la ira—. Tienes que avisar a la policía y que la detengan, Sebastian. Esto no es un juego. Han matado a una niña y tú sabes quién ha sido. No informar a la policía es un delito.

—He informado a un policía y me ha dicho que puedo dar parte a mi cliente para que denuncie él. No te preocupes.

Kate no quedó muy convencida, pero accedió a grabarme el video. Juntando este video al resto de pruebas e indicios que había ido recogiendo a lo largo de la última semana, ya tenía un informe completo del caso.

—Si en veinticuatro horas no he leído que han detenido al asesino, te denunciaré yo misma —amenazó mientras salía de su despacho. Más me valía darme prisa.

El bueno de Richard L. Jordan me había dado su número personal por si quería contactar con él la primera vez que fui a su casa, así que no tenía más que concertar una cita y darle los resultados. No tenía ninguna confianza en

que me pagase los diez mil que había acordado con Hightower por encontrar al asesino, pero tenía claro que aquella era la única manera de actuar. Al fin y al cabo, era el padre de Chrissie y tenía derecho a decidir qué hacer al respecto. Lo jodido era encontrar la manera de contarle algo así a un hombre. Tu mujer te la ha pegado con tu chófer y se ha cargado a tu hija mientras se la follaba tu abogado de confianza. Sí, todo muy digerible. Igual hasta se tiraba por una ventana delante de mí. La vida, a veces, puede ser una autentica mierda. Yo pensaba que la mía era asquerosa, pero la de Jordan la hacía parecer una tarde en el parque de atracciones.

Contra todo pronóstico, no fue una secretaria quien contestó a mi llamada. El tipo me había dado su número personal de verdad.

—Señor Jordan, soy Seb Damon. El detective privado que contrató su esposa —dije para identificarme—. ¿Está usted solo?

—Deme un segundo —contestó dejándome tirado. Medio minuto después, volvió conmigo—. ¿En qué puedo ayudarle, señor Damon?

—Me gustaría hablar con usted en privado y cara a cara —dije con seriedad.

—Esta tarde estoy un poco liado —contestó él con voz profesional—. Tal vez mañana a la mañana podamos vernos.

—Me gustaría que fuese lo antes posible, señor Jordan —repliqué intentando imprimir urgencia a mi voz—. No le ocuparé más de veinte minutos.

—Está bien —dijo tras pensarlo un momento—. Esta noche, a eso de las diez, podré pasarme por su despacho si me facilita la dirección. No creo que Stella pueda venir, pero ya le transmitiré yo lo que me diga.

—A las diez es perfecto —dije, nervioso—. No informe a su mujer de que va a reunirse conmigo. No se lo diga a nadie. Coja un maglev público en vez del suyo para que ni siquiera el chófer pueda saber nada al respecto. Es

muy importante.

Aquel calzonazos me podía meter en un lío de cojones si se lo contaba a alguien. Estaba rodeado de asesinos.

—Todo esto es muy irregular, señor Damon.

—Lo lamento —me disculpé—. Es fundamental que nadie de su entorno sepa que nos vamos a reunir o podría arruinar todo el caso. Ni tan siquiera puede informar a su abogado. Si teme que le pueda pasar algo, informe a la policía o a un amigo de confianza, pero a nadie más.

Hubo casi un minuto de silencio antes de que Jordan volviese a hablar. En aquel minuto me dio por pensar en lo que le había dicho y en que a mí también me habría sonado raro de cojones.

—Muy bien, señor Damon —dijo al fin—. Deme su dirección y esta noche, alrededor de las diez, estaré ahí. Espero que sea importante.

No sabes tú lo importante que es, pensé tras darle mi dirección y colgar. Tenía todavía unas cuantas horas para preparar bien la presentación del caso y las conclusiones. No podía permitir que quedase lugar a ninguna duda. En mi cabeza ya iba organizando todo el material que había recogido mientras volvía a casa dando un paseo, tan absorto que no me di cuenta de que me seguían. Un error de novato.



18- HOGAR, DULCE HOGAR

Mientras caminaba, le di un toque a Kurt para ponerle sobre aviso de lo que podía suceder. Era él quien había llevado el caso en la policía, por lo que debía ser él también quien cursase la denuncia en caso de haberla. Me dijo que me esperaba en la puerta de casa, ya que andaban por la zona.

Cuando llegué a mi calle, vi el maglev patrulla aparcado delante de mi portal. Me acerqué y di un fuerte golpe en el techo. Kurt dio un bote en el asiento, pero Harris se llevó tal susto que golpeó en el techo con la cabeza.

—Eso le pasa por no llevar puesto el cinturón, agente —dije con sorna mientras Kurt salía del vehículo partiéndose de risa.

—Sigues hecho un cabrón, Seb —dijo cuando las carcajadas le dejaron hablar—. Me vas a lesionar al compañero y a ver cómo explico yo que se ha cogido la baja por un susto.

—¿Subes? —pregunté cuando yo también dejé de reír.

—Nah —contestó Kurt desechando la idea con un gesto de la mano—. Si no es muy largo, cuéntamelo aquí y así sigo de ronda, que estoy perdiendo mucho tiempo últimamente por charlar contigo y me van a acabar metiendo un paquete.

—Está bien —dije comprobando que no hubiese nadie cerca que pudiera oírnos—. He decidido contárselo todo al padre y que él decida lo que quiere hacer. Si quiere denunciar, deberías ser tú quien lo tramitase. Al fin y al

cabo, era tu caso.

—Es mi caso —replicó Kurt remarcando la primera palabra—. No está cerrado todavía. De acuerdo. Si el viejo quiere seguir adelante, dame un toque y os esperaré en comisaría. ¿Has pensado ya qué vas a hacer si decide no denunciar?

—No lo he pensado —repuse—. No me entra en la cabeza ninguna otra opción. Si él no quiere llegar hasta las últimas consecuencias, creo que debería mantenerme al margen. Si a él no le importa, a mí no debería importarme.

—Sabes que es ilegal no denunciar un asesinato, ¿verdad? —preguntó Kurt.

—Hice los mismos exámenes que tú, compañero —contesté negando con la cabeza—. Si el padre se arruga, yo no denunciaré. Le sacaré el dinero que pueda y luego es posible que recibas un correo anónimo con un buen montón de pruebas para sacar el caso del punto muerto en el que está.

—Muy bien —dijo Kurt asintiendo tras una pausa—. Esos cabrones no van a salir de rositas sea como sea. Me parece un buen plan.

—Viene a las diez a que le presente las conclusiones —dije alejándome—. Estate atento por si nos haces falta.

Dicho esto me dirigí a casa despidiéndome con un gesto de Kurt y su compañero. Me parecía imposible que Jordan no quisiese denunciar, pero el ser humano es impredecible. Aquel hombre había vivido un divorcio, una boda, un cambio de residencia radical y el asesinato de su única hija en poco tiempo. Igual había decidido que ya estaba bien de joderse la vida. Se me estaba levantando dolor de cabeza de tanto darle vueltas a algo que escapaba a mi control. Que decidiese él.

Cuando entré por la puerta de casa, me extrañó ver luz en la cocina. Bianca no solía pasar mucho tiempo allí. Se metía en su habitación y veía la

televisión o tonteaba con su pad todo el día. Llegué a plantearme que igual le había dado por cocinar. Desde que vivíamos juntos no habíamos cocinado jamás. Pedíamos comida fuera o calentábamos algo en el microondas. Desde luego, no olía como si alguien estuviese cocinando y por una buena razón.

Bianca estaba sentada muy tiesa en una de las sillas. Tenía las manos en el regazo y los ojos desmesuradamente abiertos como para compensar lo apretados que tenía los labios. Supongo que el tipo que sostenía un cuchillo en su garganta le había ordenado que no hiciese ningún ruido.

El tipo en cuestión no era ningún desconocido. Tenía una cicatriz que le recorría todo un lado de la cara. Era el chófer de Stella Jordan. Bueno, el chófer, el guardaespaldas, el amante, el recogedor de cadáveres... Aquel hombre tenía muchos talentos bajo su apariencia de simio amaestrado.

—No grite, señor Damon —dijo muy serio. Tenía un marcado acento que no pude identificar—. No haga ningún ruido y siéntese.

—No iba a gritar, tranquilo —añadí sentándome sin apartar la mirada de sus ojos.

—Si hace cualquier tontería, la putita muere —añadió de mala hostia por no haber conseguido acojonarme.

—Estate tranquilo, chaval —añadí sonriendo—. Nadie va a morir aquí si somos todos unos buenos chicos.

Estaba consiguiendo descolocarle. Ni por asomo me sentía tan tranquilo como intentaba aparentar, pero había recibido instrucción sobre cómo actuar en casos así. Lo primero es no mostrar ningún nerviosismo e intentar tomar la iniciativa. Si pareces nervioso o asustado, el secuestrador se crece. Pude ver que Bianca tenía un labio hinchado. Tomé nota. Por suerte, mi esposa era de armas tomar y uno de los ojos del tipo de la cicatriz aparecía amoratado y algo más cerrado que su vecino. Si tenía la oportunidad, le iba a hacer pagar el haberle puesto la mano encima a Bianca. Pareció reaccionar por fin. Por lo

visto, le había roto el guión.

—Sé que ha hablado usted con el señor Jordan —dijo por fin apretando la mandíbula de Bianca. Ella soltó un gruñido—. También sé que no le ha contado nada todavía, y es por eso que puede ser que usted y la rubia salgan vivos de esta.

—¿Tienes intervenidas las comunicaciones de tu propio jefe? —pregunté sinceramente sorprendido—. No eres tan tonto como parece.

—Sé exactamente todo lo que habéis hablado —contestó ignorando mi pulla—. También sé lo que podría contarle. Lo único que me falta por saber es lo que le va a contar.

—Le voy a contar que te follas a su mujer —respondí sonriendo aún más—. Le voy a enseñar un video de cómo te cabalga encima del maglev que ha pagado. También le voy a contar que fuiste tú quien se llevó el cadáver de su hija para dejarlo tirado en un puto conducto de ventilación como si fuera un perro muerto.

La cara del matón iba crispándose a pesar de sus intentos por mantener su cara de póquer. No contaba con que hubiese llegado tan lejos en la investigación.

—¿Por qué no podías ser un tonto bueno? —dijo al fin—. Si hubieras seguido cobrando por no hacer nada, tú y tu puta seguiríais viviendo vuestra mierda de vida. Ahora tendré que mataros a los dos.

—La única razón para que sigas respirando es que ella está viva —contesté abandonando la sonrisa—. Si la matas, saltaré esta mesa y te romperé el alma a patadas antes de que puedas sacar el cuchillo de su cuello.

—No soy ningún matón de tres al cuarto —replicó apretando los dientes—. He matado muchos hombres con este puñal en la Tierra. Serás el primero en la Luna.

—Yo ya he dejado a un tipo en silla de ruedas en la Luna —repliqué

siguiendo con la típica pelea de gallitos de bar—. Te llevo ventaja.

Nos quedamos mirándonos un par de segundos antes de que todo se precipitara. El tipo sabía que si le cortaba el cuello a Bianca, me daría tiempo a abalanzarme sobre él. Por muy afilado que esté el cuchillo, rebanar un pescuezo siempre lleva un tiempo. Debía estar entrenado en combate, porque tiró de la cabeza de Bianca hacia un lado arrojándola al suelo a un par de metros de él. El golpe contra la pared fue fortísimo. Al mismo tiempo, estiró el brazo con el que sostenía el cuchillo en mi dirección para que no pudiese recortar el metro escaso que nos separaba sin empalarme yo mismo. Al ver aquella maniobra, me levanté empujando con violencia la silla hacia atrás para que no estorbase.

Bianca gemía en el suelo mientras él y yo, cada uno a un lado de la mesa, nos mediamos con la mirada.

—Vas a morir, cabrón —dijo girando lentamente alrededor de la mesa—. Te voy a matar a ti y luego a tu mujer.

—Deberías haber dicho que luego la violarías antes de matarla — repliqué mirado de soslayo a Bianca que seguía desmadejada en el suelo. Se había llevado un buen golpe en la cabeza.

—Las fulanas baratas no son mi tipo —dijo con los dientes apretados y sus ojos fijos en mí. Si volvía a mirar a Bianca, estaba jodido. Aquel tipo estaba buscando un momento de despiste para lanzarse mientras seguíamos girando alrededor de la mesa.

—No te creo —repuse sonriendo—. Te he visto follarte a la zorra de tu jefa y tiene más pinta de puta.

—Pero no barata —añadió con un gesto de las manos que quería decir “¿no es obvio?”. Aquella fue la señal que estaba esperando. Un mínimo despiste que me diese dos décimas de segundo de ventaja.

Empujé la mesa de una patada y él dio un pequeño salto atrás, a la vez

que bajaba las manos para frenarla y que no le golpease. De una zancada subí a la mesa el pie izquierdo y me dispuse a darle una patada en la cara con el derecho. Vi en sus ojos que se daba cuenta, un segundo tarde, de su error. Cuando mi pierna ya empezaba el recorrido que le haría ahorrarse un dineral en pasta de dientes, todo mi cuerpo se paralizó. Caí de la mesa al suelo mientras convulsionaba como un epiléptico. Era como si me estuviesen electrocutando. Bueno, me estaban electrocutando. Tras unos segundos tirado, vi a Kurt en la puerta de mi casa con su arma reglamentaria en la mano, de la cual había partido el dardo paralizante que se me había clavado en el culo. Tenía la boca y los ojos muy abiertos.

El matón no se hizo de rogar para pasar al ataque. Viendo a un poli atontado en la puerta y a su adversario en el suelo meándose encima, se lanzó con el puñal preparado hacia Kurt. Le habría ayudado, pero la descarga me había dejado tan baldado como si hubiera corrido una maratón. Solo podía resollar intentando meter aire en mis pulmones.

Kurt consiguió por fin reaccionar y levantó un brazo para detener la cuchillada descendente. Debía estar oxidado, porque calculó mal y el cuchillo se le clavó en el antebrazo a la vez que un grito tremendo salía de su boca. Con la otra mano, agarró la de su enemigo para evitar que pudiera sacar el cuchillo y rematar la faena. Con cada tirón que daban uno y otro surgían nuevos gritos de su garganta. Por fin el chófer consiguió hacerse con el arma que salió del brazo de Kurt con un desagradable sonido de carne desgarrada. Echó el brazo hacia atrás para apuñalarle de nuevo. Estaba tan solo a medio metro de mí. Si conseguía mover la pierna, podría patear la suya y darle a Kurt una oportunidad de salvar la vida.

Lo conseguí. Mi pierna se movió a cámara lenta hasta impactar en el tobillo del cabrón que nos quería matar a todos. Le di con todas mis fuerzas, pero el tipo ni se enteró. Era como en esos sueños en los que golpeas algo

pero parece que lo acaricies. Sencillamente, no tenía fuerza. Íbamos a morir todos. Por suerte, me había casado antes de morir. Una silla apareció en escena. De un lado, agarrando el respaldo, estaba Bianca convertida en furia rubia. Del otro, estaba el desdichado matón que ni la vio venir. El impacto fue brutal contra su cabeza. El cuchillo cayó de su mano y se le doblaron las rodillas. Tenía que ser un tipo realmente fuerte para no haber salido despedido hacia delante. Quedó de rodillas y giró la cabeza para descubrir qué estaba pasando. En sus ojos se veía que estaba a unos segundos de caer grogui al suelo.

Bianca no le dio aquellos segundos. Volvió a golpearle en la cara con la silla. El tipo lo vio venir, pero no pudo moverse. El sonido que hace una cara al romperse es muy desagradable, ya lo creo que sí. Se desplomó en una postura antinatural y Bianca siguió atizando su cuerpo una y otra vez, hasta que Kurt, que estaba gritándole que parase, pudo ponerle una mano en el hombro sin llevarse un sillazo.

—Ya está —dijo Kurt casi en un susurro—. Puedes parar. Este no se va a mover más en unas horas.

Bianca se quedó mirándole un par de segundos como si no supiera quién le hablaba. Luego dejó caer la silla y, justo después, a sí misma. Se sentó en el suelo contra una pared mirando al tipo que había estado a punto de matarnos a todos. Kurt se dejó caer a su lado agarrándose el brazo herido. Aproveché que mi cuerpo volvía a responderme para arrastrarme hasta ellos y sentarme a su lado.

—Podéis estar tranquilas, princesitas —dijo Bianca con la respiración agitada—. Vuestro héroe ha venido a matar a este puto dragón.

—Menos cachondeos —apunté resollando yo también—. Le tenía hasta que llegó el puto séptimo de caballería y me dejó tirado en el suelo como un pelele.

—Gracias por disparar a mi marido, Kurt —dijo Bianca apoyando su cabeza en mi hombro—. Debería haberlo hecho yo hace mucho tiempo.

—Me debes una cerveza, preciosa —contestó él—. Y gracias por haberle partido la crisma al hijo de puta este.

—Ha sido todo un placer, créeme —aseguró ella. Parecía agotada—. Creo que te has meado en los pantalones, Seb.

—Otra que le debo al jodido departamento de policía de Ilarki —repliqué—. Sólo espero que el puto Jordan no decida venir antes y nos encuentre así.

—La vida es un pedazo de mierda si te fijas bien —recitó Bianca—. Vivir es una carcajada y morir es una broma.

—¡Qué profundo! —apostillé—. ¿Es de algún filósofo ruso?

—Casi —contestó Bianca con una sonrisa torcida—. De los Monty Python.

En ese momento la puerta se abrió. ¿De verdad no podía salir algo bien? Por suerte era Harris, el compañero de Kurt, que había subido al ver que este tardaba y el indicador de su pistola al ser disparada le había dado un toque. Por fin pude entender cómo había entrado Kurt en mi casa. Todo poli lleva un dispositivo que abre la puerta de cualquier casa particular en un par de segundos.

—Me llevo a Bronsky al hospital —dijo Harris tras escuchar nuestra historia—. Tienen que curarle ese brazo. A usted también debería verla un medico, señorita.

—Estoy bien —contestó Bianca sin levantarse ni quitar la cabeza de mi hombro—. Tengo la mala suerte de saber cómo curarme estas cosas yo sola.

—¿A mí no me quieres llevar al hospital? —pregunté dolido—. Acaban de dispararme.

—Lo tuyo se pasa con un par de horas de reposo y una ducha para

quitarte el olor a meados —dijo Harris—. He llamado a una patrulla para que vengan a detener a este tipo y os tomen declaración. En cuanto lleguen, marchamos.

Kurt me explicó que antes de largarse había visto el maglev de los Jordan en la calle y le había olido mal después de lo que le había contado. Por eso había subido y por eso tenía un puto dardo clavado en el culo. Había oído nuestros gritos desde fuera y había entrado.

La tercera vez que le pregunté a Bianca si estaba bien no contestó que sí, como las dos anteriores. Se limitó a pedirle a Harris que le pasara la silla para darme con ella en la cabeza a ver si me callaba de una vez. Creo que lo decía de broma. Por suerte, Harris también lo pensó.

Aproveché que todo parecía estar bajo control para irme a la ducha y cambiarme de ropa. No solo había estado a punto de morir, también había hecho que pudiesen matar a Bianca y a Kurt. Tenía que acabar con aquel maldito caso de una vez o alguien iba a acabar mal.



19- LA GRAN APUESTA

Cuando salí de la ducha, me encontré a Bianca maquillándose para disimular los golpes recibidos. Ya se habían llevado a aquel tipo para encerrarle y volvíamos a estar solos. La miraba de nuevo como si fuera la primera vez que la viera. Me pasaba mucho últimamente. Cada pocos días, descubría una faceta suya que no había podido siquiera imaginarme. Me iba quedando claro que tenía los ovarios bien puestos. Incluso diría que tenía más agallas que yo mismo o la mayoría de tiarrones de dos metros que conocía. Me había salvado la vida y ahora su preocupación era que no se notasen las secuelas cuando fuese a trabajar al club.

—Después de lo de hoy, podrías tomarte el día libre —dije apoyando las manos en sus hombros y mirándole a los ojos reflejados en el espejo—. No creo que tengas muchas ganas de bailar.

—No puedo, Seb —contestó mirándome también en el reflejo—. Una nunca tiene ganas de bailar en tetas delante de perversos, pero de algo hay que vivir.

—Si consigo que el padre pague la conclusión del caso, podrás tomarte unas vacaciones —reliqué apretando suavemente sus hombros. No se me ocurría cómo hacerle sentir mejor—. De hecho, se te sigue notando el labio jodido.

—En el club no hay mucha luz y te aseguro que, si me mirasen a la cara,

me habrían despedido hace tiempo —aclaró ella—. Si te paga, podría tomarme unas vacaciones y, cuando quisiese volver, no me querrían. Nadie contrata una chica que desaparece de vez en cuando.

Cada vez me sentía más mezquino. Aquella mujer se había jugado el pellejo por mí y casi lo había perdido. Curraba para mantener a flote la casa en algo que odiaba. Yo, sin embargo, parecía un niño mimado comparado con ella.

—Te sacaré de esa vida, Bianca —dije muy serio—. Te lo prometo.

—No, cariñó —contestó ella con una sonrisa cansada—. Me sacaré yo sola. Te lo prometo.

No pude contestar. Simplemente deje caer un beso suave en su coronilla y me dispuse a intentar hacer que la cocina pareciese un lugar habitable de nuevo. La mesa no había sufrido demasiado, pero la silla que en adelante empezamos a llamar “La prueba A”, estaba destrozada. Una rusa de mala hostia es capaz de golpear mucho más fuerte de lo que yo habría creído. Tomé nota mental de comprar sillas nuevas. Si solo compraba una, seguro que Bianca me echaba en cara que no conjuntaban. Tendría suerte si no me hacía comprar la mesa también.

Me sorprendí a mi mismo pensando ese tipo de estupideces en el lugar en el que había estado a punto de palmar y de ver morir a las dos personas que más me importaban en la vida. Es curioso cómo funciona el cerebro humano para lograr seguir adelante por mucha mierda que nos caiga encima.

—Yo no vuelvo a sentarme en esa silla —dijo Bianca apareciendo por sorpresa—. Tiene pelo y sangre pegado.

—Voy a comprar sillas nuevas —respondí dándome cuenta de que era cierto que había trozos de cuero cabelludo en una de las patas—. Igual compro un juego de cuatro por si nos vuelve a pasar.

—No tires La prueba A por si hacer falta otra vez —contestó Bianca

poniéndose los pendientes—. Sería una pena estropear una silla nueva teniendo esa a mano. ¿Qué tal estoy?

La miré con detenimiento. Esa pregunta es la única oportunidad que nos suelen dar las mujeres para poder mirarlas de arriba abajo sin disimular e incluso poniendo caras de aprobación. Estaba tan impresionante como siempre que iba a trabajar y casi no se le notaban los golpes.

—Estás guapísima —dije tras un silbido de aprobación—. Perdón. Eres guapísima. Hoy estás de muerte.

A Bianca se le escapó una carcajada que hizo que su labio roto le cambiase el gesto por uno de dolor. Maldijo por lo bajo en ruso.

—Cuando todo esto acabe, te llevaré a cenar a un sitio caro y luego a bailar —dije intentando animarla—. A bailar sin que te quites nada, claro.

—Sí, sí, sí —contestó ella dirigiéndose a la puerta—. Pero primero compra sillas.

El señor Jordan llegó antes de lo acordado. Exactamente, media hora antes. A muchas personas no les importa que les hagan esperar menos y, de todos modos, tenía todo listo con una hora de antelación. A mí sí que me importa. Me parece de una pésima educación quedar a una hora y llegar antes o después. Mi padre siempre había sido muy claro con aquello. La primera norma decía que era preferible esperar diez minutos a que te esperen uno. La segunda norma era que, si llegas diez minutos antes, esperabas a la hora acordada para llamar al timbre. Supongo que a los ricos les enseñan a llegar cuando les dé la gana, ya que todo el mundo va a estar encantado de recibirles.

Le hice pasar a la sala que habíamos acondicionado como mi despacho. Había colocado las sillas de tal modo que los dos pudiéramos ver la pantalla para ilustrar mis explicaciones, pero estando uno enfrente del otro. Le estreché la mano y le invité a pasar con un gesto. Estaba a punto de apostarme mucho

dinero, mucho esfuerzo y tal vez la salud o incluso la vida a que aquel hombre era un tipo íntegro. Teniendo en cuenta lo que conocía del ser humano, me temblaban las piernas.

—Me tiene usted intrigado, señor Damon —dijo soltándose un botón de la chaqueta para sentarse—. ¿A qué viene tanto secretismo?

—He resuelto el caso del asesinato de su hija, señor Jordan —dije trasteando con mi pad para evitar mirarle a los ojos—. Las conclusiones vas a resultar muy difíciles de aceptar.

Aquello puso al ricachón en guardia. Se envaró y pude apreciar cómo apretaba las mandíbulas. Tenía que empezar despacio para que pudiese llegar a creérselo.

—Por lo que he podido averiguar, su hija se moría de ganas por tener la edad suficiente para empezar a ir a fiestas —dije dejando un espacio por si quería comentar algo. Se limitó a alzar una ceja—. He sabido también que le insistía mucho a su abogado, el señor Hightower, para que la llevase a alguna.

—Es propio de la edad —contestó con gesto confundido—. Todas las niñas quieren ser mujeres muy rápido.

—No lo niego, pero su hija era una niña muy perseverante y, por lo que he podido saber, muy inteligente —dije pulsando en mi pad. En la pantalla apareció una imagen de Hightower con Christine del brazo entrando a la fiesta de Fenucci. Aquella misma tarde había conseguido que me cediese el video tras asegurarme que no usaría la información de ningún invitado que no tuviera que ver con el caso.

Jordan se quedó perplejo. No dejaba de mirar la imagen sin cerrar la boca. Incluso guiñaba los ojos para ver si podía encontrar que era un montaje. Decidí no dejarle buscar explicaciones raras.

—Su hija consiguió que Hightower la llevase a una fiesta privada como puede observar en la foto. Hay un video entero si luego lo considera necesario

—dije sin dejar de observar sus reacciones—. En esa fiesta Hightower la drogó, la ató de pies y manos y la violó.

Por fin salió de su pasmo. Se giró como un resorte hacia mí con los ojos encendidos de ira. Al menos me estaba quedando claro que aquel tipo no tenía ni idea del asunto hasta que yo se lo había contado.

—¿Que ese hijo de puta de Hightower violó y mató a mi hija? —preguntó plantando las manos en la mesa para contenerse. Aquella mirada me estaba abriendo dos agujeros en el fondo del cráneo.

—Hightower violó a su hija, pero no la mató —respondí dando paso a la siguiente imagen—. En la línea verde puede ver el seguimiento del maglev particular de Hightower. Sale de la casa del abogado, pasa por su casa a recoger a Christine, luego acude a una fiesta en el edificio Plank y de nuevo a casa del abogado. Sin pasar por la suya.

Un nuevo toque en el pad y una nueva línea apareció dibujada junto a la anterior.

—La línea negra corresponde al maglev de carga que recogió a su hija y fue destruido. Sale de la central de maglevs, pasa por el edificio Plank, va hasta el conducto de ventilación y llega hasta el punto en que fue quemado.

Un último toque en el pad para la sorpresa final.

—La línea azul corresponde al maglev de su mujer, Stella Jordan —dije sin quitarle ojo. Se había vuelto a quedar pasmado, pero no me miraba a mí, sino a la pantalla—. Sale de su casa, pasa por el edificio Plank y vuelve a su casa. Lo curioso es que vuelve en modo automático mientras que a la ida va en modo manual.

—Stella —fue todo lo que consiguió decir el pobre hombre. Cada vez tenía más claro que no sabía de la misa la mitad.

—Su mujer acudió a la fiesta —dije haciendo que una imagen de Stella Jordan entrando a la fiesta apareciese en pantalla—, mató a Christine a

puñetazos mientras la violaban y volvió a casa.

Otro toque para que apareciese una foto del chófer entrando a la fiesta con otros dos tipos.

—El chófer de su mujer entró poco después —dije pulsando de nuevo—. Quince minutos más tarde, sale con una bolsa en la que está el cuerpo de Christine. Lo lleva al maglev de carga para dejarlo en el conducto de ventilación. Por eso su mujer volvió a casa sin chófer.

Antes de que empezase el aluvión de preguntas, hice que se reprodujera un video en la pantalla. En él se veía a Ron, el borracho de Check, mirando una foto del matón en mi pad y asegurando que aquel era el tipo que había visto dejando un bulto en el conducto de ventilación donde encontraron el cuerpo de Chrissie.

—Por lo tanto, su mujer asesinó a su hija mientras su abogado la violaba y luego el chófer se deshizo del cuerpo —dije para rematar mi exposición.

—Es todo tan confuso... —dijo Jordan mirando al suelo. El golpe había sido demasiado duro—. Espero que tenga más pruebas que estas imágenes, señor Damon.

—Si comparan el ADN de su mujer con el que encontraron en la cara de Christine, podrá comprobar que ella es la asesina —dije ante la pregunta más que obvia—. He realizado una comparación extraoficial y coincide, pero no tendría ninguna validez en un juicio.

Hice que el informe extraoficial de la Tripas apareciese en pantalla, aunque Jordan ni siquiera se molestó en mirarlo. Tenía la mirada fija en sus propias manos apoyadas en la mesa.

—El señor Hightower vino a contratarme para cubrir las apariencias y hacer ver que les importaba encontrar al asesino —dije dándole tiempo a asimilar todo lo que había oído—. Soy un detective nuevo, sin ningún tipo de prestigio y confiaban en que no tuviese éxito. Para asegurarse, me facilitaron

un informe de la autopsia incompleto y, a pesar de que no mostraba ningún avance, me seguían pagando igualmente. Supongo que no esperaban que encontrara nada.

—Pero lo encontró —dijo Jordan levantando la vista por fin para mirarme a la cara—. Mataron a mi pequeña Chrissie. Esos dos... ¿Por qué?

—Eso ya no lo tengo tan claro —dije sin atreverme a dar paso al siguiente video—. Creo que Christine descubrió algo con lo que chantajear a su mujer para que la dejase ir a la fiesta. Es posible que la señora Jordan temiese que lo fuese a hacer público y decidiese darle una lección, aunque se le fue de las manos.

—¿Qué demonios pudo encontrar una niña de once años?

Respiré hondo antes de pulsar en mi pad. Aquello iba a doler aún más, si es que había un trozo del corazón de Jordan que no estuviese en carne viva. En la pantalla apareció el video de Stella cabalgando al chófer de la cicatriz. Según Patricia, se llamaba Lars. La cara de Jordan no cambió de expresión. Había superado el límite.

—Encontré este video en el pad de su hija —dije mientras en pantalla la actual mujer de Jordan cabalgaba el toro salvaje—. Creo que su hija pudo descubrirles y hacérselo saber a la señora Jordan. Con esto consiguió que la cubriese para ir a la fiesta, pero también significó su sentencia de muerte. Como digo, creo que no pretendía matarla.

—Pero la mató —dijo Jordan posando su mirada en mi e ignorando los gritos y gemidos que seguían saliendo de la pantalla—. ¿Qué hacemos ahora?

Aquella era la gran pregunta. El tipo estaba en *shock* y no tenía claro qué camino debía tomar.

—Mi trabajo llega hasta aquí —dije enseñando las palmas de las manos—. He sido contratado para descubrir lo que pasó y es lo que he hecho. En un caso normal, habría presentado mis resultados al cliente, pero me temo que era

preferible enseñárselo a usted.

—Sí. Claro —dijo Jordan atando cabos.

—Sé que con esto me arriesgo a perder el dinero acordado con Hightower por solucionar el caso, pero era lo único que mi conciencia me permitía hacer.

—No se preocupe —dijo Jordan sacudiendo la cabeza. Algo tan ridículo como el dinero le quedaba muy lejos en aquel momento—. Le pagaré lo acordado. Le daré una bonificación. Tengo mucho dinero ¿sabe? Pero no me vale de nada. Dejé a mi mujer en casa y me traje a Chrissie. Si la hubiese dejado a ella también, seguiría viva. Si no me hubiese empeñado en tenerla a mi lado, la hija de la gran puta de Stella no la habría matado. ¿De qué cojones me vale ahora todo ese dinero, señor Damon?

Aquella pregunta no requería respuesta, desde luego. Quedé callado unos momentos para respetar el torrente de dolor que estaba cayendo delante de mis ojos. Solamente lloraba mientras miraba en mi dirección pero a algo que estaba a años luz de nosotros. Sin ruido, sin gimoteos, sin mover un solo musculo de la cara. Daba escalofríos.

—Mi consejo es que denuncie a la policía —dije al final—. Conozco bien al agente que llevó la investigación. Podríamos cursar la denuncia esta misma noche. Sobre el chófer, debo decirle que ya está detenido. En cuanto supo que había acordado una cita con usted para contárselo todo, vino a mi casa e intentó matarme a mí, a mi mujer y al agente que llevaba el caso.

—¿Cómo demonios supo que iba a informarme? —preguntó.

—Tienen intervenidas sus comunicaciones, me temo —contesté.

—Espero que su mujer y el policía no hayan sufrido daño...

—Mi mujer solo tiene un par de golpes. Nada de lo que preocuparse —contesté quitándole importancia—. El agente Bronsky sufrió una herida en el brazo, pero no es grave.

—El puto Lars... —dijo Jordan negando con la cabeza—. El puto Lars fue capaz de tirarse a mi mujer, deshacerse del cadáver de mi hija e intentar matar al detective que lo descubrió. Vivía con un monstruo y ni me había dado cuenta.

—Suele pasar —contesté quitando plomo al asunto—. De los asesinos siempre dicen que parecían normales y saludaban al encontrarles en la calle. Como si tuviera algo que ver...

—Ahora mismo no sé qué hacer o cómo hacerlo —contestó tras una pausa—. Quiero denunciarles y que se pudran en la cárcel o les manden al exilio. Pase lo que pase, Chrissie no volverá.

Asentí con la cabeza. Había recibido el golpe, pero todavía no se había dado cuenta de todo lo que dolía. Casi podía sentir la puta realidad filtrándose en su cerebro milímetro a milímetro. Tras casi un minuto entero en silencio y con la mirada perdida en la nada, pareció volver en sí de golpe.

—¿Cómo hago para denunciarles? —preguntó—. Soy incapaz de pensar con claridad. Discúlpeme. Me gustaría que me ayudase con esto.

Aquel hombre me daba una pena tremenda. Estaba en *shock* y, aún así, intentaba mantener las formas y la buena educación. Le dije que podíamos ir a comisaría para presentar la denuncia y que yo mismo le ayudaría con todo el proceso. Asintió en silencio y se puso en pie. Era un autómatas. Me costaba imaginarle caminando, así que pedí un maglev público que nos llevó a ambos a la central. Iba con uno de los tipos más ricos de la ciudad y, aún así, pagué yo la puta carrera. Jordan, sencillamente, bajó y se quedó esperándome.

Kurt estaba operativo de nuevo. Le habían curado el brazo y tan solo estaba un poco débil por la pérdida de sangre. Nos tomó declaración, le entregué toda la información que había reunido e insistí en quedarme junto a Jordan durante todo el proceso. Casi estábamos acabando cuando se vino abajo. Por muy fuerte que sea la impresión, una verdad como aquella siempre

acaba llegando al centro del cerebro. Era duro ver llorar a un hombre como aquel, pero tanto Kurt como yo habíamos visto cosas peores.

Durante una pausa se empeñó en pagarme. Le dije que no hacía falta que fuera en aquel momento, pero no estaba dispuesto a ceder. De golpe, pagar al detective que le había destrozado la vida le parecía lo más importante del mundo. Añadió una bonificación diez veces superior a la paga en sí. Me acababa de convertir en un hombre mucho más rico de lo que había sido nunca, pero era incapaz de sentirme feliz.

Kurt decidió que el señor Jordan se quedaría allí hasta que estuviese mejor y luego le buscaría un buen hotel. No parecía buena idea mandarle a casa. Me ofrecí a hacerle compañía, pero entre uno y otro me dejaron claro que ya había hecho suficiente. Estaba a punto de salir del edificio cuando un hombre rubio, muy repeinado, pálido y con unas obsoletas gafas de pasta me detuvo.

—¿Señor Damon? —preguntó mientras apoyaba suavemente su brazo en el mío. Asentí—. Soy Alexander White, secretario del señor Reginald.

Me tendió una anticuada tarjeta de visita mientras yo intentaba asimilar que estaba hablando con el secretario del dueño de la ciudad. Le llamábamos alcalde porque quedaba mejor, pero en realidad era una especie de gerente o accionista mayoritario. Ilarki era un gran negocio al fin y al cabo. Me dio por pensar que el apellido le venía que ni pintado. Era pálido como las bragas de una novia. Como yo seguía callado, White continuó hablando.

—Por fortuna ya sé que usted es el señor Sebastian Damon, pero no habría estado de más que me lo confirmase —siguió el tipo—. Mi jefe está aquí para hacerse cargo del asunto del señor Jordan personalmente. Hemos sabido que ha sido usted de gran ayuda y quería darle las gracias personalmente.

—¿De gran ayuda? —contesté molesto—. He resuelto el caso.

—De eso ya hablaremos luego —contestó haciéndome hervir la sangre.

En aquel momento apareció Walter H. Reginald y la réplica murió en mis labios. Se acercó a su secretario seguido por un grupo de no menos de diez personas. Algunos parecían periodistas.

—¿Es este nuestro hombre? —preguntó a White. Este asintió y el dueño de todo aquello me tendió la mano—. Quiero agradecerle en mi nombre y el de toda la ciudad su colaboración con las fuerzas de seguridad, señor Damon. Un crimen tan horrible como el de Christine Jordan debe ser perseguido y castigado con la máxima dureza. Es usted un héroe.

Lo dijo de corrido, como si lo tuviera memorizado. Yo estreché su mano mientras era incapaz de cerrar la boca. Sentí que nos hacían varias fotos, pero no pude dejar de mirarlo hasta que mascullé un “gracias” y aquel hombre se alejó de mí. Un par de periodistas se me acercaron, pero White no permitió que hablasen conmigo.

—Podrán hablar con el señor Damon en la rueda de prensa que dará mañana el departamento de policía. Muchas gracias.

Dicho esto me cogió del brazo y me sacó de allí. Joder. Aquel puto secretario valía millones. Me metió en un maglev mientras yo intentaba todavía cerrar la mandíbula. Conocer al hombre más poderoso de Ilarki y uno de los más poderosos de la Tierra no es algo que suceda todos los días. Me di cuenta de que White no hacía ningún gesto para entrar al vehículo.

—Hay una persona que quiere verle, señor Damon —dijo antes de cerrar la puerta—. Lo que hable a partir de ahora es estrictamente confidencial. Confío en su discreción.

—¿Quién quiere verme? —pregunté, pero la puerta ya se cerraba.



20- DELANTE DE CADA GRAN HOMBRE

El maglev me dejó en el ayuntamiento y me explicó con voz robótica que había llegado a mi destino. Me bajé sin tenerlas todas conmigo, mirando a ambos lados. En un par de segundos se me acercó un hombre tan alto como yo. Iba vestido con un impecable traje negro y llevaba puestas gafas de sol. Olía a guardaespaldas desde la Tierra.

—Acompáñeme, señor Damon —dijo con voz neutra.

Sin esperar a que le preguntase a dónde debía seguirle, giró y entró en el ayuntamiento. Me condujo por varios pasillos ignorando repetidamente mis preguntas. Se detuvo delante de una puerta más grande e imponente que las demás. No era de metal, sino de madera. Es fácil imaginar que no hay mucha madera en la Luna. Llamó a la puerta y, pasados un par de segundos, sonó un cierre desbloqueándose. Buena manera de evitar ser interrumpido. El señor Gafas de sol abrió la puerta y me indicó con un gesto que entrase. Aquello empezaba a acojonarme. Aún así, entré.

No tenía muy claro qué esperaba encontrar dentro de aquella habitación, pero ni por asomo era a una mujer de unos cincuenta años sentada detrás de un escritorio también de madera. Estaba hojeando unos papeles por lo que, en un primer momento, no pude verle la cara. Me quedé al lado de la puerta hasta que me miró. Conocía a aquella mujer. Siempre salía al lado del alcalde en

fotos y videos. Era la señora Reginald, la mujer del que hasta aquella noche yo creía que era el tipo más poderoso de la ciudad.

—No te quedes ahí como un pasmarote —dijo enfadada—. Pasa y siéntate.

Pasé y me senté. Había algo en su voz o su manera de hablar que no te dejaba siquiera plantearte que hubiera una opción de no pasar y sentarte. Ella volvió a sus papeles mientras yo me acomodaba en aquella silla que costaba más que todos mis muebles juntos.

—Sebastian Arnold Damon —dijo leyendo los papeles—. Hijo de policía. Expulsado del cuerpo por dejar parálítico a un compañero. Una joyita. Esto último lo dijo mirándome al fin.

—Me alegra ver que alguien sigue usando el papel —dije manteniendo el tipo.

—El papel no lo puede fisgonear un crio de doce años desde su habitación, Sebastian —dijo ella—. No me gusta que miren mis cosas.

—Seb —repliqué.

—¿Cómo?

—Llámeme Seb, señora Reginald —aclaré—. Solo mis padres me llamaban Sebastian y solo cuando había hecho algo malo.

—Muy bien, Seb —aceptó ella—. Yo soy, como probablemente ya sepas, Rose Mary Reginald. Mis amigos me llaman Ruzz.

—Encantado, señora Reginald —dije sin picar el anzuelo.

—Punto para el caballero —dijo ella. Obviamente intentaba tomar ventaja pillándome en un renuncio. Si la tuteaba o me pasaba de listo, la tendría por encima como un moribundo a los buitres.

—Hace unas horas solo la conocía por las noticias al igual que a su marido —dije tomando la iniciativa—. Ahora he estrechado la mano del alcalde y estoy en una especie de despacho con su mujer. ¿Podría explicarme a

qué viene todo esto?

—Claro que podría, Seb —contestó sonriendo—. El caso es que me gusta tener en ascuas a los hombretones seguros de sí mismos.

Dicho esto, abrió una caja que había encima de su escritorio. Sacó un puro, lo olió e hizo un ligero mohín de disgusto. Sacó otro y este, por lo visto, la convenció más y se lo llevó a los labios. Encendió un pequeño trozo de madera y dejó que el puro fuera tomando calor poco a poco. Yo estaba pasmado. Fumar estaba prohibido en Ilarki. Obviamente, el aire había que limpiarlo continuamente. Quitar el humo del tabaco era un esfuerzo añadido y, por lo tanto, un gasto añadido. Todas las instalaciones de la ciudad estaban equipadas con sistemas de detección de humo. Si se te ocurría encender un cigarrillo en casa, aparecían los bomberos. Poco después venía la policía y te metían una multa del carajo. La única excepción a esta regla era el barrio de Check, donde los bomberos y la policía preferían no ir y los viciosos nos echábamos algún cigarrito. Tras unos segundos me dije a mi mismo que el despacho de aquella mujer era otra excepción.

—No va a saltar ninguna alarma —dijo ella con una sonrisa de medio lado—. Yo hago las reglas, así que en mi despacho digo que se puede fumar. ¿Quieres uno?

Me lo dijo ofreciéndome el mismo que ella había rechazado. Le encantaba hacerme saber quién mandaba allí. Tengo mi orgullo, desde luego. Lo mastiqué, lo tragué y acepté el puro. Una oportunidad así no se tiene todos los días. No se tiene todos los años, qué demonios.

—Me han informado de que has resuelto el caso de Christine Jordan —dijo cuando conseguí encender aquel gigantesco puro imitando lo que ella había hecho—. Al final era la madrastra, como en los viejos cuentos. Alguien debería haber pensado en ello.

—La madrastra y el abogado de la familia —puntalicé.

—De los abogados uno ya se espera cualquier cosa, Seb —sentenció—. El problema es que teníamos a todo el departamento loco buscando al culpable y no encontraban nada. Apareces tú y en una semana lo tienes todo. Es un poco humillante para nuestro cuerpo de policía, chico.

—Tan solo he hecho mi trabajo, señora Reginald —dije intentando disculparme sin haber hecho nada malo. Aquella mujer me manipulaba como quería.

—Y lo has hecho muy bien, desde luego —concedió con un gesto de su puro—. Espero que entiendas que esto lo podemos saber tú, yo, el padre y tu amigo el policía.

—El merito es mío —dije sintiendo una pata de elefante en el pecho—. Resolver este caso me puede dar buena publicidad para conseguir más clientes.

—Y puede darle mala publicidad a nuestra policía —dijo ella—. En el negocio de las ciudades lunares, el prestigio lo es todo. No te preocupes, he pensado una manera de que todos salgamos ganando.

No contesté. Me estaba quedando muy claro que no me estaba ofreciendo un trato sino explicándome cómo se iban a hacer las cosas. La sangre me hervía.

—Vamos a decir que el caso lo ha resuelto la policía con la colaboración de Sebastian Damon, un antiguo policía que ahora es detective privado —continuó cuando vio que yo no iba a abrir la boca—. Diremos que tu trabajo ha sido decisivo para resolver el caso y que la ciudad está en deuda contigo y que blablabla. Ya sabes, esa mierda. Tú consigues tu publicidad y nuestra policía no queda como una panda de patanes.

Seguía sin abrir la boca. Si dejaba salir una sola palabra, era muy posible que acabase pasando la noche fuera de Ilarki.

—Y la ciudad estará en deuda contigo, desde luego —añadió un poco

más blanda.

—No entiendo por qué es usted quien me dice esto —dije cuando conseguí hablar, preguntando lo que me estaba extrañando desde el principio.

—Yo dirijo esta ciudad —contestó con toda naturalidad—. Me gusta hacer este tipo de cosas a mi manera. Ya sé que tú piensas que la ciudad la dirige mi marido. Como todos. Así debe ser y espero que no digas nada a nadie sobre esto. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —contesté inmediatamente.

—Veras, Seb —dijo ella sin dejar de gesticular con el puro—. A la mayoría de la gente no le gusta pensar que una mujer es la jefa. Los hombres se sienten menospreciados y las mujeres piensan que será una bruja. Es más fácil poner a mi marido al frente y que él se encargue de la prensa, las reuniones y esas bobadas mientras yo me puedo dedicar a lo que realmente se me da bien.

Parecía una estupidez, pero conseguí ver el punto de desagradable realidad en sus argumentos. Vamos de sociedad avanzada, pero nos sigue rechinando ver a una mujer arriba del todo. Aquella, para más inri, no era especial en ningún aspecto. Tenía la misma melenita rubia de muchas mujeres de su edad, era más bien baja, le sobraban diez o doce kilos y su cara, aunque de apariencia dulce, era de las que olvidabas rápidamente. Por algún extraño motivo solemos pensar en una mujer poderosa como un bellezón joven. Pues bien, todos aquellos clichés se me estaban viniendo abajo.

—Entiendo —contesté al fin—. Usted manda, pero nos hace creer que manda su marido.

—Eso es —dijo con una gran sonrisa—. Me casé con él porque estaba buenísimo, tenía labia y camiones enteros de carisma. Yo tenía muchísimo dinero de mi familia y mucho talento para los negocios. Al final, casarme con el tío bueno me salió mejor de lo que esperaba.

No pude evitar sonreír. Aquella pequeña arpía tenía un estilo que me gustaba y me hacía sentir afortunado por estar a su lado y no enfrente.

—Cuando dice usted que la ciudad estará en deuda conmigo...

—Ahí está —dijo ella echándose atrás en la silla—. La avaricia sale al fin. ¿Qué quieres de lo que te puedo ofrecer? Y recuerda que te puedo ofrecer casi cualquier cosa.

—¿Casi?

—Hay algunos aspectos regulados por la O.N.U. que no puedo ignorar —aclaró ella—. Tampoco te voy a dar dinero o hacer que maten a nadie.

No esperaba aquel tipo de oferta, así que no tenía nada pensado. Le di vueltas hasta que encontré algo que ella podía darme y yo quería.

—Quiero un permiso de habitabilidad —dije por fin.

—Ya tienes permiso de habitabilidad, Seb —dijo ella—. Lo pone en tu informe.

—No es para mí —aclaré enseguida—. Es para mi mujer.

—Si está casada contigo, tiene permiso de habitabilidad —aclaró ella frunciendo el ceño.

—Solo mientras esté casada conmigo —señalé—. Quiero que tenga un permiso que le pertenezca. Que sea suyo.

—¿Para que pueda seguir viviendo aquí aunque se divorcie de ti? —Estaba realmente pasmada—. ¿Qué cojones te importa si vive o muere una vez divorciados?

—No me gustaría pensar que está conmigo solo porque no tiene dónde ir —dije con la mirada en mis manos—. Quiero que, si se queda, sea porque quiere.

La mujer más poderosa de Ilarki se retrepó en su sillón y dio una larga calada a su puro mientras no dejaba de mirarme. Me estaba evaluando.

—Creo que te he juzgado mal, Seb —dijo al cabo de unos segundos—.

Eso es raro, porque yo calo enseguida a la gente. Está bien. Dame su número de identificación y te lo entregaran en cuanto salgas. ¿Algo más?

Volví a devanarme los sesos. No iba a tener otra oportunidad como aquella, pero no se me ocurría nada. Finalmente, una idea estúpida vino en mi ayuda y, antes de poder filtrarla, salió por mi boca.

—Quiero tener un perro —dije recordando a la perra de los Jordan y lo bien que me había sentido con ella.

La cara de Rose Mary Reginald fue para hacerle una foto y ponerla en la enciclopedia junto a la definición de pasmado.

—¿Un perro? —dijo evitando una carcajada—. ¿Te ofrezco lo que quieras y me pides permiso para tener un perro?

—Soy un tipo sencillo —contesté encogiéndome de hombros—. Simplemente, me gustaría poder tener un perro. Eso ayuda a olvidar que vivimos pegados al fondo de un donut gigante.

—Es más bien una flanera gigante —dijo ella señalando un enorme cenicero que había sobre la mesa. Tenía las caras exteriores inclinadas hacia fuera y el interior vacío. Me di cuenta de que era una maqueta de la ciudad con los edificios pintados y todo.

—De acuerdo —concedí—. Tener un perro ayuda a olvidar que vivimos pegados al fondo de una flanera gigante.

—En realidad, vivimos pegados a las paredes de una flanera gigante, Seb —dijo ella sacándole punta a todo hasta el último momento—. Por eso los edificios están pintados en las paredes del cenicero.

—Lo que sea —añadí intentando acabar con aquella estupidez—. Quiero un perro.

—Esperaba que me pidieses poder reingresar en la policía —dijo mientras la risa seguía luchando por salir de sus labios.

—No quiero volver a ser policía —contesté—. Estoy mucho mejor

siendo detective privado.

—Ah, sí —dijo volviendo a rebuscar entre los papeles—. Eso me recuerda que no tienes licencia para ejercer como detective privado y quedaría fatal en las noticias si se supiese.

Me tendió una tarjeta plateada junto a unos impresos.

—Firma eso antes de irte para que podamos registrar en el sistema que llevas dos meses dado de alta como detective —dijo recuperando la seriedad—. Ahora ya podrás ejercer en toda la ciudad sin problemas.

No podía creérmelo. Aquella mujer estaba atenta a todos los detalles. Miré mi tarjeta identificativa. No era más que un adorno, pues al acercar un pad a mi implante, saldría la información de que estaba autorizado por el ayuntamiento a ejercer de detective. Sin embargo, tener algo físico que lo demostrase era agradable. Firmé sin leer y le devolví los papeles. Le di también los datos de Bianca y tecleó durante un par de minutos en su ordenador.

—Me resulta extraño que sea usted misma quien haga esto —comenté mientras la miraba trabajar.

—Tienes visión de hombre —contestó sin separar la mirada del pad—. Tener a una persona para que haga algo que yo misma puedo hacer en un segundo sería absurdo. Por no hablar de que podría irse de la lengua.

—Y no le gusta que nadie mire sus cosas —dije recordando su lema.

—Exactamente —dijo sonriendo de nuevo—. No me gusta que nadie sepa de mí más que yo de él. Tu mujer ya está dada de alta en el sistema con su permiso de habitabilidad. Ya tienes adjudicado un permiso para tener perro. Tu licencia de detective está activada. ¿Nos falta algo?

—Solo una cosa —dije dando una última calada al maravilloso puro—. Gracias, señora Reginald.

—Gracias, Seb —contestó ella con una sonrisa—. Supongo que en el

futuro no nos veremos demasiado, pero ha sido un placer conocer a un chico tan peculiar.

Volvieron a sonar un par de golpes en la puerta y, cuando se abrió, entró un secretario con dos tarjetas que me entregó. Eran el permiso de habitabilidad de Bianca, una placa de titanio de un palmo por un palmo, y un permiso de tenencia de mascotas, una tarjeta con forma de hueso de unos tres centímetros.

—Puede retirarse, señor Damon —dijo cuando acabé de mirar mis tesoros. Noté que delante de sus subalternos abandonaba el tono informal.

—Gracias de nuevo, señora Reginald —contesté mientras me levantaba de la silla y aplastaba el puro justo contra el dibujo del ayuntamiento. No pudo evitarlo y se le escapó una atronadora carcajada. Reía igual que un hombre de ciento cincuenta kilos. Con aquel sonido en la cabeza y los permisos en el bolsillo de mi cazadora, volví a casa mientras llamaba a la Tripas para cumplir mi promesa de contarle todo el caso con pelos y señales. Así es cómo les gusta a los forenses que les cuentes las cosas.



21- BAILE EN LA LUNA

Cuando llegué a casa no podía dormir, así que decidí esperar a Bianca. Entre la exposición de los hechos a Jordan, el viaje a comisaría y la visita a la alcaldesa se había hecho tardísimo. Faltaba menos de media hora para que mi mujer volviese. Me quedé en la cocina pensando en todo lo que me había pasado aquel día. Poco podía imaginar cómo se acabarían desarrollando los acontecimientos, pero tampoco es que me importara una mierda.

El juicio fue muy rápido, como todos en Ilarki. Es lo bueno de tener el sistema judicial prácticamente informatizado. Siempre podías pedir que tu caso lo llevaran humanos, pero entonces te arriesgabas a pagar un dineral si perdías. Era una manera de convencer a los pobres para que dejaran que una máquina decidiese su destino. Un juicio tan mediático, sin embargo, se asignó a jueces humanos. Nada de jurados populares, por supuesto. No se podía dejar en manos del populacho una decisión de aquella trascendencia. Media ciudad estuvo pendiente de las declaraciones y las pruebas que se fueron presentando. Yo mismo tuve que declarar. Me pareció bien ya que era aún más publicidad. La verdad es que ni se defendieron prácticamente. Había tal cantidad de evidencias que no merecía la pena. A Stella la condenaron al exilio y a Hightower a ciento cincuenta años de cárcel virtual. Eran solo diez años reales, pero todos sabíamos lo que aquello significaba. Si pasabas más de dos años en virtual, tu cabeza empezaba a funcionar mal. Para tu mente habían

pasado treinta años, pero para tu cuerpo solo dos. Algo se desajustaba y no volvías a ser el mismo. Condenarle a diez años era casi una sentencia al manicomio.

Nadie contaba con que Stella tuviese dinero para pagarse un vuelo de vuelta a casa. Obviamente, no podía tocar el dinero de su exmarido, que había solicitado el divorcio en el mismo momento de presentar la denuncia. Tuvo que buscarse un abogado nuevo, desde luego. Sin embargo, la hija de las mil putas sacó el dinero de algún sitio. Supongo que el hecho de que Lars, el chófer matón, hubiera conseguido fugarse cuando era trasladado al juicio en un furgón policial tuvo algo que ver. Ilarki era un sitio pequeño, pero fueron incapaces del encontrarle. Cuando Stella Fredricksen, pues ya no podía usar el apellido de su exmarido, iba a tomar el ascensor a la lanzadera que la llevaría de vuelta a la Tierra, había docenas de periodistas presentes. También había una enorme cantidad de ciudadanos insultando a gritos a la asesina. Todos ellos vieron cómo el señor Jordan se acercaba por detrás. Todos menos Stella, por supuesto. Le descerrajó un tiro en la nuca. Cuando cayó fulminada, disparó dos veces más. Acto seguido, se metió el cañón de la pistola en la boca y se voló la cabeza delante de todo el mundo. Vi muchas veces el video y siempre me fijaba en lo mismo: aquel hombre ya estaba muerto. Sus ojos no tenían brillo ni vida. Supongo que todo por lo que pasó acabó por matarle mucho antes de que aquella bala le quitase de en medio. Era una atrocidad. Nadie puede tomarse la justicia por su mano, pero no fue aquello lo primero que pensé. Lo único que me preocupaba en aquel momento era quién iba a cuidar de la pobre perra.

Como ya he dicho, todo aquello estaba aún por ocurrir. Yo estaba exultante después de haber conseguido resolver el caso. Con la bonificación que me había pagado Jordan era mucho más rico que en toda mi vida. Tal vez “menos pobre” sea un término más acertado. Quería compartirlo con alguien,

pero solo tenía a Bianca, que estaba trabajando, y a Kurt, que estaría hasta las cejas de papeleo. Por triste que suene, mi única opción era el viejo Ron del barrio de Check, pero no quería caer tan bajo. Media hora y dos pelotazos después, mi mujercita entró por la puerta con paso cansado y los tacones en la mano.

—¿Qué haces despierto a estas horas? —preguntó. Ni hola, ni qué tal estás ni hostias.

—Estaba esperándote —contesté—. Estoy muy contento y quiero compartirlo con alguien.

—No sé si voy a ser buena compañía, cielo —dijo Bianca dejándose caer en la silla—. Estoy fundida y la cara todavía me duele.

—Pensé que te gustaría saber que he cerrado el caso —solté para despejarla—. El padre ha decidido denunciar y le he dejado en comisaría con Kurt.

—Pobre hombre —dijo Bianca con tristeza—. Estará destrozado. ¿Qué tal el brazo de Kurt?

—Está curando bien —contesté extrañado—. No tiene el hueso astillado, así que la regeneración acelerada está haciendo un buen trabajo. Él no ha preguntado por ti.

—Los hombres nunca preguntáis —dijo con una sonrisa cansada—. ¿Y el padre?

—Hecho mierda —contesté poniéndome serio—. Estaba en *shock* y hemos tenido que ir diciéndole qué tenía que hacer en cada momento. No quería un abogado, claro. No creo que quiera tener un abogado cerca en una buena temporada. Ha venido hasta el alcalde a interesarse por el caso.

—Malo —dijo Bianca envarándose—. Muy malo.

—Van a decir que el caso lo ha resuelto la policía con mi ayuda —contesté asintiendo con la cabeza—. Dicen que si no, quedan como el culo. Al

menos van a nombrarme y estaré en la rueda de prensa de mañana. Espero que eso me dé publicidad para que el negocio despegue.

—Qué cabrones —dijo apretando los dientes—. ¿Vas a cobrar al menos?

—El señor Jordan me ha pagado antes de irme de comisaría —asentí de nuevo—. Me ha dado una buena bonificación. Tengo seis cifras en la cuenta del banco.

Los ojos de Bianca se abrieron como platos. Aquello era muchísimo dinero para nuestro nivel de vida.

—Y yo bailando en bragas por cien putos tokens en toda la noche —dijo tras unos segundos de pausa.

—Ahora estás casada con un tipo rico, nena —dije vacilándola—. Te puedo pagar cien tokens la noche durante todo un año para que bailes sólo para mí.

—Ahora puedo pedirte que me pagues un sueldo de secretaria, perverso —dijo fingiendo enfado—. Sé dónde has tenido esa lengua. Recuérdalo. ¿No te han dado nada más por dejarte mangonear?

—Sí —dije sonriente—. Ahora puedo tener un perro. Me dijeron que si quería algo que pudieran darme y he pedido un permiso para tener perro.

—¿Cómo? —gritó ella echándose hacia delante—. ¿Te dicen que puedes pedir lo que quieras y pides un perro?

—¿No te gustan los perros?

—Me encantan los perros —respondió gritando y moviendo mucho las manos—. Adoro a los perros. Me crié rodeada de cinco perros, pero eso no significa que no me acabase casando con un imbécil.

—Al menos me dejarás que te invite a cenar a un sitio caro, ¿no?

—Mañana no trabajo, así que puedes llevarme al sitio más caro de la ciudad —dijo sonriendo. Sus cambios de humor seguían dejándome pasmado

—. Al fin y al cabo, me lo he ganado. Tendrás que darme dinero para comprarme un vestido bonito, unos zapatos, un bolso, ir a la peluquería... Ya sabes.

—Tienes acceso a la cuenta —dije haciendo números y palideciendo—. No necesitas que te dé dinero.

—Muy bien. Mañana cenamos fuera —dijo exultante—. Y luego me llevarás a bailar. Elige un buen restaurante y cómprate ropa elegante. No quiero ir con un andrajoso del brazo. Ahora me voy a la cama que estoy molida.

Se acercó y me dio un beso en la frente junto a un “buenas noches”. Yo la besé en la mano y la vi marchar mientras acababa con el tercer copazo antes de irme yo también a la cama. Según el mensaje de Kurt, teníamos rueda de prensa por la mañana.

Durante la dichosa rueda de prensa, en la cual sólo habló el comisario jefe, casi nadie se fijó en mí. Fue en el turno de preguntas donde sí que me nombraron y preguntaron por mi nombre. No me conocía nadie, pero había despertado su curiosidad. El jefe respondió a todo sin darme una sola oportunidad, pero volvió a repetir que había sido una pieza clave para resolver aquel asesinato.

Después del teatro, Kurt me invitó a tomar algo. Le dije que tenía que ir a comprar ropa. Creo que no me hubiera mirado peor si le hubiera dicho que iba a estrangular ancianas. Para un hombre es bastante sencillo comprarse algo para ir de picos pardos. Vas a un sitio caro y dices que quieres un traje elegante. Te lo pruebas y, si cabes dentro, te lo llevas. Costaba un ojo de la cara, pero no estaba de más tener un buen traje por si me invitaban a algún funeral.

Bianca pasó todo el día fuera de casa. Parece que para una mujer no es

tan fácil elegir ropa. Por los movimientos de la cuenta pude ver que también se había gastado una pequeña fortuna en un salón de belleza. Cuando llegó a casa no parecía ella. La habían dejado guapísima, pero no era eso lo más espectacular. El mejor complemento de belleza para una mujer es una sonrisa. Una de esas que iluminan también los ojos. Dedicarse un día a sí misma, a comprar ropa y dejarse mimar, la había puesto de muy buen humor. Traía también media docena de bolsas. No quise preguntar qué había dentro.

Pasó las siguientes dos horas preparándose. Yo estaba listo en veinte minutos, incluyendo ducha y afeitado. Cuando por fin salió de su habitación, me di cuenta de que había merecido la pena esperar. Llevaba un vestido negro que brillaba en mil puntos. El generoso escote dejaba imaginar que lo que no se veía era aún mejor que lo que enseñaba. Se ceñía a su cuerpo hasta las caderas y luego la liberaba gracias a una raja que llegaba medio palmo más arriba de lo que una madre habría considerado decente. Giró sobre sí misma para que pudiese observar el conjunto y me maravillé de que no cayese de culo con aquellos tremendos tacones. Medía escasamente cinco centímetros menos que yo subida sobre aquellas agujas. No pude menos que silbar como buen hijo de Nueva York.

—Gracias —dijo haciendo una pequeña reverencia—. Tú también estás muy guapo.

Se acercó y me enderezó la corbata. Yo sabía que estaba perfecta, pero a las mujeres les gusta hacerte creer que las necesitas para cualquier tontería.

—Lo sé —contesté—. Tengo espejo. ¿Vamos?

Ella asintió y nos dirigimos a la puerta. Su cara fue un poema cuando vio que me ponía una cazadora de cuero recién comprada.

—¿No puedes ir con chaqueta por un día?

—Ya estoy haciendo muchas concesiones —contesté sin dejarme engatusar—. Mi chaqueta elegante es esta. Al menos es nueva.

Bianca bufó gesticulando con ambas manos. Parecía querer decirle a un ente invisible que los hombres somos imposibles. Antes de que insistiese, abrí la puerta para que saliera e incluso dejé que pasase ella primero. Todo un caballero.

Cenamos en el sitio más caro de la ciudad. Era prácticamente imposible conseguir mesa, pero la fama que había conseguido gracias a la rueda de prensa de la mañana allanó el camino. Nos atendieron como si fuéramos una especie de semidioses y nos dejamos hacer. Bianca parecía sinceramente impresionada. Aproveché uno de sus viajes al váter, que ella llamaba ir al lavabo, para colocar la tarjeta de titanio delante del plato de su postre.

—¿Qué es esto? —preguntó intrigada cuando se sentó.

—Un regalo para ti —contesté sonriendo maliciosamente—. Como lo del perro no te parecía gran cosa, igual esto te alegra el día.

Cogió la tarjeta con cara de esperarse alguna estúpida broma. La giró y vio que tenía algo escrito. Pasó casi dos minutos leyéndola una y otra vez sin decir nada mientras sus ojos se abrían más y más.

—Esto es... —dijo sin poder terminar la frase.

—Tu permiso de habitabilidad individual en Ilarki —terminé con una sonrisa de oreja a oreja—. Ya eres una ciudadana de pleno derecho.

—Pero al ser tu mujer... —volvió a quedarse sin palabras. Se le estaba quebrando la voz.

—Si un día me das en el culo la patada que tienes guardada desde hace meses, podrás irte a vivir a tu propia casa —terminé yo para darle tiempo a recuperarse.

Vi como dos lagrimones caían de sus ojos. Si estropeaba su maquillaje, me degollaría con el cuchillo de postre.

—¿No te gusta? —pregunté ante su silencio.

—Es lo más bonito que nadie ha hecho por mi jamás —dijo al fin

intentando contener el llanto.

Se levantó y, cuando vi que se acercaba, me levanté yo también. Cogió mi cara entre sus manos y, mirándome fijamente a los ojos, me dio un beso en los labios. Un beso lento y largo. Cuando conseguí reaccionar, puse mis manos en su cintura y vi cómo cerraba los ojos. Si no hubiéramos estado rodeados de docenas de personas... Pero lo estábamos. Para que fuéramos conscientes, se pusieron a aplaudir creyendo que le había pedido matrimonio o algo por el estilo. Nos dio la risa y el beso terminó allí.

—Eres un hombre extraordinario, Seb Damon —dijo con la sonrisa más sincera que he visto en mi vida.

—Bueno, es una noche maravillosa para un baile en la Luna, con las estrellas de ahí arriba reflejadas en tus ojos —dije atrayéndola aún más mientras empezaba a sonar la música que había acordado con el *maitre* que sonase a mi señal.

—Qué bonito —contestó Bianca dejándose llevar y empezando a bailar muy despacio y muy pegada a mí—. ¿Es tuyo?

—Ojalá —contesté sin poder separar mi mirada de aquellos preciosos ojos—. Es de un genio irlandés llamado Van Morrison

Y así fue cómo bailamos Moondance en la Luna.

FIN

UNA BREVE EXPLICACIÓN DE LA EXISTENCIA DE UNA CIUDAD EN LA LUNA

Como ya he dicho, este libro no es ciencia ficción dura. No me detengo a explicar detalles tecnológicos como hacen los maestros del género. Por un lado, no me pega con el estilo de la historia, que gira más al realismo sucio o la novela negra. Por otro lado, no creo que fuese capaz. Es por ello que incluyo aquí esta explicación para que los amantes del género de ciencia ficción tengan al menos una pequeña dosis de su droga.

Durante la tercera década del siglo XXI se consiguió, por fin, poner en funcionamiento un reactor de fusión nuclear. La contaminación de dichos reactores es infinitamente inferior a los anteriores (de fisión) y su eficiencia es muy superior. Físicos de todo el mundo llevaban décadas intentando lograr que funcionase sin fundir las paredes del reactor. Este hecho, ya de por sí determinante en el desarrollo de la raza humana, fue decisivo para retomar el programa de exploración y colonización lunar. Nuestro satélite está lleno de Helio 3, el combustible ideal para este tipo de reactores. De un día para otro, la Luna se había convertido a ojos de la humanidad en la gasolinera más grande del sistema solar.

La Organización de Naciones Unidas se puso manos a la obra para crear un reglamento que rigiese la explotación y colonización de la Luna antes de que todas las potencias se lanzasen como chacales. Se determinó que la Luna pertenecía a la humanidad y, por lo tanto, nadie podía reclamar la propiedad de ella total o parcialmente. Cualquier decisión sería tomada por la O.N.U.

Uno de los aspectos más importantes fue la necesidad de tener humanos trabajando allí arriba. Para esto hacían falta asentamientos, desde luego. Estos asentamientos tenían un coste altísimo, por lo que su creación y gestión se dejó principalmente en manos privadas. Tan solo China, que tenía el programa lunar muy avanzado, compró una de las licencias para establecer una colonia permanente. La ciudad en la que se desarrolla la novela, Ilarki, fue erigida por un conglomerado de empresas de toda índole que recibió el nombre de Moon Colonization Company (Compañía de colonización lunar), MCC o, como la llamaban despectivamente algunos, MoCoCo.

La construcción en sí se realizó en un cráter cercano al famoso cráter Shackelton, donde se proyectaba erigir una gran instalación astronómica. Se enviaron nanobots en una nave no tripulada para que se encargasen de todo. Estos nanobots pasaron meses dedicados única y exclusivamente a construir otros nanobots destinados a las diferentes tareas necesarias. Pasado ese tiempo, había más de tres millones de dichos nanobots en el cráter, contruidos con los materiales propios de la Luna. Para suplir los elementos ausentes en nuestro satélite, se utilizó la propia sonda en la que viajaron y se fueron enviando más de manera regular. Cuando estuvieron listos, empezaron a vaciar un cilindro de algo más de dos kilómetros de diámetro y diez de profundidad. El material que extraían se compactaba y se usaba para recubrir el cráter e ir creando toda la estructura interna. Cuando se pudo habilitar un hábitat seguro, se envió la primera expedición humana para encargarse de supervisar la construcción del reactor y ponerlo en marcha mientras se creaba lo que en la novela llaman flanera, pero que, más bien, sería una coctelera. Un cilindro de dos kilómetros de radio por diez de profundidad a cuyas paredes vivirían pegados los habitantes. La estructura debería girar 0,6 veces por minuto para generar el efecto de gravedad contra su cara exterior. Dicha cara, está inclinada hacia fuera para contrarrestar la gravedad lunar, que es un sexto de

la terrestre. Los edificios son bajos, de no más de tres plantas, para evitar diferencias evidentes en dicha gravedad artificial. Debo agradecer a Tristán Valenzuela y Carlos Ayerbe Gayoso por haberme soportado durante réplicas y contrarréplicas hasta encontrar un sistema de generación de gravedad viable. No mucha gente tiene a dos físicos a su disposición para las mierdas que se le van ocurriendo.

Una vez puesto a girar el conjunto, tan solo hay que intentar que no exista rozamiento. En esto ayudaron los electroimanes que mantienen la ciudad un poco levantada sobre el lecho del cráter y separada de sus paredes. Existen tres ascensores que te llevan al centro del complejo, donde se encuentra el reactor y no hay gravedad artificial, para poder realizar la entrada y salida de personas y materiales. La capa de tres metros de regolito lunar que cubre la estructura la mantiene a salvo de radiación e impactos de meteoritos, y también ayuda a mantener la temperatura en unos agradables 24 grados centígrados de forma estable.

El resultado es una ciudad de unos ciento veinticinco kilómetros cuadrados de superficie con una densidad de población similar a la de Boston. Su perímetro es de algo más de doce kilómetros y su anchura de diez. Se dividió la misma en distritos o barrios. Se les asignaron colores, pero pronto fueron adquiriendo nombres como Check, Brooks o Ritz por parte de los propios habitantes de Ilarki.

Al haber sido creada por un conglomerado de empresas privadas, la gestión de la misma es enteramente privada. La O.N.U. solamente puede regular algunos aspectos fundamentales, mientras que el funcionamiento interno queda en manos del denominado alcalde, que es en realidad un gerente puesto por el consejo de MCC. La ley, los permisos y todo que sucede bajo la capa de regolito que cubre Ilarki está regido por ellos. Sin embargo, deben permitir una presencia permanente de agentes de la O.N.U. dentro de sus

muros y cumplir con la legislación básica, entre la que se encuentra la obligación de no alterar la masa de la Luna. Cuando se reciben dos toneladas, hay que enviar dos toneladas a la Tierra o al espacio. La Luna siempre debe pesar lo mismo para evitar variaciones en su órbita. Puede parecer que los materiales no tendrían gran importancia, pero, a largo plazo, se podría acabar generando un problema de proporciones planetarias.

La función principal de Ilarki es residencial. Es la mayor urbe en la faz de la Luna. No está destinada a un objetivo concreto más allá de tener gente dentro. Los ingresos proceden, principalmente, del turismo. Ninguna otra colonia está pensada para que los turistas puedan ir a jugar al casino fuera de la Tierra. También se puede visitar el observatorio Shackelton, se pueden realizar excursiones lunares... Todo un abanico de posibilidades. Asentamientos agrícolas, mineros y de investigación pagan por poder mandar a su gente a Ilarki de vez en cuando y que así dejen de vivir en sus colonias mucho más funcionales e incómodas. Los astilleros de la cara oculta también envían a sus operarios con regularidad para evitar problemas psicológicos. Ilarki es, por tanto, una ciudad de servicios que obtiene todo lo que necesita de otras colonias lunares o directamente de la Tierra.

El agua siempre ha sido el gran problema. Se obtiene de la Tierra principalmente, pero también se ha podido conseguir en la Luna, aunque en pequeñas cantidades por el momento. Todo líquido se recicla en Ilarki para perder la menor cantidad posible dentro de la colonia. Esto hace que el agua del grifo provenga de todo desecho líquido que se haya podido generar, debidamente tratado. A los nuevos habitantes les produce incomodidad o, directamente, asco, pero con el tiempo aseguran que te acostumbras.

Con estas bases fue fundada Ilarki, nombre cuyo origen se explica en la novela, el 22 de Agosto de 2032. En el momento de la acción de la novela, la ciudad tiene dieciséis años. Existen ya un total de quince asentamientos

habitados en la Luna, que cuenta con una población de alrededor de un cuarto de millón de personas. Casi la mitad viven en Ilarki.

AGRADECIMIENTOS

Soy de esos tipos raros que se leen la novela hasta el final. En las que están en formato de papel, llego a leerme incluso el texto de la imprenta. Por eso sé que mucha gente dedica los agradecimientos a un montón de personas que les han ayudado, de una manera u otra, a escribir su texto o, simplemente, a vivir. Yo no voy a hacer eso. No voy a agradecer a representantes, agentes, editores, expertos o familia.

Es por eso que el título de esta sección va en singular. Solo hay una persona a la que quiero agradecerle sinceramente lo que ha hecho por mí: Tú.

En el asunto este de los libros hay mucha gente metida, pero en realidad solo hacen falta dos. Escritor y lector. Tú y yo. Si yo no lo escribo, tú no lo lees. Si tú no lo lees, da igual que yo lo haya escrito. Por eso quiero agradecerte que hayas dedicado estas horas a leer lo que ha salido de mis dedos. Hay mil distracciones hoy en día. Una vez oí que el mayor enemigo del escritor no es la piratería, es el Candy Crush. Tienes que conseguir que alguien deje de lado una diversión que no exige ningún esfuerzo para que se ponga a leer.

Contra todo pronóstico, si estás leyendo esto, tú lo has hecho. Te agradezco de corazón este tiempo que hemos pasado juntos. Ojalá para ti haya sido tan ameno leerlo como para mí escribirlo. Es mi primera novela y la apuesta es muy arriesgada, pero cuando una historia se te mete en la cabeza no hay manera de sacarla más que escribiéndola. Si no la has disfrutado, mis más sinceras disculpas. Creo firmemente que incluso en el peor de los libros que he leído a lo largo de mi vida había algo bueno. Espero que tú hayas encontrado algo que quedarte de lo que hay en estas páginas.

Tanto si te ha gustado como si no, me gustaría saberlo. Mándame un e-mail a martinmccoy1810@gmail.com y cuéntame lo que te apetezca. Los autores independientes dependemos de estas vías para poder saber que hay alguien al otro lado. No nos invitan a firmas de libros, charlas con lectores ni nada por el estilo. La industria editorial nos ningunea y solo podemos contar con tu voluntad para mantener el contacto. Da igual que hayas obtenido el libro por medios legales o no. Si lo has leído, me encantaría saber tu opinión. También puedes encontrarme en Facebook: <https://www.facebook.com/martin.mccoy.3323> . Intento mantener el muro medianamente activo con las tonterías que se me van pasando por la cabeza para que no sea una especie de mercadillo en el que solo publicito mi libro.

Si lo has comprado en Amazon, me encantaría que pusieras una reseña para que otros lectores puedan saber lo que te ha parecido el libro. Como ya he dicho, a los autores independientes no nos reseñan en los suplementos dominicales. Dependemos enteramente de los lectores. Por otro lado, la opinión de un lector no se compra. Yo me fío más de lo que diga un amigo que de lo que diga un anuncio.

Hasta aquí hemos llegado. Para mí es un viaje muy especial al ser mi primera novela. Para ti casi seguro que no es tu primer libro, pero confío en que también haya sido un viaje bonito. Si no es así, lo siento en el alma. De verdad. Sé que no puedo gustarle a todo el mundo, pero eso no significa que tenga que agradarme. Ojalá nos volvamos a cruzar en las páginas de algún otro libro y consiga enmendar mis errores.

Nos vemos en la siguiente aventura de Seb Damon.

Un abrazo

Martin McCoy

- i] Token: La moneda oficial de Ilarki. Todos los pagos y transferencias se realizan en esta moneda.
- ii] Pad: Dispositivo electrónico plegable. Tiene el grosor de un papel y puede ser doblado por la mitad una y otra vez. El tamaño mínimo suele ser de alrededor de cuatro pulgadas. Luego se puede desplegar y, dependiendo del modelo, llegar a ser de hasta treinta y dos pulgadas. El dispositivo muestra la pantalla táctil solamente en la cara que detecta que está expuesta en ese momento. Como un smartphone, pero mucho más versátil. Al estar conectado con otros dispositivos como relojes, gafas, implantes o televisores, suele llamarse pad al conjunto de datos almacenados en nuestra nube personal ya que se suele acceder a ellos, principalmente, desde el pad.
- iii] Maglev: Acrónimo de *magnetic levitation* (levitación magnética). Son vehículos que se mueven por unos raíles invisibles de electroimanes que les permiten desplazarse a gran velocidad con poco consumo de energía. En Ilarki solamente se permite la circulación de este tipo de vehículos. Existen de carga, equivalentes a las furgonetas, públicos, equivalentes a los taxis, privados, equivalentes a los coches o turísticos, con capacidad para muchas personas. Pueden funcionar en modo manual o automático. Los más comunes tienen cuatro plazas.
- iv] Un lector me dijo que no entendía la ironía de que se llamase Isaac. A mí me parece obvio, pero, por si acaso, explico que la taberna se llama Thomas' Tavern (la taberna de Thomas) y el dueño se llama Isaac, no Thomas. También hay cierta ironía en que un judío regente una taberna irlandesa, pero eso ya es girar demasiado la tuerca.
- v] Richard Dunning, también conocido como Sheriff Dunning, es uno de los protagonistas del libro Los crímenes del lago de Gemma Herrero Virto. Si todavía no te lo has leído, estás tirando tu vida. Es un tipo enorme con ojillos de tejón, gran barriga y un mostacho gigantesco.
- vi] Eli Nastroianni, cantante de los Fozzie Crock, la mejor banda de rock de la historia. Si no te suena, es que todavía no has leído Senderos de Rock de Sebastián E. Luna. Estás a tiempo de leerlo para evitar ir al infierno, donde solo suena reggaeton, y poder ir al cielo donde siempre se puede oír una guitarra eléctrica por algún lado.
- vii] Todos los humanos son estériles en 2048 gracias a la manipulación genética en masa. Si dos humanos desean tener un hijo, han de recibir permiso de su gobierno y, posteriormente, se realiza una fecundación *in vitro* que puede ir al vientre de la madre o a una cuba de maduración. Es por esto que los niños son escasos y se les trata con un respeto reverencial. Es una medida drástica, pero la excesiva población planetaria y el aumento en la esperanza de vida hacían insostenible para la ONU la tasa de crecimiento.